

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

...?...

APUNTES DE
UNA REINA DE HOY



BUENOS AIRES
1910

VOLU **419** MEN

APUNTES DE UNA REINA DE HOY

BIBLIOTECA DE « LA NACION »

... 9 ...

APUNTES DE UNA REINA DE HOY



BUENOS AIRES
1910

ÍNDICE

	PÁGS.
I.—El Retiro del rey loco Segismundo II	7
II.—La entrevista con la Reina	25
III.—Las Bromas del Principe Regente	45
IV.—Dos pensamientos de álbum	47
V.—Los Deberes de una reina	49
VI.—El Pueblo se agita	51
VII.—El Bautismo de fuego	69
VIII.—La Llegada de Otto	85
IX.—Los Esponsales	91
X.—El Gran consejo	105
XI.—La Consagración trágica	113
XII.—La Fuga y el incógnito	163
XIII.—La Provincia	173
XIV.—Una Carta	183
XV.—Los Príncipes en el destierro	199
XVI.—El Incógnito descubierto	205
XVII.—La Conspiración	223
XVIII.—El Asesinato	241
XIX.—Los Funerales	261
XX.—El Alba de la dicha	269
XXI.—Los Esponsales	279

APUNTES DE UNA REINA DE HOY

I

EL RETIRO DEL REY LOCO SEGISMUNDO II

¿De qué serviría contarse entre los grandes y los dichosos de la tierra si no fuera para hacer el bien?

—Esta frase es armoniosa y profunda. Ruego á Vuestra Alteza Real que se sirva escribirla despacio y reflexionar sobre ella...

Reconozco la prosa de la señora princesa madre de Obrowatz, de los duques de Baviera, mi aya. Por las noches, en el silencio del palacio dormido, se entrega á composiciones literarias que me sirve por la mañana bajo pretexto de dictármelas. Constituyo yo sola todo su público, pues su categoría y, acaso, la desconfianza de los editores, le impiden publicar nada...

—En efecto, señora, y hasta rogaría á usted que suspendiese aquí nuestra lección de hoy. Deseo meditar este admirable pensamiento. ¿De quién es?

—De uno de los más ilustres autores de Styria.

La buena señora, alta, seca y granujienta, enrojece de placer al decir esto. Se levanta, produciendo sus faldas de seda un ruido de hojas secas... hace una profunda reverencia, y sale...

¡Qué tiempo tan raro! El cielo ha^{ce} rodar espesas nubes y, sin embargo, allá, todo un rincón está azul, de un azul duro y deslumbrador; cálidos soplos de aire me llegan á la cara por la ventana que acabo de abrir, á pesar de la etiqueta. El aburrimiento, un aburrimiento holgazán y soporífero, me penetra y me invade. Los libros y los cuadernos tienen una expresión hostil. No son más que las diez de la mañana. ¿Qué hacer, puesto que no tengo el derecho de mandar ensillar á Oberón ni el de marcharme á la ventura por el misterio jamás penetrado del gran parque trágico en el que la historia de la Styria se ha escrito con harta frecuencia con la sangre de los asesinatos?

Un ruido: oigo arañar en mi puerta; el

palacio está invadido por las ratas y los ratones y pienso desmayarme de terror. El ruido vuelve á empezar y, domando mis nervios, abro. Un hombre está delante de mí...

El grito que iba á lanzar muere en mi garganta. El hombre, decentemente vestido, hincaba en tierra una rodilla y me entrega una carta sellada con cinco timbres rojos. Confusa, tomo lo que creo que es un memorial, y el desconocido desaparece. Es la primera vez que recibo una carta sin el ceremonial interminable que rige una entrega de este género. ¿Va á contener un poco de imprevisto, algo diferente de las peripecias del tennis ó de los valeses de las recepciones oficiales, el cuaderno de apuntes que estoy llenando desde que, pequeña princesa de Hungría, vine aquí, huérfana á los catorce años y ya cansada y palidecida por los lutos y marcada por la fatalidad de mi casa, para servir de dama de honor á la reina de Styria, otra víctima?...

La carta está aquí, mostrando esta dirección correcta :

«A Su Alteza Real la princesa Mariska, dama de honor de Su Majestad la Reina.

»Palacio Real de Styria.»

Rompo el sobre ; la letra es alta y noble.

«Señora :

»Vuestra Alteza Real está en la edad de las
»grandes generosidades. Lo que unos seres fa-
»náticamente adictos no han podido hacer, aca-
»so lo realice la gracia de los diez y seis años de
»V. A. Salga V. A. del palacio á eso de las on-
»ce, atraviese el parque en toda su longitud,
»pida á Danilo, el marido de la nodriza de
»V. A., la llave de la verja que cierra el paseo
»de la derecha ; vaya en derechura, sin dejarse
»arredrar por lo largo del camino, y V. A. lle-
»gará á la casita en que está encerrado el rey
»Segismundo de Styria, el Rey Loco. Las
»prerrogativas de V. A., el atrevimiento y el
»aplomo de su edad levantarán todas las con-
»signas. Vea V. A., y cuando haya visto, obre
»con toda su piedad.»

No había firma, sino un sello apresurada-
mente puesto, sin duda con un anillo, y en el
que distingo una cabeza de león. Este em-
blema no figura en ninguno de los blasones
que yo conozco.

Pequeña Mariska, tan débil á pesar de tu
dignidad de princesa, hete aquí por primera vez
obligada á tomar una determinación. Esto me
engrandece á mis propios ojos. Iré. Jamás he
visto al rey Segismundo, encerrado hace diez

y ocho años, pero que no está destituido y sigue siendo rey, á pesar de su locura. De esta carta sencilla y clara emana un acento de sinceridad que me agrada. Esto no puede ser un lazo. El castillo de Mutz, donde el soberano termina su lamentable existencia, está en el dominio real y los servidores me conocen, sin duda.

Un poco febril, me pongo un traje de paño inglés, verde oscuro rayado de rojo, un sombrero marineró, omito los guantes—¡ sin guantes ! ¡ qué diría la princesa de Obrowatz si me viera ! —y salgo.

Como esta salida no estaba arreglada de antemano, abro yo misma las puertas ; ahora bien, una princesa de sangre real no debe abrir las puertas. Un lacayo que me observa retrocede espantado. ¡ Si supiera á dónde voy !... Desde mis departamentos, que son bonitos, con sus muebles de laca blanca y verde de agua, con sus alfombras fresa, con sus cuadros luminosos de paisajistas franceses, y brillantes de los modernistas de la escuela de Munich, salgo á la sombría galería de las armaduras y de los retratos solemnes. Los vidrios de colores destilan un resplandor de cueva.

—¿ Vuestra Alteza Real ?...

—El capitán de los guardias, Lauenbourg-

Schappe, presenta delante de mí su estatura de gigante y su buena cara idiota y lampiña.. Husmeo un perfume de cigarro.

—¿Fuma usted, capitán?—pregunto con sonrisa insidiosa.

El capitán está fumando en el servicio y oculta torpemente un magnífico «emperador de Austria», del que se escapa abundante humo. Yo estoy en falta, y él también. Se queda confuso, se aparta, toma la posición militar... y hete aquí el primer peligro conjurado. ¡Vamos ahora á los otros! Estoy fuera. La atmósfera es irrespirable.

Todo el azul del cielo ha desaparecido; el centinela, sofocado, está medio dormido en su garita, con el fusil en los brazos. Uno de mis perros, Foulou, llega dando saltos. Me fijo en sus ojos, concentrando toda mi voluntad para que no me haga fiestas y me denuncie ladrando, y huye con la cola baja.

Delante de mí se abre el parque, ese parque que la etiqueta ha dividido en varios compartimientos. Hay en él el paseo de la Reina, el paseo del Príncipe Regente, el paseo de los príncipes y de las princesas de sangre real, y á medida que uno se aleja de la categoría suprema, las flores plantadas son menos raras, ¡y huelen tan bien!

La Providencia vela por mí. No encuentro á nadie. En cuanto paso la parte oficial, echo á correr ; lós árboles, ahora, se entrelazan ; nunca he llegado hasta aquí. Nuestros paseos á pie, á caballo ó en coche, se verifican por el otro lado, pues una consigna inflexible prohíbe á todos los habitantes del palacio ir más allá de la valla de alambre que yo acabo de pasar de un salto de cabra.

Entonces solamente descanso un instante y pienso en mi escapatoria. Hago mal, sin duda, en infringir así órdenes augustas ; cometo, acaso, un acto reprehensible ; pero aquí no puedo confiarme á nadie. Se me quiere bien, está convenido, pero no se me ama. No tengo más que mi nodriza, pero la pobre mujer es corta de alcances y está desprovista de ese buen sentido que, según parece, es el privilegio de ciertas personas del vulgo. Y no tengo ninguna amiga de mi edad, pues no cuento como amigas á las niñas de la nobleza admitidas á mis juegos y á mis tes, y que se observan, me observan y lo calculan todo, hasta sus impulsos afectuosos.

Vuelvo á emprender mi carrera. Levántase el viento de repente y sopla con tal violencia que los árboles se inclinan, se confunden y parece que se retuercen delante de mí. El telón

de verdor se va haciendo cada vez más espeso. Oigo muy á lo lejos las cornetas del cuartel y tengo miedo, un miedo inexplicable y dominador ; si no logro quitármelo de encima, volveré pies atrás.

Voy á ver al Rey...

No conozco nada de Su Majestad sino que está demente y que su nombre no se pronuncia nunca en las reuniones íntimas de la corte. Sé que, en otro tiempo, era un príncipe dulce y artista, que tocaba la cítara y componía versos ; sé que amaba á los poetas, á los pintores y á los músicos, y que, de repente, una gran sombra negra obscureció su vida...

Marchemos ; acaso el destino me ha asignado un papel ; siento un valor repentino. Desciendo de hombres de guerra que vencían á los osos y ahogaban á sus caballos desbocados apretándolos entre las piernas. Ellos no hubieran vacilado ; no vacilo.

La casa de Danilo, el marido de mi nodriza, está aquí ; es una choza forestal. En el umbral está Danilo confeccionando una red de colores. Le llamo :

—¡ Danilo ! Soy yo...

El hombre se levanta y se pasa la mano por los ojos.

—Estoy soñando, sin duda...

—No sueñas.

—Vuestra Alteza...

—¿Me eres adicto?

—Se lo debo todo á Vuestra Alteza.

—Entonces no me interrogues. Sabes que sólo el bien me guía y puedes ayudarme á hacer el bien.

Me dió una silla y yo la rechacé con un ademán de impaciencia.

—¡La llave!—le dije.

Danilo me miró á los ojos fijamente, no ya como un humilde servidor, sino como un hombre, y me hizo feliz aquella mirada. Los seres que viven en la soledad no necesitan largas explicaciones; las divagaciones los alejan y les repugnan. No añadí una palabra y esperé con el corazón palpitante. Al cabo de un minuto de un violento combate interior, me dijo gravemente, olvidando la fórmula de la etiqueta:

—Tiene usted razón.

Después de haber entrado en la choza, hincó una rodilla en el suelo, me dió la llave y me besó la mano con entusiasmo.

—Que Dios guarde á Vuestra Alteza Real. Voy á ponerla en camino.

Había comprendido.

A un cuarto de hora de allí encontré la verja, perdida en una confusión de plantas trepa-

doras ; sin embargo, contra lo que yo esperaba, la cerradura cedió sin esfuerzo y la verja se abrió sin ruido. Un enorme dogo, de la raza de los compañeros del príncipe de Bismark, se plantó en medio del camino, bajó la cabeza astutamente y gruñó sin apartar de mí los ojos inyectados en sangre. Me fuí derecha á él empleando el método de los domadores que ya me había dado resultado una vez, y cuando se recogía para arrojarse á mí le así una oreja, no sin dificultad, pues la tenía cortada, y, reuniendo todas mis fuerzas, le tiré al suelo, le dí un vigoroso azote como á un perrillo de mal genio, y seguí mi camino con paso firme y bastante lento. El dogo no me siguió.

Después de un jardín desolado, en el que habían crecido en libertad las malezas, me encontré al fin delante del castillo de Mutz. ¡ El castillo ! ¡ Qué irrisión ! Una antigua casilla de caza del rey Luis, lo menos de dos siglos, había sido aumentada con tres pisos. La fachada era lúgubre con su puerta gris de polvo. No había bandera ni guardia.

Conmovida, contemplé en silencio la prisión en que acababa lúgubrementé sus tristes días el descendiente de los Schurnbourg. Las ventanas, enrejadas, estaban provistas de barrotes. Ningún pájaro cantaba. Llegaba á mi

oído una música vaga y pronto oí una voz de hombre, profunda y ardiente, impregnada en no sé qué nostálgica y soberana melancolía. Era una antigua canción styria, de gracia anticuada, que fué cortada de pronto por un grito angustioso que parecía un sollozo. Era un aullido de desesperación, semejante al grito de una bestia acorralada. Me sentí helada por un calofrío y llamé con voz poco segura :

— ¡Hola ! ¡ Que venga alguno !

Nadie respondió. Busqué en la puerta un aldabón ó una campanilla y no encontré nada. Dí golpes, pero fueron muy ligeros y los cubrieron las voces. Entonces tomé una piedra y la tiré á un cristal, que voló en pedazos. Unos pasos conmovieron la escalera, abrióse con violencia la puerta y apareció un hombre, una especie de lacayo con las manos remangadas y cubierto con un mandil de enfermero. Entré en la obscuridad del portal y el hombre me agarró brutalmente por el brazo.

— ¿ Quién es usted, desgraciada ? ¿ No sabe usted que está prohibido entrar aquí ?

Tanto daño me había hecho, que pensé desmayarme ; me erguí, sin embargo.

— Soy—dije,—la princesa Mariska, dama de honor de Su Majestad la reina Elisabet.

Quedóse el hombre confuso y después dijo :

—Quienquiera que usted sea, vuélvase por donde ha venido.

—Ha puesto usted la mano encima á una princesa de sangre real.

—Yo no dependo aquí más que de mí mismo y de mi conciencia. Salga usted, por segunda vez.

Pero no se atrevía ya á tocarme. En este momento salió del piso superior un grito más agudo, terminado por un quejido desgarrador. Yo subí de un salto... ¡ Ah ! qué espectáculo me esperaba... De gran uniforme de feld-mariscal, cubierto con sus cruces, con el gran cordón de la Corona de Hierro, cruzando su pecho agitado por un sufrimiento indecible, el rey Segismundo II, retorciéndose por el suelo, dejaba oír un estertor, y estaba sujeto por un bandido de blusa de enfermero, que blandía un látigo corto, un cruel látigo de caza de restaño de co-
rrea.

Me arrojé al miserable y, á pesar de los esfuerzos de su cómplice, le arranqué el látigo.

—¡ Dame, miserable !

Aquellos individuos, vueltos de su estupor, iban á recobrar su aplomo y yo continué :

—Soy la princesa Mariska y vengo de parte de la Reina.

Al ver que se quedaban confusos y que el

verdugo balbucía :—«Ha sido malo y me ha mordido ; si Su Alteza Real quiere ver la señal...» me volví con desprecio. El Rey se había levantado y yo me incliné entonces con el doble respeto que inspiran la majestad de la suprema categoría y la del sufrimiento injusto. Hice las dos reverencias prescriptas, muy profundamente, oprimiéndome el pecho con mis manos crispadas, para no llorar.

Hubo un instante de silencio anheloso. Los enfermeros se habían puesto en fila en el fondo de la pieza desnuda ; y uno de ellos me dijo aún :

—Tenga cuidado Vuestra Alteza Real : nosotros declinamos toda responsabilidad.

El Rey se volvió hacia mí. Era un gran anciano de barba gris ; no tenía ni la nariz autoritaria de los de su raza ni su mirada gris é inflexible ; su cara respiraba bondad y el límpido lago de sus ojos, de un color azul de ensueño, no estaba arrugado por pensamiento alguno, como los ojos de los niños recién nacidos. No se dirige la palabra á los reyes. Yo me callé estremecida.

Segismundo II se sentó en un mal escabel de madera, como en un trono.

—Hoy es el día—dijo,—en que doy mi audiencia al pueblo. ¿Dónde está mi ayudante

de campo para que me diga quién es ésta?...

—Soy...

—¿Vienes á pedirme algo? No podré darte nada más que oro. De todo lo demás, los reyes son pobres.

Y me arrojó tres ó cuatro botones de mal cuero, de los que tienen los capotes de los prisioneros militares.

—Señor, no vengo á pedir nada á Vuestra Majestad. Soy princesa de Hungría, dama de honor de Su Majestad la reina Elisabet.

El Rey se pasó la mano por la frente.

—La reina Elisabet...

—Vengo á poner mis homenajes á los pies de Vuestra Majestad.

Me arrodillé; y con un amplio ademán, él me bendijo.

—Aproxímate.

Su mano tocó mis cabellos y de aquella pobre mano de demente, tan delgada y tan ardiente de fiebre, se desprendía un sosiego infinito.

—Señor, Vuestra Majestad es desgraciado...

—Los días son iguales para todo el mundo; para todos sale el sol y se pone después de un número más ó menos grande de penas ó de dichas. Qué importa...

—Hace un momento—interrumpió un enfer-

mero,—se creía Thor, el dogo del jardinero, y ladraba...

—¿Sabes cantar?—me preguntó el soberano.

—Sí, señor, el canto real de Styria, la *Marcha de la Victoria*...

—¡No!

—Vuestra Alteza Real ve bien que Su Majestad quiere descansar... Es la hora del almuerzo, por otra parte...

Una especie de marmitón grasiento depositó una escudilla en la mesa. Y yo vi entonces con horror una especie de collar sujeto á la pared por una cadena de hierro sólidamente soldada.

Nada de todo esto turbaba el ensueño del rey Segismundo.

—Esta tarde—dijo,—la góndola tapizada de púrpura vendrá á buscarme. Verás entonces qué hermosos cánticos he dedicado á las estrellas. Hay que amar la noche, hija mía. Todos los dolores se adormecen en sus pliegues de oro y de gasa, y solamente de noche lo que vive y respira en la naturaleza se calla para escuchar al hombre.

—¿Vuestra Majestad no tiene hambre?—interrumpió un enfermero.—Vuestra Majestad sabe bien que no quiere ya vajilla fina.

Noté que el Rey no respondía jamás á sus

verdugos. Y entonces creí llegado el momento.

—Señor, deseo hablar un instante á solas con Vuestra Majestad.

Me volví é intimé á los lacayos la orden de salir. Ellos lo hicieron, moviendo la cabeza y levantando los brazos al cielo como para tomarle por testigo de la catástrofe que iba á producirse.

—Esos seres—exclamé cuando se hubieron retirado,—maltratan odiosamente á Vuestra Majestad, y le ruego que se fije bien en lo que voy á decirle : Vuestra Majestad ha sido retirado del mundo á consecuencia de un accidente, de una enfermedad pasajera, de la que parece curado... Señor, yo conjuro á Vuestra Majestad, en nombre de lo que tenga por más sagrado, de Su Majestad la Reina, de los Príncipes, sus hijos...

El Rey hizo un esfuerzo :

—Ludvigio y Herberto...

—Sí, señor, los príncipes Ludvigio y Herberto, que le aman y esperan, en nombre de todos esos seres queridos ; depende de Vuestra Majestad el ser libre y recobrar su categoría. Voy á arrojarme á los pies del príncipe Ludvigio y á obtener que se abra la puerta de esta prisión. Para eso, señor, es preciso no cantar más, no tocar la cítara durante algún tiempo,

no declamar versos, y dentro de ocho días, de seis, mañana acaso, podrá Vuestra Majestad recobrar su puesto en palacio y sentarse de nuevo en el trono de sus abuelos.

El Rey se levantó, me puso la mano en los hombros y me besó en la frente.

—Estoy bien—dijo,—soy dichoso.

—¡Pero esos seres, señor! esos hombres que, cuando entré, estaban maltratando á Vuestra Majestad...

—Estoy solo aquí...

—Metan á Vuestra Majestad en prisión, le hacen pasar por loco...

—Lo hecho, bien hecho está...

—Y, sin embargo, el rey Segismundo II sigue reinando. Los pergaminos dicen: «En ausencia de Su Majestad Segismundo, el Príncipe reinante, Ludvigio.» Las leyes son promulgadas con aprobación soberana de Vuestra Majestad. Dígnese seguirme y sin que nadie ose atentar á la dignidad real, sin que una mano profana se ponga en su uniforme de jefe, Vuestra Majestad recobrará el cetro y la mano de justicia.

El Rey repitió maquinalmente :

—Recobro el cetro y la mano de justicia...

—El poder—proseguí con fuego,—no será siquiera devuelto á Vuestra Majestad, puesto

que jamás ha dejado de ejercerle. La reina Elisabet lo había tomado hasta la mayoría del príncipe Ludvigio, y éste será dichoso devolviéndolo á Vuestra Majestad.

Bajé la voz :

—Por otra parte, la hora es grave. La corona está amenazada por los enemigos del interior y las bandas socialistas recorren el reino con la bandera roja á la cabeza. Podría venir una tormenta que barriese á la dinastía. La reaparición del jefe venerado los llenará á todos de estupor...

El rey Segismundo sonreía. De gran uniforme, con sus cruces y sus entorchados, se arrastró á gatas hasta el collar, le abrió, metió en él el cuello y cerró el broche que hizo un ruido seco.

Tirado así en el suelo, con la cabeza cogida en aquel torno infame, parecía inmenso.

—La escudilla—mandó.

Puse á su alcance la escudilla llena de carne y me marché sin volver la cabeza, por no verle comer. Abajo esperaba el hombre que me había abierto la puerta.

—Vuestra Alteza Real ha podido darse cuenta—dijo.

Y cuando salí, cerró la puerta riendo con sarcasmo.

II

LA ENTREVISTA CON LA REINA

Ahora, hay que volver. Llorosa y oprimida por una emoción sin nombre, repaso en mi cabeza los minutos horribles que acabo de pasar. A mí me toca ahora libertar al desgraciado é inofensivo soberano. Debe recobrar su puesto en medio de los suyos ; un poco de tranquilidad le devolverá el equilibrio completo de su mente. Una duda me ocurre : ¿ habrá sido encerrado por una de esas obscuras razones políticas que una princesa de quince años no puede adivinar? Rechazo muy pronto esta duda odiosa. La que sería culpable de este crimen es la reina Elisabet, tan buena, tan hermosa, cuyas maravillosas manos pálidas distribuyen las limosnas sin contar, aquélla hacia la cual no se atreve una á levantar los ojos, tan inmaterial

y pura la encuentra. ¡Vamos allá! Es imposible. La reina no sabe nada... Nadie sabe. Pero, entonces, ¿por qué el castillo de Mutz está así abandonado? ¿Por qué ni la Reina ni los Príncipes van jamás á ver á ese desgraciado marido, á ese infortunado padre?...

Todas estas preguntas se cruzan en mi cerebro. Llego á palacio: Tengo justamente el tiempo necesario para vestirme para el almuerzo, pues debo entrar de servicio en ese momento al lado de la Reina. Mis doncellas me ponen el vestido de linón ligeramente escotado, muy sencillo, que constituye en cierto modo nuestro uniforme de damas de honor.

Un alabardero me precede. Aquel hombre avanza con tal lentitud que siempre me dan ganas de pincharle las pantorrillas con una aguja. ¡Qué divertido sería el verle saltar y trotar al fin! En este saloncillo verde (las cortinas de tafetán, de suntuosos pliegues, tienen ciento setenta y cinco años) la señorita Lina, duquesa de Ostrewitz-Benkusch, se inclina para transmitirme el servicio. Estamos muy enfadadas desde el día en que, furiosa por oirla discutir todas las estocadas que yo le daba en la esgrima de florete, le dí un buen bofetón exclamando:—«Este, no dirá usted también que no le ha tocado.»

—Su Majestad—me dice,—no saldrá hoy. Tiene una ligera jaqueca. Su Majestad desca que el te le sea servido á las cuatro y media en vez de las cinco, y que las invitaciones se reduzcan á las personas de la familia real. Comida sin recepción. Tengo el honor de saludar á Vuestra Alteza Real.

—Tengo el honor de saludar á la señora Duquesa.

Y la señorita Lina, duquesa de Ostrewitz-Bankusch, gira sobre sus pies planos y se retira con altivez, orgullosa sin duda de su cuerpo escurrido y de sus dedos como morcillas.

—Su Majestad espera á Vuestra Alteza Real.

El general barón de Sign inclina con gesto rudo su cara curtida y rojiza de cuyos dos lados sobresale un enmarañado bigote blanco. El general no tiene aspecto de ser malo, á pesar de sus ojazos redondos, turbios, miopes y saltones, que el príncipe Herberto compara con dos granos de uva blanca, y su gran bigotazo blanco como algodón en rama. Ocupa las funciones de jefe del cuarto militar de la Reina, y llena esa alta misión con una solemnidad extremada y una ciencia irreprochable.

En la entrada del saloncillo verde hay cuatro alabarderos de la guardia de la Reina, inmó-

viles y rígidos como sus alabardas, y que vienen á reemplazar al mío ; dos para mí (en mi calidad de Princesa), y dos para el barón de Sign (uno como contraamaestre del cuarto militar y otro como gran canciller de la Orden), Esos alabarderos están vestidos con el suntuoso traje de los antiguos soldados de parada styrios : justillo rojo obscuro, dalmática de terciopelo escarlata bordado y floreado, y botas de montar de campanas almenadas como torres. Atravesamos así la galería de Dandolo y el gran salón en que están los dos tronos, el del Rey, es decir del Príncipe Regente, un poco más alto que el trono femenino, y ambos ociosos y vacíos por el momento, pero solemnes á pesar de todo, é importantes como dos personajes, bajo su dosel de terciopelo bordado por las damas de Dalmacia cuando la coronación de Luis I.

Por fin nos encontramos en el vestíbulo del departamento de la Reina. Estaban allí unos oficiales en pie, hablando en voz baja : húsares, cazadores con sus dormanes oscuros y alamares de fuego, carabineros de petos carmesí, coraceros negros de coraza dorada y charreteras de galón de plata ; después, sentados el uno enfrente del otro, separados por la anchura de la pieza y cambiando miradas al mismo tiempo

cortesés y feroces, Monseñor Anspach, el obispo católico, y Monseñor Curtius, el obispo ortodoxo, muy de acuerdo en apariencia y enemigos irreconciliables en realidad. El vestíbulo está asolado de mosaicos; ábrese á cada lado innumerables ventanas, separadas por columnas empotradas en el muro. Pende del techo una fila de arañas muy próximas. Tiene aquello algo de museo y de departamento burgués, con el imperceptible olor de humedad rancia de las castillos viejos.

Nosotros nos fuimos directamente al salón. Nuestro cortejo disminuyó de dos alabarderos que se quedaron de centinela á la puerta de entrada de ese salón; después de otros dos que se quedaron en el salón siguiente, y por fin del general, que se quedó en pie en medio del penúltimo salón; yo entré sola en otra cámara en la que estaba una dama de negro.

La cámara era sencilla: un espacio extremadamente reducido, lleno de chucherías y de retratos fotográficos, algunos de los cuales viejos y amarillentos, conmovedores con sus caras borradas de príncipes, con los enormes cuellos de otro tiempo, con levitines extravagantes y las mujeres con miriñaque...

La Reina volvió hacia mí su cara coronada

de cabellos grises é iluminada por unos ojos de pálido zafiro.

—Mariska...

Turbada como siempre, por el indefinible encanto de aquella voz musical, me embrollo en el ceremonial que rige para acercarse á mi augusta dueña. Y me quedo con los ojos medio cerrados y la cabeza baja, sin ver más de ella que el bajo de su falda, cuya larga cola se repliega á su alrededor, y se divide en mil brillantes pliegues.

—Mi querida Mariska, ¿qué tiene usted?

—¿Cómo decirle?...

—Señora...

—Su aya no está contenta de usted. Es usted una cabecita ligera... La geografía no es su fuerte, según parece. Ahora bien, usted debe ser seria y aprender pronto... la geografía sobre todo, útil á las princesas y, acaso, á las reinas...

Sentí que á pesar del afectuoso regaño que envolvían estas palabras, la Reina me envolvía en una mirada tierna. ¿Qué quería decir con aquello de «Acaso, á las reinas...?» Su Majestad prosiguió:

—Escuche usted á la señora de Obrowatz, cuya severidad es útil, y trate de no ponerse ó de que no parezca que se pone en rebelión...

Tengo en esto mucho empeño. Su aya cumple cerca de usted un deber: el de darle las nociones del saber vivir de las cortes. Hay en esto una tradición que conviene aprender en detalle y respetar minuciosamente, nosotros, que recibimos nuestro prestigio de una tradición y que somos la tradición viviente y coronada. Tiene usted que conformarse con todas las leyes de la etiqueta para ser más adelante una verdadera Princesa. Y no olvide que toda falta, aun de detalle y que parezca no tener importancia, constituye en realidad un pequeño ataque, un pinchazo á la majestad de los tronos. Por eso el Príncipe Regente y yo hemos creído estar conformes con la tierna afectación que tenemos por usted confiándola á un aya que personifica la etiqueta.

Al ver que la Reina se había sonreído al decir las últimas palabras, respondí:

—Obedeceré á la señora princesa de Obrowatz.

Mi augusta interlocutora se había recogido y parecía dominada por reflexiones melancólicas de las que le asaltan á veces y ponen un velo en su noble cara de una pureza antigua. Sabía yo qué inmensos duelos lloraba la Reina, su esposo demente, tantas sombras de reyes y de príncipes y la última y más dolorosa sepa-

ración, la muerte de su hija, la princesa de Croacia, desaparecida hacía un año. Respeté aquel acceso de tristeza, sabiendo que no borraba nunca en su cara la sonrisa que creía deber á todos sus súbditos.

...Ahora me contemplaba con sus ojos azul de cielo cuando está casi blanco, sus ojos de alba, y poniéndome una mano en el hombro, me dijo, añadiendo, como hacía á veces en los momentos de expansión, un diminutivo á la italiana á mi nombre que es ya un diminutivo de María.

—¿Sabe usted que se está poniendo muy linda, Mariskita?

Entonces, olvidando toda etiqueta, caí de rodillas y rompí á sollozar. Con un ademán maternal, la reina Elisabet me puso la cabeza en sus rodillas.

—¿Qué tiene usted, querida? Dígaselo todo á su vieja madrina que debe reemplazar á su lado á su pobre mamá. ¿Qué le han hecho á usted? ¿Acaso es demasiado severa la de Obrowatz? Yo la regañaré. ¿O es que su enemiga, la señorita Lina, le ha jugado alguna mala pasada? Hable usted pronto; dígame esa gran pena.

Vi que la Reina me consideraba como una

nina y dije levantando hacia ella mi cara llena de lágrimas.:

—No, señora, lo que tengo que decir á Vuestra Majestad es más serio.

—¿Es tan serio como todo eso?

—Sí, señora, y suplico á Vuestra Majestad que no me guarde rencor...

—Pecado venial, estoy persuadida de antemano, y del que la absuelvo.

Con voz moribunda, murmuré :

—He visto á Su Majestad el Rey.

La reina Elisabet se levantó de pronto ; su cara habíase puesto lívida y la pálida mano que avanzaba hacia mí estaba temblando.

—¿Dice usted?... ¿Qué rey?... ¿El Príncipe Regente?

—No, señora, Su Majestad el Rey, en el castillo de Mutz.

—¡Silencio !

La Reina rugió casi esta palabra y yo me callé, presa de un terror indecible.

—No dejaré á usted añadir una palabra. La princesa de Obrowatz tiene razón ; es usted una indisciplinada. Pediré al regente que castigue severamente á los que han dejado á usted penetrar.

Pensé en mi pobre Danilo.

Nadie me ha ayudado. He penetrado por fuerza.

—Puesto que es así, la arrojo de mi lado. Desde este minuto no es usted ya mi dama de honor. Es usted una mala niña...

Me levanté con la última fuerza que encuentran los agonizantes é iba á retirarme cuando Su Majestad, por una prodigiosa tensión de su voluntad, pareció recobrar su sangre fría.

—O más bien, no... Pido á usted perdón por haberme dejado arrebatar.

—¡ Oh ! Señora...

—¿ Me quiere usted, Mariska ?

—Pertenezco en cuerpo y alma á Vuestra Majestad.

Pues bien, hija mía, no trate nunca de penetrar los espantosos secretos que tejen de desdichas y de sufrimientos las existencias reales. Viva usted, juegue... Vea ese sol cómo baña alegremente estas piezas y qué aureola de oro pone en esa cabeza rubia. No vaya usted del lado de la sombra.

Protesté débilmente otra vez.

—Pero, señora...

—No vaya usted del lado de la sombra... Y, ahora, déme el brazo...

La regla exigía que el Rey y en su ausencia el Príncipe Regente, almorzase solo. La Corte

de Styria falta hace quince años á esta tradición, desde la regencia de la reina Elisabet. En el alto comedor, en el que solamente las hortensias azules y color de rosa, dispuestas en cajones contra las ventanas, ponen una nota de frescura y de alegría, estaban preparados cinco cubiertos en la pesada mesa de roble, sin mantel, la mesa en que Fritz III fué arrojado por unos esbirros y cosido á puñaladas, la mesa en que yo pongo mi pan con repugnancia, imaginando siempre que quedan restos de sangre en la inerte indiferencia de la sombría madera.

La Reina fué á su sillón y permaneció en pie; el príncipe Herberto, el general barón de Sign y yo ocupamos nuestros sitios. Un heraldo abrió la puerta de un gabinete secreto, dió unos pasos y se oyó gritar la fórmula sacramental que sirve hace ochocientos años para anunciar á los soberanos de Styria que la comida está preparada:

—Las viandas de su Alteza Monseñor el Príncipe Regente están servidas.

Entró el príncipe Ludvigio con botas de montar y el uniforme de diario de coronel de la Guardia. ¡Qué guapo es! Tiene dos metros de estatura, el pecho ancho, la cara hecha para el mando, con la gran nariz autoritaria de los

de su raza, los ojos de acero y la tez sana y mate de moreno, cortada con un gran bigote de puntas retorcidas. Nos inclinamos. Y él hace con la mano un ademán amistoso. El *benedicite*. Todo el mundo se sienta.

El regente me dirige á mí la primera la palabra.

—Mariska, he reservado á usted una hazaña hoy por la mañana.

—¿Qué hazaña, Monseñor?

Vé delante de él un tazón de plata cincelada deliciosamente, y anuncia con marcada sonrisa :

—Dedicado á mi prima la encantadora Mariskita.

Toma después el tazón entre sus manos gigantes, y sin esfuerzo aparente, le aplasta como si hubiera sido una hoja de papel. Parece aquéllo tan espléndido, que yo palmoteo. La Reina sonreía y sus ojos no se apartan de su preferido, el guapo Ludvigio. El general barón de Sign se maravilla y lanza grandes exclamaciones :

—La fuerza de Vuestra Alteza es prodigiosa. Vuestra Alteza recuerda á su antepasado el rey Schualov, el matador de fieras, el cual encontrándose sin armas delante de un jabalí

viejo y solitario, le mató de un puñetazo, dice la leyenda.

—No haría Herberto otro tanto—dice el regente echándose á reir, con sus dedos manchados de tinta...

Desgraciado Herberto... Este no dice nada. Está comiéndose en silencio sus huevos rellenos. Es un esbelto y rubio joven de veintidós años, ligeramente encorvado por estudios demasiado fuertes. Ludvigio no le lleva más que cuatro años.

Herberto se pasa la vida en un despacho, en lo alto del palacio ; no se ve desde allí, según se dice, más que el cielo y, abajo, la ciudad, en una turbia nube. He habido que regañarle seriamente por no llevar lente y las malas lenguas afirman que se pone gafas para trabajar.

—¿Qué dice usted de esto, filósofo Herberto?

La suprema categoría para que ha sido educado Ludvigio prohíbe á su hermano toda familiaridad.

—Dejo á Vuestra Alteza el cuidado de realizar proezas que mis débiles músculos me impedirían ejecutar.

—Y que usted desprecia, sin duda, filósofo Herberto...

La Reina interviene.

—Monseñor...

Ludvigio la interrumpe :

—Madre mía, tengo que dar á usted una lamentable noticia...

—¿Cuál, Dios mío?

—Su hijo de usted, Herberto, tiene la enfermedad de los versos.

El general barón de Sign no puede menos de reírse en sus adentros. Yo misma me río...

—Perfectamente. He encontrado una de sus obras en el parque. El viento, sin duda, que no respeta á los poetas, la ha arrancado del estudioso despacho en que mi hermano medita y versifica.

Herberto se levanta muy pálido ; me daba lástima.

Monseñor, ruego á Vuestra Alteza que me devuelva ese papel...

Ludvigio se vuelve hacia mí.

—Mariska, á usted le pregunto si no debo más bien dar lectura de él ; una obra maestra no debe quedar ignorada...

Con una crueldad de la que no me dí cuenta hasta después, una crueldad de la que me acuso como de una mala acción, dije :

—¡ Sí ! ¡ Sí ! lea Vuestra Alteza...

El Príncipe Regente, tomando graciosamente

una postura de cómico, leyó entonces con su voz de mando que corta y amartilla las palabras :

Ella estaba en el jardín,
Y estaba recta como un perfume de incienso
Cuando no hay ni un aliento en el aire.
La tarde que caía se colocaba suavemente á su alre-
[dedor

Como la sombra de un hermoso cuadro,
Su cara estaba pintada con un ancho reflejo de luna
Y sus cabellos con finos rayos de sol ;
Tenía una rosa blanca en la mano
Y hubiérase dicho una flor artificial en una verdadera.
El viento, jugando con sus rizos rubios,
Sus cabellos parecían tan vivientes como su cara...
¡Qué bien le sienta la luz !

Hay en ella algo que me atrae.
Y me guía como un faro y una estrella ;
Es la plata de su cara y el oro de sus cabellos.
Cuando no está presente estoy de luto por su au-
[sencia...

¡Qué piensa? Es muy joven aún, toda en aurora,
Y está ya en la edad en que gusta soñar,
Y no todavía en la que gusta amar.
¡ Si ella me mirase !

Su mirada es el camino del Paraíso.

—Os propongo un aplauso—dijo el Príncipe Regente,—en honor de nuestro gran poeta, el Goethe de la Styria.

Dado el aplauso, la Reina dijo amablemente :

—Herberto, que sea enhorabuena. Esos versos son ingeniosos y no encuentro mal personal-

mente que, dejando á su hermano la gloria de las armas, se reserve usted la de la literatura...

El barón de Sign se dirigió al Príncipe Regente.

—Vuestra Alteza no puede acapararlo todo...

Herberto no comía. Había recobrado sin decir palabra su pobre papel y se le estaba guardando en el bolsillo. No me gustan gran cosa los versos ni los poetas nobles ; éstos deben más bien montar á caballo y guerrear, en vez de entregarse á estas especies de tapicerías, buenas cuando más para mujeres del género de la señora de Obrowatz. Sin embargo, creí conveniente añadir por mi parte :

—Esos versos son encantadores, Herberto...

El me interrumpió como en el suplicio :

—Mariska, se lo ruego...

—Me gustaría saber—dijo el Regente,—si no es demasiado indiscreto, qué Musa ha inspirado al escritor. Vamos, Herberto, deshaga usted para nosotros ese anónimo. Ya sabe usted, Mariska, que su heroína es rubia y está en la edad en que gusta soñar.

Me puse como la púrpura. ¿Sería posible? ¡ El príncipe Herberto !

Pero éste parecía que estaba en un verdadero martirio.

—Monseñor—dijo,—me siento delicado y pediría á Vuestra Alteza permiso para retirarme y para no asistir á la comida de esta tarde.

Con una mirada circular, el Príncipe interrogó á los presentes. El barón de Sign y yo nos llamamos ; la Reina hizo suavemente sí con la cabeza.

—A su gusto, buen amigo ; vuélvase á su papel y á su tinta.

El príncipe Herberto se inclinó, lívido y desapareció.

Terminamos el almuerzo en un silencio y un malestar que las ocurrencias del Príncipe Regente no lograban disipar por completo. Después del almuerzo, el Regente hizo ensillar su yegua de armas, Melia, y de un salto vertiginoso, pasó por encima de la escalinata del palacio. Yo estaba petrificada de admiración. Se apeó de un salto y dió un puntapié amistoso á Melia en el vientre ; la yegua huyó sola galopando hacia las cuadras...

No había yo perdido de vista la misión que la suerte me había confiado... Me ocurrió revelar mi pensamiento al Príncipe y me acerqué á él.

—Monseñor, ¿puedo dirigir una petición á Vuestra Alteza?

—Ciertamente, Mariskita. Y concedida de an-

temano, ya lo sabe usted. ¿Se trata de algún pobre, sin duda?

—Sí, Monseñor.

—Hable usted. No me canso nunca de escucharla.

Pero la Reina velaba.

—Mariska, la necesito á usted.

—Vamos, pronto, mandó el Regente.

—Más tarde, Monseñor.

—Más tarde... como usted quiera.

Y cortó una azalea.

—Por otra parte, sé poco más ó menos...

¿Quiere usted tomar esta flor?

Me volví hacia la Reina, que aprobaba...

—Doy las gracias á Vuestra Alteza.

—Es menos bella que usted esta flor, linda Mariska...

Yo me escapé. La Reina no tenía más que una comisión insignificante que confiarme. Minutos después, como mi augusta dueña se había retirado á sus habitaciones para la siesta, me fuí á pasear en mi calle de árboles que está contigua á la del príncipe Herberto. Y no tardé en verle sentado en un banco de piedra y con un libro en las rodillas. Yo también me senté en mi banco, que está próximo.

—¿Le molesto á usted, Herberto?

—De ningún modo. Ya ve usted, estoy descansando...

—¿Está usted disgustado?

El Príncipe se encogió de hombros.

—Nada de eso, no, pero yo quisiera vivir solo. La Corte me pesa horribilmente y siento envidia de esos pajarillos que son libres.

—El Regente es enfadoso...

—No le guardo rencor ... Mi viejo ayuda de cámara me dice también cuando me ve triste : —«Los malditos librotos de Monseñor son los que le hacen daño en el estómago.»—Es el mismo género.

¡ Comparar á Su Alteza el Príncipe Regente de Styria con un criado ! Me volví para ver si alguien nos escuchaba.

—Y usted misma, Mariskita, ¿qué además acaba de hacer? Por todas partes el estorbo, la desconfianza, el espionaje...

Quise cortar radicalmente sus pensamientos.

—¿Estaba usted leyendo un libro?

—Sí, un poeta francés, Baudelaire.

—¿Se puede ver?

—No, es el libro de los corazones heridos, y el de usted, Mariska, está saltando de alegría de vivir. No me perdonaría el ulcerarle...

Me hablaba tan amablemente y con una in-

flexión tan tierna, que pensé : «A él puedo confiarme.»

Y hablé...

—Herberto he cometido una gran falta.

—¿Cuál?

Muy bajo, casi en un aliento :

—He ido al castillo de Mutz.

Se le cayó el libro de las manos.

—¡ Al castillo de Mutz, Mariska ! ¿Y cómo?

Le conté la historia de la carta, el modo que tuve que emplear para hacerme abrir la puerta misteriosa, la puerta cerrada y polvorienta detrás de la cual dormitaba el alma enferma de un noble monarca...

Herberto me escuchaba sin cólera, me escuchaba ávidamente, devorándome con los ojos...

Cuando me callé, suplicó :

—Hable usted, hable todavía.

Al terminar mi relato, pasó ágilmente el seto de musgo florido que separaba mi paseo del suyo, se arrodilló delante de mí, me tomó las manos y lloró. Y aquel príncipe débil, aquel príncipe poeta, repetía á través de sollozos infantiles :

—¡ Ha visto á mi padre !... ¡ Ha visto á mi viejo y buen padre !...

III

LAS BROMAS DEL PRÍNCIPE REGENTE

La Reina me ha dicho :

—El Príncipe Regente es guapo, ¿verdad?

—Señora...

—No tenga usted miedo... ¿Verdad que es guapo?

—Muy guapo... Se parece á Vuestra Majestad.

—¡ Aduladora !

Y la Reina concluye :

—Será un gran rey.

Es también mi opinión. Hoy, Monseñor ha dicho una frase exquisita al doctor Vrongheim.

—¿ Se sigue usted ocupando de economía política, doctor?

—Sí. Monseñor.

—Y, sin embargo, esas palabras no quieren decir nada.

—Si Vuestra Alteza se dignase explicarme...

—¡Está claro! Debemos hacer economías pero debemos guardarnos de la política.

El doctor Vrongheim encontró la broma muy fina. Media hora después estaba todavía riéndose detrás de sus gafas. ¡Y se dice que es anarquista, ese viejo loco!

IV

DOS PENSAMIENTOS DE ÁLBUM

El príncipe Herberto me ha pedido mi álbum y ha escrito en él, con su fea letra gruesa y aplastada, esta máxima poco galante del Alcorán :

De las cosas más seguras
la más segura es dudar.

—No es muy agradable—dije haciendo una mueca.

—Entonces, otra cosa.

Y pasó á la lengua italiana :

Chi puo dir egli arde e in picciol fuoco.

—¿Lo que quiere decir?...

—Literalmente : arde en un pobre fuego el

que puede decir cómo arde : ama poco el que puede decir cómo ama.

—Eso está mejor. ¿Pero por qué no imagina usted nada por sí mismo?

—Yo no soy un pensador de álbum...

El Príncipe Regente no se ha andado con tantos circunloquios. También él ha querido poner en el álbum su autógrafo y ha hecho rápidamente una cruz. Ni más ni menos.

—¿Una cruz, Monseñor?

—Esto quiere decir que su indiferencia de usted me crucifica.

He balbucido tontamente no sé qué palabras y me he llevado mi álbum como una ladrona. No se abrirá más. Nadie más que yo verá la cruz del Príncipe Regente Ludvigio.

V

LOS DEBERES DE UNA REINA

La princesa de Obrowatz me trata con más deferencia que en otro tiempo. Mi pereza se ha convertido en negligencia y mi inercia en descuido.

—Hoy vamos á hablar de los deberes de una reina.

Hacía mucho calor. Yo seguí primero el luminoso zumbido de una abeja en un rayo de sol, y después me quedé medio dormida. Cuando salí de aquel pesado sopor, mi aya me enseñaba sus negros dientes en la más penosa de las sonrisas...

—Estos son los deberes de una reina. Vuestra Alteza Real puede hacérmelos repetir si no ha comprendido...

—Me he enterado perfectamente.

—Por lo demás, los deberes de una reina son dictados por su corazón y su inteligencia. Vuestra Alteza Real tiene un don singular de iniciativa...

Esta vieja de Obrowatz me ataca á los nervios. ¿Pero qué quiere decir con sus palabras de doble sentido, con sus amabilidades no acostumbradas y sus deberes de una reina?... ¡Una reina !...

VI

EL PUEBLO SE AGITA

Parece que el partido anarquista y las oposiciones de la corona se coligan y resultan extremadamente peligrosos. He sorprendido esta mañana en la fachada exterior de palacio estas palabras escritas con yeso :

*El trono no se tiene más que gracias á un
prejuicio*

Estaba yo á caballo y borré el yeso á latigazos ; después pegué uno á Oberón que es un poco el pueblo. No hay que tratarle brutalmente, pero conviene hacerle sentir la serreta. Y le he aplicado inmediatamente mi método social, con gran asombro de mi picador, Erns, que me seguía á diez metros de distancia y gritaba :

—La jaca está irritada y bastante peligrosa; tenga cuidado Vuestra Alteza Real.

Oberón quería galopar y le serré brutalmente la boca murmurando entre mis dientes apretados:—«No galoparás, irás al paso, lo quiero.»—Al ver que se encabritaba, le pegué un golpe con el puño del látigo entre las dos orejas. Se sometió y le permití un rato de trote. Por fortuna estaba yo muy bien á caballo, pues Su Alteza Monseñor el Regente pasaba en su tordo entre dos ayudantes de campo, y me hizo una seña amistosa añadiendo estas buenas palabras:

—¡Muy bien, Mariska!

Envalentonada, obligué á Oberón á levantarse y después á saltar una encina caída que obstruía una parte del camino. Cada una de las rebeliones de la bestia me parecía un sobresalto de ese pueblo rebelde. En unos minutos dominé á Oberón. Su negro pelo estaba cubierto de espuma y el caballo resoplaba sumiso. Esto sorprendería á Linck, «el picador de los príncipes», que me dió las primeras lecciones en jaquitas como terranovas y bien sujetas. Creo que nunca me ha gustado más un paseo. Un viento fresco, complicado con fina llovizna, como vaporizada, me azotaba el rostro. El bosque de Harnbourg estaba solitario; no se oía

más que las pisadas de nuestros caballos en el suelo elástico. Cuando, atados los caballos, bebí, como de ordinario, una taza de cremosa leche, ofrecida por la granjera de Birnkirsch, se desvaneció el encanto de aquella rápida carrera. Pensé en cosas tristes: en el anciano Rey loco al que no podía aliviar y que debía permanecer, por razón de Estado sin duda, encarcelado en aquel presidio y sometido á los golpes de sus verdugos; pensé también en la Revolución, aunque me pareció muy lejana y, para decir verdad, imposible, con nuestra guardia, nuestros cañones y nuestros servidores. Y, además, el Regente Ludvigio no tiene nada de un Luis XVI; es un príncipe enérgico, enemigo de las concesiones y que profesa el odio á los ideólogos que alimentaba contra ellos aquel otro francés, Napoleón I, al que Ludvigio igualará acaso, y ya le hubiera igualado si no estuviéramos en una época tan prosaica.

Estaba yo mirando serpentear las ondas de un arroyuelo, cuando llegó á galope tendido un enviado de palacio y nos rogó que le siguiéramos y volviésemos con él. Ernest le preguntó, y él se contentó con responderle:—«Es más prudente»,—echando á derecha é izquierda miradas miedosas de liebre asustada.

No vimos nada en el camino de vuelta. Cuan-

do mis doncellas me pusieron un traje de hilo—no estaba de servicio,—y colocaron en el guardarropa la linda amazona azul que viene en línea recta de la calle de la Paix, de París, me fuí al salón de las Batallas donde sabía que se debían comenzar importantes reparaciones en aquella misma mañana.

Un pintor, subido en una escala, estaba trabajando mientras hablaba con el príncipe Herberto que, vestido con un traje azul turquí, bastante democrático, fumaba en pipa sentado á horcajadas en una silla.

Mi entrada no los turbó gran cosa. El pintor, que estaba cubierto con una blusa blanca de obrero, se quitó la grasienta boina y se inclinó en silencio, mientras Herberto le presentaba :

—El señor Rodolfo Camnitz, mi amigo, que será muy pronto, no sólo una ilustración de Styria, sino una gloria universal ; Su Alteza Real la princesa Mariska de Hungría.

—No quiero estorbar á usted, caballero ; continúe trabajando, se lo ruego.

¡ Ah ! aquel Rodolfo Camnitz... Era calvo, con un gran bigotazo que desmentía la juvenil penetración de su mirada, una barba de tres días y feo, ¡ oh ! feo todo lo posible y vulgar hasta más no poder, pero de esa fealdad y de esa

vulgaridad bajo las cuales es imposible no descubrir un alma. Herberto me explicó su trabajo.

—Estos admirables cuadros estaban deteriorados por la humedad. Camnitz ha querido, por su amistad conmigo, restaurarlos piadosamente.

—A mí me gustaban más—dije con aturdimiento,—imbuídos de misterio y cubiertos por la pátina de los siglos. Temo que, vueltos á su estado primitivo, desentonen del conjunto arcaico del salón.

—Esa reflexión es muy justa—se permitió decir el pintor aprobándome y sin dejar de dar su pincel pequeños toques de infinita delicadeza,—pero llegaba el momento en que estas obras maestras hubieran desaparecido completamente. Las salvo como puedo, torpemente acaso, pero cuando un hombre se va á ahogar se le saca del agua por la nariz ó por una pierna, de cualquier modo...

La conversación languideció. Supuse que en el momento en que yo había llegado, Herberto y su amigo hablaban de cosas que yo no debía oír. Esto me ofendió, y no puedo decir, por lo demás, por qué decidí quedarme.

—Si no les molesto á ustedes...

—No nos molesta usted, Mariska... ¡Y si podemos distraer á usted un poco!... Concibo

que este palacio debe de parecer á usted mortal. Es tan frío, tan lúgubre y pesa siempre en el una violencia que debe de ser odiosa á los diez y seis años que usted tiene... ¡Rodolfo!

El pintor volvió hacia Herberto sus grandes ojos iluminados.

—¿Príncipe?...

—Rodolfo, amigo mío, podemos continuar nuestra conversación delante de Mariska. Sin sospecharlo ella, *es de los nuestros*.

Al oír esta frase, incomprendible, sin embargo, tuve una singular satisfacción, mayor acaso que la que me causó esta mañana el apóstrofe amistoso del Regente sobre mi manera de montar á caballo.

—¿Soy de los de ustedes?

—Sí, Mariska, desde que me ha revelado usted el secreto de cierta visita.

¡El buen Herberto! ¡Cómo quiere á su padre, al que apenas ha conocido y ha entrevisto tan sólo en la bruma de la primera infancia!

En este momento, por la ventana abierta, oyóse un rumor, un cántico que se adivinaba que era clamado por mil pechos. Era el pueblo, que cantaba. Me preparaba á cerrar la ventana y Herberto me detuvo suavemente.

—¡No! ¡No! ¡Mariska! Aquí es sobre todo donde debemos oírle.

Yo exclamé :

—¿ Pero qué quieren en resumen?

—Quieren comer—dijo Herberto.

Me encogí de hombros, furiosa.

—Es un rebaño de carneros conducidos por lobos.

Y creyendo notar una sonrisa en los labios de Camnitz, añadí :

—...Por lobos rabiosos.

—¿ Es la princesa de Obrowatz la que le ha apuntado á usted esa frase histórica?—me preguntó irónicamente el Príncipe.

—No, por cierto.

—¡ Ah ! Yo hubiera preferido...

—Vea Vuestra Alteza—interrumpió Camnitz, —en 1643, el cortesano de genio encargado de pintar estos frescos no temió poner en ellos esta mujer casi desnuda, cuyo cuerpo negro está retorcido por las angustias del hambre y de la miseria y cuyas quejas se escapan en vano hacia el rey Ludvigio...

—El rey demente...

—El, en pie sobre una roca, escucha el gemido del viento y la queja sorda y continua del mar...

—Interrumpa usted su trabajo—dijo Herberto,—y haga cubrir ese fresco con un velo blanco. No quiero que la Reina le vea...

Me pareció este rasgo de tan amable inspiración, que separé de mi brazaletes un colgante hecho de un verdemar.

—¿Quiere usted guardar esto, Herberto? Esta piedra es de buen agüero...

Herberto se puso muy pálido, tomó la piedra sin darme las gracias y se la metió precipitadamente en el bolsillo. Para ahuyentar la extraña turbación que pesaba sobre nosotros tres, dirigí la palabra al pintor :

—En suma, caballero, ¿qué es lo que pasa?

—Vuestra Alteza Real me excusará por mi brevedad. Lo que pasa es grave. El pueblo styriense ha vivido dichoso bajo el reinado del rey Segismundo y pacífico bajo la Regencia de Su Majestad la reina Elisabet. Hoy le aplastan los impuestos y sufren. Esto no sería nada todavía, pero se ha cerrado bruscamente el camino del progreso. Las escuelas están abandonadas y una censura implacable amordaza á los escasos periódicos ; los profesores, los conferenciantes, arrojados de aquí, se han ido á otra parte á llevar su palabra y la plebe está reducida al estado en que se encontraba hace ciento cincuenta años. Dos años de cosecha deplorable han puesto el colmo á estos males. No hay ya dinero y, sin embargo, es preciso pagar. Toda la población rural de Ruderslau está reducida

al hambre. Y estos son los más terribles, porque no hablan, no cantan, no se agitan, sino que permanecen en el umbral de sus puertas con la cara entre las manos, inmóviles como estatuas, esperando la muerte ó la consigna que los levante en masa.

He entrado en una cabaña á la hora de cenar. Con la ancha hospitalidad tradicional, el abuelo, una especie de patriarca, me invitó á sentarme á su mesa. Había en ella una vasija de agua clara. Los platos estaban dispuestos en orden y cada uno de ellos estaba acompañado de un cubierto de estaño. Mujeres, hombres y niños, permanecían silenciosos. El abuelo fué á buscar al aparador un pedacito de pan duro como una piedra, plantó en él un cuchillo y dió en el mango un puñetazo. El pan se aplastó en migas y el hombre las recogió con el cuidado de un avaro reuniendo piezas de oro desparramadas. Cada uno de los presentes apartó con su plato, y entre ellos había un querubín sonrosado y rubio que presentó el suyo con un gesto indecible de dolor y de súplica. Las migajas fueron distribuídas en partes iguales, que eran, próximamente, como las que se dan á los gorriones en el parque real. Querían darme mi ración y rehusé ; la madre, entonces, creyendo

que era por asco del mendrugo endurecido, me dijo :

—No se les da el pan tierno *porque comerían demasiado*.

—Las señas de esa pobre gente—dije,—pronto, para enviarles un socorro.

—Es inútil—respondió Herberto sencillamente...—Rodolfo ha pasado por allí.

Pasado el primer momento de emoción, me acusé de mi presencia. Aquel mal emborronado, aquel villano inútil y presuntuoso, atribuía sin duda á Monseñor el Regente la mala calidad del pan que comen los habitantes de Ruderslau.

¡ El pan ! ¡ El pan ! no se oye nunca más que eso. De pan se trataba en la canción anarquista que nos traía el viento hace un instante por la ventana abierta. ¡ Pan ! gritan los mendigos que no nos reconocen por la calle. Ese alimento estribillo se me va á hacer odioso. ¡ No comeré más que bizcocho !

—Sin duda—dije en un tono que se transparentaba la cólera,—sin duda el Príncipe Regente, ayudado por Su Majestad la Reina, va á adoptar medidas. ¿ Sabe la Reina ?...

—Sí—respondió Herberto.

—¡ Ah ! y...

—Y ha decidido tomar una iniciativa...

—¿Está usted viendo?—dije triunfalmente.

—El rey Segismudo II va á ser destituido y mi hermano Ludvigio proclamado rey en su lugar.

La sorpresa me clavó en el suelo y balbucí :

—¿Qué dice usted, Herberto?

—Yo lo celebro—continuó el Príncipe.—La represión va á ser cruel y al menos no se encontrará al pie de los edictos el nombre de un soberano inocente. Es otra muerte para mi desgraciado padre—su voz tembló—pero menos espantosa que la otra.

Esperaba yo que el pintor Camnitz dijese algo para ponerle duramente en su puesto ; pero no dijo nada.

—Camnitz—siguió diciendo Herberto,—bese usted la mano á la princesa Mariska...
Ha ido al castillo de Mutz.

Presenté la mano derecha, que el pintor tomó respetuosamente inclinándose y vi entonces brillar en su anular una gran sortija que tenía grabada en hueco una cabeza de león. ¡Era el sello de la carta misteriosa que me incitaba á ir á ver al Rey loco ! El desconocido que me había escrito era el pintor Rodolfo Camnitz. Me estremecí ; pero cuando el artista se levantó y plantó sus ojos claros en los míos, no vió

moverse ni un músculo en mi cara fría y cerrada.

—Su Majestad llama á Vuestra Alteza Real.

Ahora caigo : el barón de Sign que da saltitos delante de mí, tiene una cara de almendra y de algodón en rama. Hace diez años le hubiese adorado, cuando yo soñaba con personajes de turrón, habitando palacios de azúcar cande, con muebles de caramelo y en paisajes de natillas con arroyos de crema de chocolate. La espada del gran maestro del cuarto militar de la Reina debe ser unâ especie de azúcar de manzana y sus innumerables condecoraciones almendras ó peras en dulce.

La Reina, al lado de la ventana, confeccionaba febrilmente chales para los pobres, de gruesa lana gris ; los que hace para nosotros son de color de rosa. Me coumoví hasta llorar. ¡ En el momento en que el pueblo gritaba su odio, la reina Elisabet trabajaba para él ! Cuando Su Majestad me vió, arrojó chal y ovillos en un costurero.

—¡ Aquí está mi Mariskita querida !

Respiré. Había temido una reprimenda. El recuerdo de mi fuga al castillo de Mutz estaba borrado, puesto que la Reina me dirigía así la palabra.

—Desde mañana, recoja usted su trenza en un moño de joven.

No pude menos de palmotear.

—¡Hola, hola! ¿Es usted coqueta, hija mía?

Con la menuda punta del pie, calzado con delicioso zapatito tornasolado, acercó su taburete.

—Acérquese usted, querida. Tengo importantes noticias que comunicarle. En primer lugar, su hermano de usted, Otto, va á venir.

—¿Pronto?

—Estará aquí esta noche probablemente.

¡Otto! ¡Otto! al que no he visto hace tantos meses y al que una orden rigurosa tiene, no sé por qué, alejado de las Cortes.

—¿Ha vuelto á entrar en gracia?

—Todavía no... Pero usted puede mucho por él...

—Si Vuestra Majestad se dignase explicarme...

—Más adelante. Llego al asunto para el cual he hecho venir á usted. Entre personas de su raza y de la mía, los rodeos serían humillantes... Mariska, ¿quiere usted ser Reina de Styria?

—Señora...

No veía ya nada. Me parecía que la tierra, fuera de su eje, oscilaba y faltaba debajo de mí.

—El Regente no desea nada tanto como

ver á usted subir al trono al mismo tiempo que él. Usted conoce la enfermedad horrible de su padre ; es imposible dejar al desgraciado soberano ni la responsabilidad de una firma. El Consejo del Reino es de nuestro parecer y está dispuesto á refrendar la destitución, que, según las leyes que nos rigen, debe ser pronunciada por el Regente y por la mayoría de los consejeros. Hace mucho tiempo que he notado el dulce sentimiento que guía hacia usted al Príncipe y que le favorezco, porque la quiero á usted, Mariska, como la querría su propia madre...

Al oír ese nombre venerado, sentí que era demasiado para mí y que iba á desmayarme.

—De modo que dice usted sí...

Yo no podía hacer más que tartamudear tontamente :

—Se... ñora...

La Reina, con un lindo movimiento que le era familiar en las horas graves, se pasó los dedos diáfanos por la frente límpida á pesar de su edad.

—Y después... y después... al lado de la razón sentimental, no puedo ocultar á usted que está la razón de Estado.

La Reina me hablaba más bajo, casi al oído, como á una confidente.

—Esta unión robustecerá el trono amenazado por unos facciosos. ¿Qué puedo yo hacer (la Reina empleó una palabra maternal de una familiaridad adorable) por mi pequeño Ludvigio? Mis parientes, egoístas, no tienen ya con el reino de Styria más que relaciones oficiales. No puedo esperar de ellos ni apoyo moral ni socorro eficaz. La autoridad que va unida al nombre de usted atraerá al rey Ludvigio III los apoyos que faltan al Regente, solo enfrente de la revolución que ruga. Ludvigio ha asumido la misión sublime de restablecer el orden en un país comprometido por el descuido del rey Segismundo, soñador y poeta, y por mi Regencia femenina y, por consecuencia, llena de debilidad. Este pueblo, que hacía años no había visto á su soberano á caballo, murmura cuando las cacerías de mi hijo recorren las calles y los campos. Usted traerá la paz y la buena suerte con su juventud. Usted será una colaboradora...

Mi convicción estaba hecha... No necesitaba tantas explicaciones. ¿No sentía ya confusamente, desde mi llegada á la corte de Styria, á qué alto destino estaba reservada?

—Señora—dije,—toda mi vida...

—Está bien, Mariskita, Mariskita querida. Ahora, vuélvase á sus departamentos; quiero tranquilizar al Príncipe Regente, que está an-

sioso, y repetirle la buena conversación que hemos tenido las dos.

Cuando subí á mi biblioteca, vi en ella á la de Obrowatz que, oliendo algo, se había instalado allí. Intentó cubrir su indiscreción con una charla literaria bastante insípida.

—Me he permitido venir á pedir prestado á Vuestra Alteza un libro francés. Hoy es sábado, día reservado á mis lecturas francesas; ¿pero qué leer? Los viajes de Pierre Loti no tienen nada de excepcional, Víctor Hugo es prolijo y Honoré Balzac tomaba sus modelos en la parte más innoble de la sociedad...

—En ese caso, señora, falte usted á sus costumbres y dedique el sábado á releer pasajes de ese autor styriense que me cita con tanta frecuencia...

Y añadí á modo de venganza personal :

—Y que es, por otra parte, de una vulgaridad insoportable...

¡ Oh embriaguez ! ¡ Voy á ser Reina ! ¡ La de Obrowatz no me fastidiará más con sus amonestaciones ! ¡ Podré humillar á mi gusto á Lina, duquesa de Ostrewitz-Benkusch. Toda soberana empieza por un acto de clemencia. Amnistió á Obrowatz y á Lina. Nombro á la primera caballero del mérito femenino de Styria, cuyos diplomas son firmados por mí, y doy un

beso á la segunda en las manzanas gigantes que le sirven de carrillos. Murmuró :

— ¡ La Reina !

Y me miro al espejo. Las reinas que yo he visto hasta ahora eran altas y morenas. Yo soy más bien bajita y rubia. Tendré que compensar esto con mucha autoridad, una majestad... vamos á ver, qué adjetivo debo emplear... una majestad incomparable... La corona de gran aparato es de brillantes y esmeraldas y la de media gala, de turquesas y rubíes... ¡ Su Majestad la Reina !... No me inclinaré más delante de nadie y estaré tan alta, tan alta, que fuera del Rey, mi señor, la humanidad parecerá que se agita para mí en esas nieblas que flotan alrededor de las montañas. El vaso en que yo haya bebido, será sagrado y beber en él después de mí constituirá un delito de lesa majestad. ¡ De lesa majestad !... Cuando la carroza real me lleve por las calles, oiré susurrar á la multitud : « ¡ la Reina ! ¡ la Reina ! » Tendré derecho de recompensa y de castigo y el cetro de oro y de turquesas con mi escudo de armas y mi divisa...

—Vuestra Alteza Real...

No me vuelvo.

—Su Majestad la Reina avisa á Vuestra Alteza Real...

VII

EL BAUTISMO DE FUEGO

Días de aburrimiento y de soledad. Parece que ya no ruge la revolución, pero noto que nadie sale casi nunca de palacio. Veo al Príncipe Regente domar caballos en el parque, pero no le he encontrado más que una vez, en misa, desde mi entrevista con la Reina. Me hizo una seña que quería decir : «¡ Gracias !»...

Herberto trabaja...

Yo también... La señora marquesa de Epernon, que es mi profesora de francés, me ha dado un asunto de narración : «Diga usted quién es. Cuál es su fin en la vida. Cuáles son sus sueños y sus esperanzas.»

He mojado mi pluma en tinta y... he mirado mi portaplumas de oro que es muy lindo—un

regalo del archiduque Alberto Carlos ;—después he reflexionado un poco y he escrito con letra cuidada en una hoja de vitela timbrada con un blasón de oro y chebrón azul.

—Soy Mariska, princesa de Hungría...

¿Lo que quiero ser? ¿Cuáles son mis sueños?... «Soy Mariska, princesa de Hungría...»

¿Y nada más?

Por la gran ventana ojival delante de la cual me encontraba, he mirado á los pájaros que hacían grandes redondeles en el cielo.

Después, mis miradas han caído en la ciudad y en la plaza pública (mis departamentos, situados en el ala derecha de palacio, dan por seis ventanas á la gran plaza que domina la casa ayuntamiento y el mercado, y que está rodeada de porches).

¿Qué había en esta plaza? Nada que fuese extraordinario ; mucho populacho, transeuntes que se agrupaban y otros que se paseaban al sol ; vendedores turcos y albaneses que se dirigían al puerto, abates de calzón corto que se dirigían á la iglesia, buenos morlacks de nuestros campos, con calzón escarlata, que se dirigían á sus tierras acabado el mercado ; burgueses tomando el airo y que no se dirigían á ninguna parte...

Primer día pasado.

El día siguiente.

Eloísa de Manaz es una criatura á quien adoro. Es mi dama de honor. Tiene justamente mi edad. Sus cabellos se rizan naturalmente, y ella se ingenia en desrizarlos para parecerse á mí. Es dulce, sonriente y servicial, con algunos relámpagos muy comprensibles de vanidad. ¿No es la dama de honor de una dama de honor de la Reina?

Tiene un centímetro de talle más que yo ; y debo decir también que puedo ponerme sus botas y que ella no puede ponerse las mías. A pesar de esto nos queremos mucho.

Ha venido esta mañana á despertarme. Tiene derecho para hacerlo. Ha entrado con la aurora, alegre, linda y sonrosada como ella.

Le he dicho : «Buenos días, querida». Y ella me ha respondido : «Buenos días, señora.»

Es tan morena como yo soy rubia ; nos hacemos valer la una á la otra. He dicho que la quiero mucho. Cuando sea Reina, le daré un puesto importante en el Estado.

—Hoy tengo permiso, Eloísa, y no voy á ayudar á levantarse á la Reina. No recibiré y usted dará órdenes en ese sentido... Vamos á jugar al tennis. Monseñor jugará.

—¡ Monseñor jugará!

Me levanto muy de prisa. La etiqueta exige

que me vistan tres doncellas styrienses y adornadas con el traje nacional; nunca menos y nunca más.

Zeménica, Marieta y Constantina están en fila en la puerta esperando mis órdenes. Llevan una falda estrecha de hilo blanco, que oprime las piernas y se estrecha por abajo hasta el punto de impedir toda marcha rápida. Un delantal bordado de lana verde, roja y azul, grueso como una alfombra, está atado á su cintura. Una ancha banda de cuero, con adornos de oro y plata ajusta su talle y unos capillos sirven de marco á sus cabezas envueltas en un velo.

Me visto sin recurrir á estas mujeres, lo que es una gran falta á los usos. Si la de Obrowatz lo supiera me perseguiría. Pero no lo sabe; Zeménica, Marieta y Constantina son muy discretas y si la Princesa apareciese, estas muchachas se precipitarían á mí al mismo tiempo, como un animal de tres cuerpos.

Levanto mis cabellos en moño—; permiso de la Reina!—Un poco de polvos de arroz; en la Corte los polvos de arroz están prohibidos en las mejillas y solamente permitidos en la nariz y en el cuello. El moño me sienta muy bien; ya lo sabía... lo había probado.

Un coracero negro, del séquito del Príncipe, va á conducirme al tennis y toma las raquetas.

¡ En marcha ! Recogemos al príncipe Herberto, que estaba leyendo en la galería.

—Vamos vivamente ; Monseñor tendría que esperarnos.

Herberto cierra el libro como á su pesar.

—¿Tan interesante era?

—Un cuento de hadas ; historia del hada Manantial.

—¿Qué hace esa hada?

—¡ Nada ! Es bonita y nada más.

—Pero eso es una ocupación ; se mira una.

—¡ Ay ! y se es también mirado.

—¿ Por qué ¡ ay !... ?

—Porque es tan triste no ser mirado cuando se mira...

Si Herberto habla por enigmas, Monseñor, que es menos hermético y simbolista, juega maravillosamente al tennis. Como nos encontrásemos cada uno en un campo opuesto, me dice :

—Mariska, somos adversarios... ¡ No por mucho tiempo !

Al oír ese «no por mucho tiempo», Herberto levantó la cabeza. ¡ no sabía,, no sabía nada ! Esta simple frase le iluminó, y pareció tan desgraciado que dejó escapar todas las pelotas. Es curioso, yo soy buena y, sin embargo, no consigo compadecerle... me pone nerviosa.

La vuelta.

No hay nadie en la calle de árboles que recorreremos. ¡Lástima! es tan divertido el ver las caras de las pobres gentes cuando encuentran príncipes y princesas... Empiezo á sufrir un desengaño.

De repente se presenta delante de nosotros una chiquilla del pueblo. Lleva una pañoleta en la cabeza, los pies descalzos y una cesta de flores en el brazo.

La niña se dirige á mí.

—¿Quiere usted flores, señorita?

—¡Señorita, yo! Me sonrió en lugar de enfadarme. Qué extraña impresión me ha producido este tratamiento reservado á las muchachas de baja extracción. Siempre se me ha llamado «Señora», hasta cuando tenía dos años. No ve, pues, esta especie de idiota, que soy de otra raza que la suya. Si lo supiera se quedaría petrificada.

Examinándola bien, me siento más indulgente para con ella. Es bonita esta humilde niña y, en verdad, no huele á plebe. Es curioso, pero, á veces, no hay diferencias absolutas entre estas criaturas y nosotros, y un observador podría engañarse.

El príncipe Ludvigio toma un ramo, da un florín á la ramilletera y me ofrece las flores.

—Permítame usted que le ofrezca estas flores.

—Gracias, Monseñor—digo muy distintamente mirando de reojo á la ramillettera para ver el efecto que producía este título en ella.

Púsose la chica tan encarnada como su pañoleta y desapareció en los campos dando un grito de susto.

Nos pusimos de nuevo en marcha, divertidos y un poco agrandados por este incidente.

Subimos las estrechas y tortuosas calles empedradas de grandes losas oscuras reunidas por piedrecitas blancas empotradas en el cemento. Las cabezas nos saludan por todas partes. Todo el mundo sale de las casas para vernos. Un grupo de ingleses viajeros nos contempla... y unos niños que estaban jugando á los bolos cerca de la Fuente de los Turcos, nos siguen gritando. ¡ Viva el Regente !

He aquí el palacio que surge, enorme como una montaña, en el horizonte. Al ver esta gran sombra que se levanta en pleno sol, siento una impresión de frío augusto y severo. Quisiera que marchásemos más lentamente, y hasta que nos volviéramos...

El centinela de la puerta principal no nos ha visto, pues no advierte al cuerpo de guardia.

El príncipe Ludvigio acude. El soldado es tan alto como él y tiene una expresión dura y tozuda.

—¿Qué es esto, canalla? ¿No se rinden ya los honores?

El hombre, hostil, no se mueve.

Fuera de sí, el Príncipe levanta la raqueta que conservaba en la mano en su funda de cuero; el soldado crispa los dedos en el fusil. ¿Qué va á pasar?

Herberto, muy pálido, interviene é interpela al hombre:

—¡Granadero!

El granadero toma la posición militar. Herberto manda con voz firme:

—Llame usted: ¡A las armas!

—¡A las armas!—grita el soldado.

La guardia se pone en fila, y pasamos.

—¡El teniente!—dice brevemente el príncipe Ludvigio.

El teniente llega. Breve coloquio.

—Espero que ese miserable será fusilado mañana—dijo al príncipe Herberto.

—Puede que fuera mejor perdonarle—responde el príncipe Herberto muy pensativo.

Tercer día. Mañana estará aquí Otto.

He sido nombrada teniente del 5.º de húsares. Es una gracia que Monseñor el Regente

ha querido hacerme en consideración á mi nacimiento, y ha escogido el arma de los húsares porque, como es sabido, esos soldados son originarios de mi país.

Me he puesto una larga falda amazona verde oscuro con alamares fuego y un chacó de plumas fuego, y, en Oberón, acompañada del ministro de la Guerra, el mariscal Trau, el gobernador militar de la plaza, del coronel del 5.º y de un subteniente de ordenanza, me he presentado en la Llanura Superior, donde estaban formadas las tropas, que me han acogido con el himno dálmata y la marcha del cuerpo.

Extendíase la llanura hasta perderse de vista, verdosa, grande y suave como el cielo. Todo aquello—hierba, flores y armas—brillaba al sol y olía á mañana, á verano y á gloria.

Allí estaba el Regente, que me presentó al regimiento. Yo saludé militarmente. Después galopé al frente de las banderas mientras los soldados gritaban : «¡ Larga vida á la princesa Mariska !» Les dí las gracias con la mano, amablemente.

La reina Elisabet llegó en carretela. Piqué espuela hacia Su Majestad, y después de haberle rendido los honores, pedí al Regente la am-

nistía para los hombres del regimiento castigados con prisión.

Monseñor concedió que se levantasen los castigos. Hízose salir á los presos y, después de haberles informado de la medida de clemencia que aprovechaban gracias á mí, se les hizo desfilar delante de nosotros.

Estaban tan impresionados viéndome, que inclinaban el cuello y casi parecía que andaban en cuatro patas.

Yo les dije sin reirme : «Y, ahora, sed prudentes.»

Y uno de ellos respondió : «¡ Viva nuestro ángel bueno !»

Me esforcé por tenerme muy ligeramente á caballo, de modo de no desmentirle por completo.

Vuelta á palacio, traté de recordar en el piano, nota por nota, la marcha de mi regimiento, para no olvidarla.

Por la noche, recepción con motivo de la llegada de S. E. el marqués de Chateaupers, embajador de Francia, y la marquesa.

Fué una fiesta inolvidable... ¡ Cuántas luces ! ¡ Cuántos trajes deslumbradores ! ¡ Cuánta música !

Llevaba yo un traje recto, de terciopelo de Venecia, con ancho bordado de oro, cargado

de flores artificiales de seda en relieve de tintes naturales, pero pasados. Mi cola tenía cuatro pies de largo. Iba calzada con unos zapatos de paño de oro ; sujetaba mis cabellos una recilla de oro y como no se llevan guantes en la Corte, llevaba unos mitones igualmente de tejido de oro, de los que me salían los dedos, los cuales no son grandes y casi no se veían de lejos.

La Corte se ha dirigido en gran ceremonia al salón del trono. Este cortejo estaba compuesto del modo siguiente :

Dos heraldos, cuarenta pajes, dos maceros, los tres maestros de ceremonias : clero regular y castrense, y, después, el Regente, la Reina, el príncipe Herberto, el cuarto del Regente, el de la Reina, el de SS. AA. RR., el canciller del reino ; S. A. el príncipe duque de Spalatro y Goritz, el presidente del Consejo, el gran canciller de la orden styriense y los secretarios de Estado, el cuerpo diplomático, el primado católico y el primado griego del reino, el general en jefe, los gobernadores generales de los distritos militares y de los puertos, el presidente de la Academia Real de Letras, Artes y Ciencias, los primeros presidentes de los tribunales, los decanos de las Facultades precedidos por el rector, los consejeros áulicos, los secretarios de

Estado honorarios, los miembros del Parlamento y las personalidades más notables de las colonias extranjeras y, especialmente, los presidentes de las cámaras de comercio.

Puedo decir que cada una de estas personas me ha mirado, y todas han debido, al volver á sus casas, describir á sus mujeres y á sus hijas el traje que yo llevaba.

El Príncipe Regente me ha felicitado de nuevo.

—Muy bien, Mariska.

Mientras tanto, el embajador fué introducido.

El embajador de Francia es un señor al mismo tiempo serio y sonriente, sobrio de movimientos y cuyo ademán principal consiste en manejar el monóculo con la mano derecha. Su mujer es una de las más exquisitas damas que se pueden ver. Es de una estatura un poco mayor que la ordinaria, y tiene una cara redonda y sonrosada, una naricita una boquita y grandes ojazos. En la mirada, en la voz y en el gesto ofrece un no sé qué que es delicioso. Es de una movilidad extremada, adorable á la vista. ¿Cómo hace para moverse tan graciosamente?

Mi éxito es muy grande. Después de la comida me encuentro con la de Obrowatz.

—¿Está usted satisfecha?

—Estaría plenamente satisfecha si Vuestra Alteza Real no hubiera llamado la atención, lo que es una falta. Cuando no se quiere llamar la atención no se llama; es un hecho. Durante la primera parte de la recepción, Vuestra Alteza Real estaba apoyada en el respaldo de un sillón; cuando se acabaron los brindis, Vuestra Alteza Real tomó el vaso con la mano izquierda... y...

Me había ya apartado. El Príncipe Regente ha abierto el baile con la embajadora de Francia y yo estoy ahora valsando con Monseñor. El vals es divino... Hay un momento en que mis pies no tocan ya el suelo.

—La levantaría á usted así—me dijo,—aunque fuese usted una montaña.

Siento que dice la verdad... El vals ha acabado...

El príncipe Herberto adorna con su silueta el quicio de una puerta.

—¿No baila usted, Herberto?

—Bien sabe usted que no.

—¿Por qué me habla usted tan duramente?

Herberto me responde en un tono bastante pueril:

—Hablo á usted como debo hablarla.

Después cambia de parecer.

—Reciba usted mis excusas, Mariska; verdaderamente, no puedo explicar á usted...

—Sabe usted, sin embargo, que le quiero mucho y que tiene toda mi simpatía.

—Sí, sí, ya sé...

Pero he aquí á S. E. Sing-Tchau-Liang, ministro del Celeste Imperio. Por su figura y también por su vivacidad de ingenio, parece un mono este asombroso viejecito que, en el curso de sus peregrinaciones por las embajadas europeas, conoció á mi padre siendo primer secretario y aprovecha esta circunstancia para tratarme, bajo un aparente respeto, como á una niña.

—Princesa Mariska, su viejo amigo quiere contarle una historia.

Me vuelvo hacia Herberto.

—Pido á usted perdón...

—...Una bella historia de nuestro país, la historia de la rica primavera que hace nadar flores enlazadas con nieve en el pobre invierno...

—...¿Qué le pasa á ese lacayo, tan pálido, con las pupilas fijas y que oculta una cosa debajo de los faldones?

—¿Decía Vucencia?

—...Las flores revoloteaban en los copos y la nieve estaba maravillada al verlo.

—Interrumpo á Vuccencia, pero ese lacayo...

—¿Ese lacayo? ¡ Ah! ¡ Oh!...

Un relámpago. Una detonación seca, brutal. El suelo tiembla. Una lluvia de cristales me ensordece, tan larga, tan larga... Un instante de silencio... y después, gritos de locura, gritos desgarradores. Una cara á mi lado: Herberto, que me dice: «¿Sana y salva?» Le respondo «sí» y caigo desmayada en sus brazos.

Solamente el ministro de Succia ha sido ligeramente herido por la bomba anarquista. Los frescos del salón, esos admirables frescos eran una de las glorias de Styria; están irremediablemente destruídos. Han muerto dos lacayos y el bandido ha saltado con su bomba. No se sabe nada de él; se supone que es un extranjero que se ha introducido disfrazado.

El príncipe Ludvigio ha estado, según me dicen, admirable de valor, pero tiene esta mañana un movimiento nervioso, muy molesto, en el ojo izquierdo. Afirma el médico que se le pasará.

He recibido el bautismo de fuego; estamos sanos y salvos, y Otto llega esta noche... Todo va bien.

VIII

LA LLEGADA DE OTTO

—¿Qué desea usted? ¿Qué quiere? ¿A dónde va usted, caballero?

Es la voz de la Obrowatź.

—Por sexta vez, déjeme usted en paz, vieja loca...

—¡ Socorro ! ; Socorro !

—¿ Quiere usted callarse? Vengo á ver á mi hermana.

—Voy á anunciar á Monseñor, en ese caso...

—Me anunciaré yo mismo... ; Mariska!

¡ Otto ! Mi hermano me besa sólidamente en los dos carrillos.

—¡ Hermanita ! ; Lo que has crecido !

¡ Ah ! ese tuteo, ese lindo diminutivo de hermanita... ; Cuánto los necesitaba ! He aquí á Otto, mi hermano mayor. Tiene veintisiete años. También él ha crecido y envejecido, con

su barba castaña y su bella cara pensativa. Está vestido con un terno de viaje verde oscuro y calzado con botas amarillas...

—¡ Me miras ! No estoy muy elegante... Es que mi visita no es oficial ; me he introducido en palacio por fraude, para ver á mi Mariskita.

Y me besa de nuevo, enternecido.

—¿ Eres dichosa aquí ?

—Muy dichosa.

—¿ De veras ?

—De veras, hermano. Y tú, ¿ estás contento ?

—Plenamente ; en absoluto.

—¿ Qué haces ?

—Viajo, me instruyo. Aprendo á conocer nuestra sociedad moderna en todos sus aspectos, tan diversos y tan curiosos. Como mi seudónimo de conde de Korn ha sido descubierto por los periódicos, no soy ya más que el barón de Witestein, y cuando este nombre sea puesto en claro, tomaré otro. No seré entonces más que el señor Klein ó el señor Muller. Espero hacer algo útil ; escribo tratados de océanografía y doy cuenta de mis expediciones en las revistas científicas. ¡ Hermanita, he ganado el año último seiscientos florines—¡ seiscientos !—con mi pluma. ¿ No es hermoso ?

Reíase tan francamente, que no pude menos de hacer otro tanto.

—Pero no he venido para hablarte de mí. Vengo por ti. Eres huérfana y no tienes como jefe de familia más que un príncipe desacreditado y despreciado por todos—¡ el príncipe Otto, figúrate!—y, además, como el archiduque Alberto Carlos, entre su bridge y su propia familia, no tiene tiempo de pensar en ti, eres dueña de tus actos. No me permito ofrecerte aquí más que mis consejos: ¿quieres que te lleve conmigo y que vivamos ignorados y tranquilos en Francia, en París?...

—¡ Oh! Otto.

—Muy bien; ese «¡ Oh! Otto» me hace ver claro. ¿Quieres seguir siendo princesa?

—Sí, Otto.

—¿Quieres llegar á ser reina?

—Sí.

—¡ Bueno! la situación es clara al menos. Para ser reina, no ignoras que hay que casarse con Ludvigio...

—No lo ignoro.

—Ludvigio es un buen mozo y un brillante jinete, pero es un tonto y un egoísta.

—...

—Cultivado intelectualmente, poco más ó menos, como un rábano ó una coliflor.

—...

—Mariska, te ruego que me escuches muy

seriamente. De las consecuencias de esta conversación va á depender toda tu vida. Te conjuro á reflexionar...

—Hermano mío, hace mucho tiempo que no vives en las cortes y has perdido la costumbre... El Príncipe Regente no es un escritor, ciertamente, ni un músico... Pero la afición á la poesía y á la música ha hecho tanto daño á los suyos...

—¿Quieres hablar del rey Segismundo II?— exclamó mi hermano.

—Justamente.

—Su encierro es un crimen de esta familia. Sí, es cierto, el Rey pasaba horas tocando el armonio ó la cítara; sí, protegía á Witzhold, el poeta, y le admitía en su intimidad; sí, ha colaborado con Hauer para su ópera los *Goths*; pero su locura—si eso puede llamarse locura,— se detenía allí, se limitaba á inofensivas distracciones como paseos en barca, por la noche, cantando á las estrellas, en compañía de literatos y de artistas. La reina Elisabet le odiaba.

—¡ Más bajo! ¡ Más bajo!—dije en tono de súplica.

—Es verdad; olvidaba... Y habló más bajo. La Reina le odiaba tanto como adoraba á Ludvigio, un inflexible como ella. Durante tres años, tejió en torno de su esposo una tela de

araña habilidosa y pacientemente confeccionada. Dos médicos, regiamente pagados, consignaban sus hechos y ademanes en un cuaderno llevado al día. ¿Bebía una copita de licor? Su Majestad se entregaba al alcoholismo. ¿Se encolerizaba? Su Majestad había tenido una crisis besánica. ¿Estaba silencioso? Era la locura melancólica. Se sacaba copia de sus poemas sombríos y nebulosos que debían denunciar una mente descompuesta, ¿no es cierto? Y se enviaban al extranjero informes mentirosos.

—¡Otto!

—Los he visto en nuestro país. Un día, el rey Segismundo se cayó del caballo y la conmoción le dejó aturdido. Cuando se despertó estaba atado en una camisa de fuerza en una mala cama de esa perrera que la Reina ha llamado pomposamente el castillo de Mutz. Ahora, estás enterada.

—El Príncipe Regente no es responsable de nada de eso... Y, por lo demás, el rey Segismundo está realmente loco; he adquirido esa triste certeza por mis propios ojos.

—Diez y ocho años de soledad han producido ese resultado.

—¡El Príncipe Regente no es responsable! repetí con fuerza.

—Uniéndote á esa familia, te haces cómplice suya.

—No. Yo dulcificaré la suerte del desgraciado soberano.

—Sabes que una revolución terrible amenaza á este país. La bomba arrojada en palacio presagia acontecimientos atroces.

—Esa es una razón más para hacerme aceptar ese matrimonio.

—¿Amas al Regente?

Me ruboricé.

—Perdón, hermanita—dijo Otto,—te pido perdón y deseo que tengas razón contra mí. Yo habré cumplido con mi deber. Mañana á las cinco entraré oficialmente en palacio. ¿Quieres abrazarme?

—Con todo mi corazón.

Otto me abrazó y desapareció muy de prisa...

Yo llamé á la de Obrowatz.

—No diga usted á alma viviente que mi hermano ha venido á verme.

—Su Alteza Real puede estar tranquila.

IX

LOS ESPONSALES

—¡ El príncipe Otto acaba de salir de aquí, mi Mariskita querida.

¡ La Reina es tan tierna, tan afectuosa ! ¿ Cómo suponer que una cabeza tan radiantemente joven pueda albergar proyectos tenebrosos ?

—La demanda oficial va á ser traída por un embajador. Dentro de tres días será usted oficialmente prometida.

Besó la pálida mano de Su Majestad, la linda y fina mano que huele á almendra amarga y en la que brilla una sola perla, enorme y redonda. La Reina prosigue :

—En medio de las tristezas del momento presente, esa será para nosotros una gran fiesta de familia, y yo querría que el príncipe Otto tomase parte en ella, puesto que el Emperador

le ha autorizado á venir para el paso preliminar. Pero...

—¿Vuestra Majestad quiere hablar de la desgracia?...

—Normalmente, su hermano de usted no es ya nada. Quiero exponer á usted su situación, pues ya no es usted una niña, Mariska, y van á incumbirla graves deberes. Es necesario que lo sepa usted todo.

¿Qué voy á saber, Dios mío?

—Su hermano de usted, Otto, es casado.

—¿Casado?

—Por supuesto, su matrimonio, que se ha celebrado en Inglaterra, no es legal y una decisión suprema puede romperle de un momento á otro. Su hermano de usted ha conocido en Moravia á una... persona, una muchacha del pueblo, una pequeña burguesa... Puede usted pensar que esa intrigante ha sido seducida por el prestigio de la categoría, del uniforme y de la fortuna... Su infortunado hermano de usted no ha sabido resistir. Ha renunciado á todos sus derechos, ha cambiado de nombre, se ha desterrado voluntariamente, se ha casado en secreto con esa... persona y nadie ha oído ya hablar de él hasta el día en que se le ha hecho buscar por la policía para ponerle al corriente de los proyectos que teníamos acer-

ca de usted. Hemos estimado que era más conveniente obrar así, puesto que es, á pesar de todo, su pariente más próximo. Y después he concebido la esperanza de que viendo á usted así y viviendo unos días en medio de la familia real, tomaría acaso el prudente partido de renunciar á esa existencia de aventuras y de implorar su perdón, que le será ciertamente concedido, yo lo garantizo.

—Vuestra Majestad es muy buena.

—Usted puede mucho en este punto, Mariskita. ¡ Ah! me olvidaba. He relevado á usted de su servicio á mi lado y he dispuesto su reemplazo.

Me inclino dos veces y salgo muy alterada. ¡ Otto casado! No me lo había dicho. Me arde la cabeza y estoy tan desorientada que apenas respondo á Monseñor, que está hablando con un hombre bastante mal vestido y me hace un saludo amistoso.

Hago avisar á mi primer picador y me voy yo misma á las caballerizas á dar los buenos días á Oberón antes de que le ensillen para el paseo. Las caballerizas de palacio están admirablemente cuidadas; el Regente las vigila él mismo. Mis tres caballos están soberbiamente instalados y, al lado, hay una separación en la que dormita la vieja yegua de armas del rey

Segismundo.: Menelia. Tiene veintidós años y la pasean todas las mañanas, á la mano, pues nadie la ha montado después del Rey. Oberón, que me conoce, relincha. ¡ Dentro de un momento, amigo! Traigo azúcar á la vieja Menelia y abro el picaporte de su separación; la yegua se mueve penosamente y, cuando la llamo, muevo un poco una oreja. ¡ Pobre animal, con sus ojos apagados, su befo colgante y su modo de levantar una pata trasera dolorosa! Se come el azúcar que le traigo y cuando me aparto la oigo echarse con un gran ruido de paja removida. Oberón piafa nerviosamente. El no se echa jamás, ni para dormir; me mira con sus ojos vivos, bastante feroces, y se arroja á la golosina que le traigo, sin dejar de piafar. ¡ Oberón, mala bestia, tan linda, tú serás el caballo de la Reina! Me visto y le vuelvo á encontrar ensillado, siempre impaciente á la salida; su flexible lomo undula bajo mi peso. Dentro de un instante, en el bosque, galoparemos. ¡ Calla! ahí está Herberto. No montaría mal si no fuera tan distraído. Al verle, pienso siempre en este verso de Racine:

Su mano sobre el caballo dejaba flotar la rienda.

Herberto monta para divertirse, y, según me decía muy bien Linck al picador de los prin-

cipes», las Altezas no montan para divertirse ; es en ellas una función á la que deben dedicar una seriedad, una dignidad y una atención no interrumpidas.

—¿Puedo acompañar á usted, Mariska?

—Ciertamente.

Herberto coloca su caballo al lado de Oberón que trata de morder.

—¡ Ya lo ve usted ; soy mal recibido !

De un tirón de las riendas prevengo á mi caballo que debe estarse quieto.

—Es, sin duda, el último paseo que damos juntos.

—¿ Por qué ?

—Porque Su Majestad la Reina no condescenderá en guardar como compañero al amigo de la princesa Mariska.

—Me juzga usted mal, Herberto ; nuestra amistad, por el contrario, va á aumentarse con un vínculo sagrado...

—Mañana, estamos invitados á presentar á usted nuestras felicitaciones y nuestros votos ; yo prefiero hacerlo aquí mismo.

—Doy á usted las gracias.

—Espléndida mañana, ¿ no es verdad ?

—¡ Espléndida !

—¿ Galopamos ?

—Galopemos.

¡ La embriaguez de la fuga ! El viento que nos azota la cara está embalsamado é impregnado del aroma de las flores. ¡ Oh ! mis queridos paseos... Solamente á caballo no tengo pisándome los talones á la de Obrowatz ó á otra mujer cualquiera. Cuando sea reina, tendré hasta el derecho de salir sola, sin picador, si así me place...

—Ahora, la taza de leche fatídica y obligatoria, mi querida Mariska.

¡ Alto !

No me gusta el tono con que me habla Herberto, esa especie de broma triste y como lastimosa ; no puedo menos de pensar, sin embargo, que corrió hacia mí cuando la explosión de la bomba ni de recordar su ansiedad cuando me preguntó si estaba sana y salva.

Nos apeamos y acude la granjera.

—Vuestras Altezas no pueden entrar en la sala. Hay un caballero y una señora.

—¿ Y qué, los molestaríamos?—pregunta tranquilamente Herberto.

—¡ Cómo puede pensar Vuestra Alteza ! Es por Vuestras Altezas...

—Su sala de usted es de todo el mundo, buena mujer, y nosotros no somos más que unos transeuntes que vienen á beber leche. Entremos. Hace aquí un sol que quema.

La gran sala de la granja de Birnkirsch es falsamente rústica. Sírvense en ella cangrejos de mar á la americana y pollos trufados, en escudillas groseramente coloreadas. Las mesas son pesadas y torpemente trabajadas, pero los escabeles son cómodos como butacas. El olor de establo que allí se respira es justamente el necesario para penetrarse de la excelencia y de la autenticidad de la leche. Una inmensa chimenea de morillos y accesorios de brillante cobre es el orgullo de la casa. En la semiobscuridad que reinaba, no conocí al pronto al «caballero y la señora» cuya presencia había alarmado por nosotros á la granjera. Cuando ésta, roja de justo orgullo, se apresuró á llamarme «Vuestra Alteza Real» para que se comprendiese bien la calidad de sus huéspedes, el desconocido se volvió y conocí á Otto. Mi hermano se levantó, contrariado, y después tomó una resolución repentina.

—Buenos días, Mariskita—me dijo.—¿Quieres presentarme al príncipe Herberto?

—Mi hermano, el príncipe Otto Carlos; el príncipe Herberto.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Quiere usted permitirme—preguntó Otto á Herberto con un ligero temblor en la voz,—

quiere usted permitirme que le presente á mi mujer?

—Herberto no vaciló un instante.

—Con mucho gusto, Príncipe.

Otto fué á buscar á su compañera, que había permanecido muda y vuelta de espaldas durante la primera parte de la conversación. Y vi una linda persona de veintidós ó veintitrés años, cuya dulce y tranquila cara estaba rodeada de severas y admirables cocas negras; el cabello, sobre todo, era magnífico y el ligero tricornio de amazona puesto encima dejaba ver su abundante belleza. Estaba yo indecisa sobre lo que debía hacer, pero la emoción de aquella pobre mujer y la de mi mismo hermano me decidieron.

—Ante todo, Lina, aquí tienes á mi hermana, á mi Mariskita.

La mujer de mi hermano se inclinó profundamente, con una especie de vergüenza que yo no pude soportar. Mi hermano, el jefe de mi familia, había dicho: mi mujer, y esto debía bastar para que yo la considerase como mi igual.

—¿Quiere usted abrazarme?—le digo.

Y ella se arroja en mis brazos. Los ojos de Otto estaban hinchados de lágrimas. Mi hermano me estrechó en seguida contra su cora-

zón, diciéndome : «¡ Gracias ! ¡ Gracias !» y me apretó las manos como á un hombre.

Y hétenos aquí sentados á la mesa de aquella humilde posada. La granjera, deslumbrada por los títulos de sus visitantes, conocidos y desconocidos, estaba de centinela en la puerta. Aquello fué todo lo divertido é imprevisto que se puede imaginar. Mi cuñada estuvo verdaderamente muy amable. Era tímida y hablaba muy poco, aunque yo la animase á hacerlo, pero me pareció enterada de las cosas de la literatura y de las ciencias, pues, en el curso de la conversación de Herberto y Otto, dijo con frecuencia su parecer con acierto y erudición, según me pareció. Comprendí entonces que Otto era feliz, y no pude menos de sonreirme al pensar en el modo raro que yo tenía de interpretar las órdenes de la Reina. Todo aquello estaba sin duda muy mal, y me propuse *in petto*, confesarme con el austero Don Pardo. Por el momento era agradable verse fuera de palacio, en aquella simple choza rodeada de flores. Herberto no parecía el mismo y conversaba con una vivacidad no desprovista de encantos. Habían aparecido los colores en sus mejillas ; vi que se estaba creando una verdadera simpatía entre los dos príncipes, y sentí que no estuviera allí el Regente, pues seguramente

Otto hubiera cambiado de parecer sobre él. Pero la etiqueta exigía que viera á mi prometido lo menos posible antes del anuncio oficial.

En el curso de esta conversación, supe que Monseñor sería coronado rey en la semana siguiente. El pergamino sería leído al pueblo en la gran galería de palacio, pero por temor de manifestaciones siempre posibles en un país tan trabajado por los manejos revolucionarios, el pueblo sería escogido. Supe también que unos agentes de policía de paisano nos seguían sin que nosotros lo notásemos, á fin de cuidar de nuestra seguridad. Lina tuvo un movimiento delicioso para preguntarme si no tenía miedo. Yo sonreí. ¿Miedo? ¡No! no tengo miedo más que de las arañas y de los ratones. Los anarquistas no me hacen temblar. Así como así, ya he sufrido uno de sus atentados.

—Yo no soy ya un recluta, sino un soldado viejo que ha visto el combate.

Herberto lo confirmó.

—Su hermana de usted—dijo Otto,—estaba á mi lado cuando el bandido disfrazado arrojó la bomba. Era una bomba de aprendiz, por otra parte: pólvora y clavos. Una verdadera bomba lo hubiera arrasado todo y ni uno de nosotros hubiera salido vivo. En medio del pánico

que siguió á la explosión, solamente Mariska no huyó...

—Bien, hermanita.

—Señora—dijo Lina,—¿no querría usted dejar por unas semanas un país tan peligroso? Tenemos una quinta en un rincón tan tranquilo y tan apacible, de los Bajos Pirineos, en Francia...

No acepté este cándido ofrecimiento y dí las gracias vivamente á la que acababa de formularlo con tan grande espontaneidad.

—Y, sin embargo—dijo Herberto,—eso sería, acaso lo prudente.

—Hay casos en que la palabra prudencia es incompatible con la idea del deber.

Herberto cambió una mirada con Otto. Evidentemente, veían que mi resolución era irrevocable. Por una hora de placer burgués, pasada en una granja con los dos príncipes y la agradable villana que era mi cuñada, no iba yo á desperdiciar el porvenir que se abría ante mí y á convertirme en una miserable desterrada.

Mi picador se presentó.

—Haré observar á Vuestra Alteza Real...

—Está bien, nos volvemos.

La despedida fué breve. Sentía yo al fin que no estaba en mi puesto y creía estar

oyendo el grave y afectuoso reproche de la Reina.

A medio camino de palacio nos cruzamos con el príncipe Ludvigio á caballo. Unióse á nosotros y saltamos juntos obstáculos naturales que Oberón hubiera ciertamente rehusado si el Regente, en el momento oportuno, no lo hubiera animado cada vez con un buen latigazo en la grupa. El tordo del Príncipe estaba cubierto de sangre y espuma, pues su jinete maneja las espuelas con una facilidad temible. Mientras que Herberto... «su mano sobre el caballo dejaba flotar la rienda.» Nos siguió con todo, mal ó bien, más mal que bien, excitado por las burlas de su hermano : «Avanza, »pues, con tu caballote ; parecéis una judía »verde montada en una calabaza.» Yo me reía á carcajadas. Aquello era el ingenio styriense, que puede pasar por un poco pesado puesto en el papel, pero que, en la boca de Ludvigio, toma un verdadero valor. El Regente se mostró una vez más muy satisfecho de mis progresos en equitación y felicitó por ellos calurosamente á mi picador, que no cabía en el pellejo. «Usted prefiere un buen paseo á caballo á la lectura de un tratado de cosmografía», me dijo Monseñor. Yo confesé mis preferencias por el caballo y el Regente se sirvió declararse en-

cantado. A fin de mostrarme su puntería, sacó el revólver y cortó una hoja de un árbol, muy alta. Al ver que aquella verdadera procza de tirador me había entusiasmado, el Príncipe tomó por blanco—hizo mal—á un perro rojizo bastante miserable, hay que confesarlo, que pasaba por la cuneta de un camino. El perro rodó, patitieso, pero iba seguido de una especie de pequeño profesor delgaducho, con una levita, gafas y un paraguas, y que gritó con la voz colérica de un faldero á quien se ahoga :

—¿Quién es el estúpido asesino que ha matado este animal?

Iba yo á responder, cuando el príncipe Ludvigio me detuvo con un gesto.

—¿Quieres saber quién es el estúpido asesino?

—Sí.

—Soy yo. ¿Y sabes tú quién soy?

—Perfectamente—se atrevió á responder aquel pasante rabioso,—usted es el innoble Ludvigio, regente del reino de Styria por la voluntad del crimen.

—Ernest—dijo el Regente á mi picador,—¿dónde están los agentes?

—Han perdido nuestra traza, Monseñor, pero voy á detener yo mismo á este mequetrefe.

Se preparaba á bajarse del caballo cuando el

individuo sacó del bolsillo un enorme revólver.

—Al primero que me toque le levanto la tapa de los sesos.

Monseñor parecía confundido por tanta imprudencia, y juzgó, no sin razón, que valía más el desprecio.

—¿Quiere usted dinero, sin duda?

Y el Regente se echó mano al bolsillo.

—Guárdalo para los verdugos de tu padre; su empleo lo merece.

Volvimos pies atrás bastante penosamente impresionados, mientras el hombrecillo, que había dejado el paraguas, cavaba una tumba para su feo compañero.

X

EL GRAN CONSEJO

Acabo de ser presentada al Gran Consejo ; nueve ancianos de toga roja, con el birrete cuadrado y llenos de collares y placas. Soy oficialmente la prometida del Regente del Reino. Un desfile interminable de personalidades ha venido á mí, se han arrodillado en el almohadón de terciopelo carmesí y se han levantado pronta ó pesadamente, según la edad ó los roumas. La princesa de Obrowatz se ha arrodillado y también Lina, duquesa de Ostrewitz-Benkusch. He querido probar á ésta que le perdonaba el bofetón que le dí en otro tiempo y le he dado mi mano á besar. Esta muchacha gordinflona no es mala. He aquí el profesor Stckenhuller, miembro de todas las academias del mundo y que ha descubierto tres vacunas ; he aquí al viejo mariscal d'Entraguet

descendiente de una familia francesa desterrada cuando la revocación del edicto de Nantes y que se cubrió de gloria en las guerras de la Independencia. No dejó arrodillarse al profesor ni al mariscal, y ellos me lo agradecen. Cuando vuelvan á su casa, dirán á sus mujeres ó á sus amas de gobierno : «Será una buena Reina». Las músicas me dan dianas y serenatas. Estoy viviendo en un sueño deslumbrador.

He aquí ahora el Gran Consejo. Todos me examinan. El presidente, príncipe de Schnerren, hace en alta voz una reflexión bastante inoportuna acerca de mi salud vigorosa. El Príncipe Regente sonrío. Y también la Reina. Sé que hay que tener consideración al Gran Consejo, y me sonrío igualmente, con ganas de morder. La Reina habla.

—La petición oficial ha sido hecha, con autorización del Emperador, por el príncipe Otto Carlos. Espero confiadamente que este acontecimiento dichoso marcará en el destino de ese Príncipe, lamentablemente extraviado, una orientación nueva. Por otra parte, he comunicado estos sentimientos á la Princesa y podemos elegir aquí mismo un plan de conducta. Entonces tomo yo la palabra.

—Es inútil, Señora. Por orden de Vuestra Majestad, he querido darme cuenta por mí

misma y he hecho insinuaciones al Príncipe, mi hermano. Su resolución es irrevocable. Terminadas las ceremonias del casamiento, el Príncipe recobrará el incógnito y se volverá á Francia.

—Por lo demás, ha traído aquí esa persona—dice desdeñosamente el príncipe presidente Schneren.

—Es una gran desgracia—añade la Reina.

—Desde este momento—dice el Príncipe presidente,—Su Alteza Real la Princesa se servirá dar al señor ministro de la policía el empleo exacto de su tiempo, con anticipación, hasta que el orden sea restablecido definitivamente en Styria, lo que no puede tardar. El señor ministro de la Guerra me ha dado mejores noticias sobre el espíritu de las tropas...

El ministro de la Guerra, al que yo no había conocido con su traje de miembro del Gran Consejo, mueve la cabeza.

—He dicho que el estado de ánimo era menos malo; pero no por eso deja de existir un desarreglo alarmante...

—Que yo sabré reprimir cueste lo que cueste—exclama el Regente.—Si es necesario, las tropas extranjeras...

El mariscal d'Entraguet se levanta.

—Haré observar respetuosamente á Vuestra

Alteza que apelar al extranjero es encender aquí la guerra civil y provocar la revuelta y la insurrección. Pido tener la certeza de que no se recurrirá al extranjero.

—¿Es eso una exigencia?

—No me permitiría faltar así al respeto al *hijo de mi Rey*.

Se produce un momento de silencio de estupefacción.

—Salga usted, caballero—manda el Príncipe.

El mariscal abre entonces la toga. Está de gran uniforme. Con mano temblorosa, quita el corchete del manto, me saluda, saluda á la Reina con un ademán francés, y sale...

—Falta ahora un consejero para la proclamación al pueblo—hace observar el príncipe presidente Schneren.

—Eso no es una dificultad—responde Monseñor.

Se le oye llamar en la galería á un caballero, al que pone, riéndose, la toga abandonada por el mariscal. Los consejeros retroceden.

—¡Qué! ¿No tiene derecho de llevar esta toga? Te nombro consejero. Ahora ya tienes ese famoso derecho. ¡Ah! ¿Es el cordón de la Orden Real lo que os choca? Te hago Gran Cruz de la Orden Real de Styria. Siempre se-

rás un servidor tan fiel como el viejo imbécil que sale de aquí. ¡ Señores, en marcha !

Tanta decisión, unida á aquella voz imperiosa que sólo pertenece á los conductores de hombres produce su efecto. Precedido por los alabarderos, el cortejo, al que se unen en la gran galería los príncipes Herberto y Otto, los dignatarios de la Corona y los miembros de los cuerpos constituidos, se dirige al balcón para la proclamación al pueblo. Hace un tiempo radiante ; detrás de los miembros del Gran Consejo, veo la masa de árboles que marca el comienzo de la selva de Grunheilt ; el azul del cielo está pasado y como usado á fuerza de ser azul. El humo de una cabaña sube en él en línea recta como ese toque de corneta que se destaca brutalmente en la pura serenidad de la atmósfera.

Estamos en fila en el balcón, cada cual en su puesto. Pienso que no ha habido en Styria una ceremonia semejante desde hace veintiséis años, época en la cual el rey Segismundo II reemplazó á su padre muerto á la cabeza de sus tropas en la guerra de la Independencia. Y pienso en el pobre Rey para el que no hay fiesta alguna y ruge acaso de dolor, con el cuello apretado en un collar infame, mientras se le desposee definitivamente.

Aquí está el pueblo. No hay más que unas ciento cincuenta personas, muy decentemente vestidas, á fe mía. Conozco á cuatro ó cinco pa-seantes á quienes encuentro con bastante frecuencia y que me han importunado más de una vez siguiéndome con indiscreta curiosidad... Hay mujeres y jóvenes con el gorro nacional de filigrana de plata realzado con una cinta roja. Toda aquella gente está puesta en fila como los soldados en la parada. Ni una palabra, ni un gesto. ¡És éste el pueblo sublevado! Un maestro de escuela los metería en cintura. Y además, parecen buenas personas. Hasta hay en primera fila una enternecedora niña de ocho años que tiene en la mano un ramo. Hubiera yo creído, sin embargo, que habría más gente.

El heraldo da lectura de la proclamación. El Gran Consejo anuncia en ella la destitución del rey Segismundo y el advenimiento al trono de Ludvigio III. Y termina con la fórmula sacramental :

—Y si alguien se opone á la proclamación del rey Ludvigio, que avance atrevidamente y haga conocer sus razones...

Un rumor. Alguien se presenta. La multitud se aparta.

—¡Yo protesto!

Pasa por mis ojos un relámpago. Allí, de gran uniforme, con el pecho cruzado por el Gran Cordón, he creído reconocer al Rey loco, al rey Segismundo en persona. Pero no, me he engañado. Es el mariscal d'Entraguet. Todos inclinamos la cabeza con ansiosa curiosidad.

—¡ Yo protesto! El rey Segismundo no está loco. Sois unos...

Tres fieles súbditos que se encontraban entre la multitud, no pueden soportar más y se apoderan del anciano, le ponen la mano en la boca y se le llevan.

El heraldo se queda confuso y recomienza torpemente :

—Y si alguien se opone *todavía* á la proclamación del rey Ludvigio, que avance atrevidamente y haga conocer sus razones...

Esta vez nadie dice palabra. Un toque de cornetas. Se ha acabado. Allá, detrás del parque, me parece ver agitarse una masa confusa de gente y oír gritos de odio y de muerte... No es posible, puesto que, hoy, todo el mundo debía poder penetrar libremente hasta el balcón.

Estamos en la sala del Trono. El rey Ludvigio sube al asiento augusto y se me empuja delante de él. Por un exquisito pensamiento

de la Reina, debo yo ser la primera que le dé los títulos á que desde hoy tiene derecho, antes de la Consagración en la catedral de Santa Teresa. Me arrodillo :

—Señor, presento á Vuestra Majestad los votos sinceros que formo por la prosperidad de su reinado.

Ludvigio III me levanta, me atrac á él y me besa en la frente. Hay un murmullo de contento general. Nuevo desfile. Noto que el príncipe Herberto se arrodilla muy de prisa. Mi hermano Otto, como es extranjero, no se arrodilla, se inclina. Es el único de frac negro y calzón corto en medio de tantos uniformes. Antes de retirarse, el Rey me llama á su lado y anuncia él mismo sus esponsales. Nuevas congratulaciones. Estoy verdaderamente muerta de cansancio. Herberto ha desaparecido con Otto... Se acabó. *Alea jacta est*. Dentro de dos meses, día por día, seré la reina Mariska de Hungría. Tendré que mandarme hacer un bonito retrato oficial por un buen fotógrafo. Como prometida, haré dar á los periódicos mi retrato de casa de Schisbtein, con mi mantelleta María Antonieta que descubre tan bien el cuello y aquel perfil que se destaca en un claro obscuro tan hábil. ¡ Mi retrato será el ornamento de las cabañas !

XI

LA CONSAGRACIÓN TRÁGICA

Hace mucho tiempo que no continúo estas memorias. Tienen la culpa las recepciones, los bailes y las ceremonias que se han sucedido sin interrupción. Aprovecho unos momentos de respiro para poner casi al día mi cuaderno, que es el libro de cuentas de mi vida. A pesar del efectivo peligro que existe en Styria en este momento, los periódicos del mundo entero han enviado fotógrafos. Un parisiense tiene un modo irresistible de saludar antes de hacer funcionar su máquina. Puesto que me confieso aquí mejor aún que con Don Pardo, debo declarar que he puesto toda mi coquetería en dejarme retratar por aquél con mis más bonitos vestidos. Hasta le he dicho, en una corta *interview* que me ha arrancado de paso, que

esos trajes habían sido confeccionados en Styria, lo que es una abominable mentira ; pero el fotógrafo no ha reconocido, ó no ha querido reconocer, á sus compatriotas... Su Majestad Ludvigio III se ha hecho también fotografiar conmigo, sin cumplimientos ; me tenía del brazo y llevaba calzón de ciclista, un chaquetón de caza y un tirolés verde con pluma de gallo, puesto de medio lado ; yo tenía mi traje de bordado inglés y el sombrero rosa cuya pluma me cae tan graciosamente sobre el cabello. ¡ Con tal de que salga bien ! No me he atrevido á pedir una prueba, pero espero con febril impaciencia los recortes que nos envía una agencia.

Fotografos y nóticieros se han marchado ya por orden del Gran Mariscal de la Corte, que no ha querido asumir la responsabilidad de tantos extranjeros.

—El país está tranquilo, sin embargo—le he dicho con el comienzo de autoridad que me da mi título de prometida del Rey.

—Vuestra Alteza Real tiene razón. Pero á mí que he asistido á dos revoluciones, esta tranquilidad me espanta ; es la calma que presagia á veces á la tempestad.

Su Majestad está enteramente tranquilo. No sale aún á la calle, pues todos le hemos su-

plicado que cuide de una existencia más preciosa y más indispensable que nunca. La etiqueta nos autoriza ahora á una entrevista de dos horas diarias. Ayer, Su Majestad se ha dignado decirme que deseaba que le llamase una vez Ludvigio.

—Dígame usted : buenos días, Ludvigio.

Le obedecí.

—Buenos días, Ludvigio.

—Muy buenos, Mariska. Estás hoy muy bonita.

Nadie me ha tuteado nunca, excepto mi hermano, y me quedé confusa. El Rey se echó á reir y añadió :

—Allá, en el parque, hay un caballero que quiere hablar con usted.

Era Otto. Estaba muy pálido y presagí una catástrofe. Mi presentimiento no me engañaba.

—Acabo de recibir un telegrama que me manda dejar Styria inmediatamente. No me explico esta severidad...

—Yo sí me la explico, Otto—respondí francamente. Se me había rogado insinuarte... que una separación...

—¿Y has rehusado?

—He dicho que tu resolución era irrevocable.

—Has hecho bien. Ahora es preciso que me

aleje y lo hago con pena porque te dejo en un país que va á ser revuelto por la revolución más espantosa. Tengo informes seguros. El pueblo styriense estaba acostumbrado á la mano enguantada de terciopelo de un Rey bonachón cuyos gestos estaban impregnados de piedad, que seguía al pie de la letra la profunda máxima inglesa : «Vivid y dejad vivir» y que iba siempre hacia un aumento de libertad. Hoy que todas esas libertades han sido anuladas una por una—excepto la de pagar impuestos abrumadores,—este pueblo lento en concebir, pero pronto en ejecutar, se organiza, mientras el Rey, sus consejeros y sus servidores están cada día más aislados en ese palacio cerrado á todos los ruidos exteriores. Tu regio prometido es odiado. A ti te corresponderá la tarea, si no de hacerle amar, al menos de hacerle soportar. No debo ocultarte que te será muy difícil ; eres una extranjera...

Me estremecí. La Extranjera... el sobrenombre de desprecio con que se abofeteaba á la reina María Antonieta de Habsburgo-Lorena.

—Yo, por mi parte, me marchó, mi pobre Mariska. Si no te dejase en este infierno de púrpura y oro, en este presidio lujoso, mi felicidad sería completa...

—No te preocupes por mí, hermano mío. Me parece que yo estaba hecha para llegar á ser reina; la corona será un peso que yo llevaré orgullosamente.

—¡Vaya! adiós, hermanita. Nos escribiremos á menudo, ¿verdad?

—Todas las semanas, si Su Majestad lo permite.

—¡Oh!... Sí... Ahora tengo que pedirte una cosa que me produciría un inmenso placer...

—¿Qué es?

Otto parecía vacilante y yo le animé con un «¡Habla!» en el que puse toda mi alarmada ternura.

—...Lina quisiera abrazarte antes de salir de aquí.

Yo me puse tiesa. Ya la entrevista que habíamos tenido había sido una gran imprudencia. Hoy, que era casi reina, la cosa se convertía en una locura.

—Ya comprendes, hermano mío; es imposible.

Otto se irguió con altivez.

—He transmitido á usted un ruego; usted ha creído que no debía acceder á él. Es un asunto entre usted y su conciencia.

—¡Otto!

Me miró como si nos hubiésemos vuelto extraños y dijo :

—¡ Pobre Mariska !

Y salió sin un último abrazo, sin volver la cabeza. Tuve que apelar á todo mi valor para dejarle irse así, para no llamarle. Es mi único pariente, el último lazo que une todavía á mi tranquila y risueña infancia. Ese lazo está roto, lo veo bien...

Ahora, el príncipe Herberto.

—¿ Se marcha Otto ?

—Sí.

—Una sola cosa me impide hacer lo mismo ; el peligro que corren los míos y el estado en que se encuentra este desgraciado país.

—¿ Se marcharía usted ?

—En seguida. Abomino las injusticias y el aire está aquí saturado de ellas. El mariscal d'Entraguet, un héroe, una de las glorias más brillantes y más indiscutibles de Styria, acaba de pegarse un tiro. Y ha sido reemplazado por un chalán. Cosa más grave ; el primer acto de mi hermano ha sido apelar al extranjero. Ese hombre con el cual le hemos visto conversar abiertamente, era un emisario. Esta noche, unos soldados á quienes se disfrazará con el uniforme styriense, penetrarán por los subterráneos.

—No tiene usted derecho á criticar los actos de su Rey.

—No reconoceré por mi Rey á Ludvigio mientras viva mi padre.

—¿Discute usted á la hora del peligro, Herberto?

—Si ese peligro llega, sabré demostrar á usted que sé mirarle de frente.

Heme aquí ya aislada. Estoy tranquila, porque he cumplido con mi deber. La amistad el cariño se convierten en palabras vanas cuando se es la Reina. Voy á cobrar valor al lado de Su Majestad la reina Elisabet, que parece preocupada, con la frente entre las manos. Muestra, sin embargo, una débil sonrisa al verme, pero está delicada y me envía al lado del Rey que, según parece, tiene necesidad de mi presencia. Encuentro á Su Majestad en una sala contigua al cuerpo de guardia. Dos coraceros sujetan á un señor de aspecto bonachón é inofensivo, un rubio de largos cabellos y con anteojos, que parece un estudiante de Medicina y al que el Rey parece que está interrogando.

—Venga usted, Mariska. Es preciso que usted sepa... Este señor que está usted viendo (dejadle un instante, coraceros) es el doctor Zigl, director del periódico *El Liberal*.

El doctor Zigl se inclina. Yo permanezco altanera.

—Este señor se entrega todos los días á un ataque embozado contra mí, y, hoy, se trata de usted.

—Del modo más respetuoso...

—No me interrumpa usted. Afirma que nuestros esponsales son la señal de la entrega de Styria al extranjero...

Yo lanzo un ¡oh! de indignación.

—¿Quiere usted afirmar á este señor que jamás se ha tratado de eso entre nosotros?

—Jamás, caballero, lo juro por este crucifijo.

El individuo se ruboriza.

—No pongo en duda la palabra de Vuestra Alteza. Creo que Vuestra Alteza es una víctima y que aquí hay un dote confesado y otro no confesado, por ser inconfesable, y esto lo mantendré hasta la muerte. Mi misión era advertir á la Corona del juego peligroso á que se entrega; será tarde para tocar á rebato cuando la casa esté incendiada. Sentimos, adivinamos al extranjero en todas partes. Recorren las calles emisarios sospechosos; uno de ellos ha sido cosido á puñaladas esta mañana y los revolucionarios están descifrando los papeles sospechosos que le han encontrado. El país se

ahoga. Ha permanecido sordo durante años á todas las recriminaciones socialistas, pero medidas imprudentes han fijado los descontentos.

—Comprométase usted á abandonar esta campaña odiosa y no sólo está usted libre sino que la Corona toma su periódico bajo su protección.

—Con ayuda, por supuesto, de los fondos particulares.

—Perfectamente.

—Me niego.

—Llevalle.

—¡Cuidado! Todo lo que se haga contra mi persona será duramente pagado.

—Llevalle.

Los dos coraceros echan mano al doctor, que no se resiste. Yo admiro la energía del Rey.

—Yo los barreré á todos—me dice.

Esta noche no he podido dormir. Es terrible estar sola y no poder pedir consejo á alma viviente. No tengo más que diez y seis años, y estoy metida en unos acontecimientos trágicos que exigirían tanta experiencia como sabiduría y reflexión. Ayer, estaba tomando lecciones de literatura y de baile, y no se me pedía más que sostener mi categoría en el tenis y saltar valerosamente obstáculos montada en Oberón. Y heme aquí plantada al frente de

una página de historia en la cual es preciso que yo colabore. ¿Qué se escribirá en ella? Mi insomnio es de repente mecido por un ruido sordo regular y contenido que hace una cosa así: trrron, trrron, trrron trrron. Me levanto, me acerco á la ventana, sin levantar las cortinas, observo, y cuando los ojos se me han acostumbrado á la obscuridad, veo unas filas innumerables de hombres que salen de una especie de excavación practicada en el ala derecha del castillo. Dirigidos por superiores que los mandan por señas, aquellos hombres, aquellos soldados, van á formarse, sin duda, en el pabellón de Ludvigio I^o, donde existe una inmensa sala de armas.

Aquella corriente negra parece que no acaba. La excavación ha vomitado ya más de mil hombres y la cosa continúa...

¡ El extranjero !

¿ Era, entonces, verdad? El rey Ludvigio, por temor de una revuelta, ha apelado al extranjero. En el caso de que éste restablezca el orden, no cabe duda, la Styria resultará su vasalla. Este hermoso y noble país al que ya amo, que ha conquistado soberbiamente su independencia, volverá á caer bajo el yugo de una esclavitud vergonzosa. No es posible...

Por fin ha cesado el desfile y una silueta se

aproxima á la excavación. Es el Rey, que cierra en persona la entrada de los subterráneos. Su Majestad mira alrededor de él é investiga la sombra y el silencio...

No puedo más. ¡Señor! Acaso el pueblo, advertido, rodea ya el parque. Me pongo una bata y subo á lo alto del palacio, á una especie de garita en que se han dispuesto para mí anteojos y telescopios. Un alba temblorosa é indecisa nace vagamente. ¡Qué frío hace! Estoy tiritando. Es imposible ver nada y me acurruco en una butaca. Allí me invade un bienestar imbécil, me duermo y, cuando me despierto, es por la mañana, una fresca mañana de joven sol, una mañana de hierba mojada y de flores nacientes. La ciudad parece tranquila; todo duerme, probablemente. ¿Cómo pueden los hombres ser perversos bajo la tierna caricia de ese límpido cielo? De repente, tengo la sensación de que algo se derrumba á lo lejos; un punto débil, lejano. Ajusto el anteojo... Es la Manutención militar que se viene abajo como esos edificios de las construcciones infantiles á los que se quita la base, de un papirotazo. Una detonación comparable con la del cañón en los días de fiesta. ¡Dios mío! ¡El puente de Sauer está destruído! Un terror loco me clava en el suelo. ¡Vamos á

saltar á nuestra vez! Grito y el Palacio se despierta. Oigo que suben hacia mí; es el gran mariscal de palacio, los servidores, Herberto.

—¿Qué hay? ¿Qué hay?

—Señalo á la ciudad con el dedo, y la ciudad parece dormitar, estirarse, participar de la languidez indiferente del azul palpitante que se extiende sobre nuestras cabezas.

Una espantosa detonación que arranca las piedras del suelo y las arroja al aire; un poco de humo; nada más. No sabemos cuál es el edificio que ha saltado. Herberto está pálido y su impotencia le hace desgarrar de cólera el pañuelo que tiene en la mano. ¡Oh! los insensatos...—exclama. Me acerco á él, y mis nervios, demasiado tendidos, se rompen, y prorrumpo en sollozos.

—No tenga usted miedo, Mariskita—me dice. Ya ve usted, se acabó, se acabó... Bajemos...

Me dejo guiar y bajamos. El Rey está en el parque.

—Señor—dice Herberto,—han puesto bombas de dinamita en diferentes puntos de la ciudad, y acaban de hacer explosión.

—¡Bah! eso me importa poco—dice Su Ma-

jestad.—Hay algo más grave; los abastos no llegan...

—¿Qué abastos?

—La comida para mil seiscientos hombres, imbécil—grita Su Majestad en el colmo del furor; mil seiscientos hombres que han llegado esta noche y que están en el pabellón Ludvigio I°.

Herberto pierde los estribos.

—¿Ha hecho usted eso?

—Poco importa... Si esos hombres no comen, estamos perdidos...

Cuatro horas se pasan de este modo. Unos oficiales extranjeros vienen á cada minuto á reunirse con nuestro grupo, en el que están la Reina, los servicios de honor, todo lo que vive en palacio. Los abastos debían ser traídos al alba. Alguien, sin duda, ha hecho traición y el pueblo, ayudado acaso por la tropa nacional, ha detenido los carros. El gran mariscal sube al observatorio; no se ve gran cosa, según dice; unos grupos tranquilos que parecen estar de centinela. Vivimos unos minutos horribles cortados de órdenes breves y de angustiosas reprimendas. «Tienen hambre.—Que aguarden.—Hablan de emboscada... No respondemos ya de nuestros hombres.» El rey Ludvigio se vuelve hacia nosotros.

—Vamos á arengar á los soldados.

Primero, la guardia de honor. Doscientos hombres de gran uniforme ; son gigantes, pero parece que están bastante mal armados ; y después cien jinetes provistos de lanzas.

—Vamos á tener necesidad de vosotros, valientes...

Están advertidos, y todos exclaman :

—Juramos morir por Vuestra Majestad.

Ahora, los extranjeros.

Una galería circular domina á la inmensa sala de armas donde caben cómodamente los mil seiscientos hombres. Cállanse éstos cuando nos ven, se muestran al Rey y uno de ellos dice : «¿Nos traes de comer?» Y otros le aprueban. «Si no vienes más que para hablar, puedes volverte.»

El Rey hace una señal.

—Amigos míos, á consecuencia de un error inconcebible, los abastos no han llegado todavía...

Un clamor de rabia.

—Vamos á ir á buscarlos—grita Su Majestad.

Algunos aplausos...

—Monseñor el obispo irá en medio de vosotros. Vosotros formaréis mi guardia de honor. Quiero hacerme consagrar Rey hoy mismo. La

ceremonia será breve. Después, se os servirá de comer en la ciudad, por mis propios súbditos, bajo pena de muerte. Cada uno de vosotros recibirá cincuenta florinos y una medalla.

Los hombres se conciertan, y los oficiales aprovechan su indecisión para gritar las voces de mando, que son ejecutadas con prisa inasquinal. El rey Ludvigio ordena que se forme inmediatamente el cortejo. No me ha dirigido ni una palabra desde por la mañana, y me aproximo á él.

—Tiene usted la culpa—me dice duramente, —de todo lo que pasa.

—¡Yo, señor!...

—El pueblo la detesta á usted.

Siento el dolor más grande de mi vida. Y me parece que vacilo.

—¡Ea! no vaya usted á desmayarse. No es el momento. Todo debe quedar liquidado hoy mismo. Después de la consagración, se procederá á nuestro casamiento...

—¡Ah! aquel cortejo que debía organizarse tan lenta y pomposamente en el orden sagrado de las ceremonias nupciales... Noto con espanto que estoy en bata; nadie lo ha echado de ver.

Y me subo á mis habitaciones, Luisa me sigue y me ayuda á ponerme un traje blanco, mi traje de desposada, y una mantilla. Cuan-

do bajo, todos están dispuestos á echar á andar—y yo lo estoy á morir...

La música de la guardia de honor.

La guardia á caballo.

La guardia á pie.

El Gran Mariscal de la Corte.

Los tambores extranjeros.

La música extranjera.

Los generales y sus ayudantes.

Los ochocientos hombres de tropa.

Su Grandeza el Arzobispo.

El Rey, con la Reina á la derecha y yo á la izquierda.

Los servicios de honor.

El príncipe Herberto.

El resto de la tropa y los servidores de palacio...

—Que toque la música—ordena el Rey,—y que se abran las verjas.

Sale á galope un correo. Las músicas tocan el himno styriense.

El correo no vuelve. Una especie de exaltación me sube al cerebro. ¡ Ah! quisiera morir aquí... El Rey se mueve febrilmente. Le ha vuelto el guiño nervioso del ojo izquierdo. Está de uniforme de general, con una espada en la mano...

Mi vida, mi vida por que me diga una pala-

bra amable, por que me consuele. Puede que nos maten á todos, pero no me atrevo á decir ni á preguntar nada... La Reina está impasible y mira hacia delante, magnífica de valor... Trato de imitarla...

El Rey levanta la mano. Las músicas se callan. Oigo un mando débil, á la cabeza del cortejo: ¡Marchen!... La columna se pone en marcha en el radiante esplendor de la mañana. Los pájaros se desgañitan, toda la Naturaleza está de fiesta y los árboles se mecen al soplo de una brisa cargada de perfumes... Muchos abuelos míos han debido de marchar así á la muerte, con los ojos llenos del fresco encanto del despertar de la Naturaleza, muchos, pues yo avanzo sin temor, sonriéndome, como si estuviera destinada á este fin por un atavismo glorioso.

Soy tan intrépida porque siento confusamente que la vida que se abriría ante mí sería triste y llena de penas. Que se juzgue claramente cuando se está bajo la amenaza de no ver el crepúsculo de una tan radiante mañana.

He aquí el correo, que hace gestos desesperados. El cortejo se detiene un momento. El arzobispo sálese de la fila y nos bendice sin fórmulas, sencillamente, con la mano extendida, y yo inclino la cabeza...

Detrás del correo aparece un hombre andrajoso, que salta blandiendo un pingajo negro. ¿Cómo ha llegado hasta nosotros? Diríase que baila, presa de un júbilo desmesurado, las pupilas agrandadas, la boca abierta para un grito que no quiere salir.

Los soldados extranjeros y la guardia permanecen inmóviles delante de nosotros. El hombre, una aparición de Offmann, sigue bailando y gesticulando y, en un gesto loco, se arranca la destrozada corbata, se abre la camisa y presenta el pecho á las balas.

—¿Qué esperáis?—grita el Rey.

El lancero delante del cual aquel hombre hace muecas, inicia un imperceptible movimiento del cuerpo desde la altura de su caballo. Cierro los ojos; cuando los abro, ya no hay nada ...Sí, una mujer, una larga criatura, tan flaca que da miedo y que nos mira.

—¿Dónde está Ludvigio?—pregunta con voz aguardentosa.

El Rey se calla y la mujer se dirige á nosotros.

—Miradme; estoy elegante, ¿no es verdad? La modista me ha entregado mi traje esta mañana, con una hermosa cola de raso azul.

La mujer se levanta los harapos.

—Voy á tener cuidado para no mancharme

para el baile. Vosotros tenéis vuestros violines, está muy bien, pero es preciso que todo el mundo se divierta. Nos hemos invitado así á la boda, para beber vino. Yo no lo he bebido más que dos veces en mi vida, el día de la coronación de Segismundo y esta mañana, que nos hemos bebido el vino de vuestros diablos extranjeros. Es bueno el vino, ¿sabéis? porque da fuerza al vientre y calor á la garganta y al pecho y hace danzar como una cabra cuando se ha puesto en él aguardiente, y no poco. Señoras y caballeros yo soy la mujer Zucki; la mujer Zucki ha bebido vino, vino, vino...

El Rey saca el revólver y apunta; la mujer cae y se estremece dos veces en un charco rojo, rojo como el vino que la había impulsado á la revuelta...

Un capitán extranjero murmura :

—La primera torpeza.

· El general se pone delante, espoleando nerviosamente su caballo.

—¡Bayoneta en el cañón!... Que nadie tire... No mando fuego...

De todas las espesuras, de todos los rincones del parque surgen cabezas borrachas. Como bestias que se arrastran, vienen de todas partes niños, mujeres y viejos que se deslizan silenciosamente.

Un redoble de tambor.

El mariscal de palacio se adelanta solo.

—¡ En nombre del Rey, por primera vez, retiraos !

—¡ A ellos !—manda el Rey.

El mariscal se vuelve hacia nosotros.

—Señor, suplico á Vuestra Majestad que observe las formas legales.

—Está bien ; ande usted pronto.

—¡ Tambores, redoblad !

El parque está negro de un hormigueo de multitud gigante, que se extiende hasta perderse de vista. He aquí el pueblo, mi pueblo de Styria, desencadenado contra sus dueños. Y ese pueblo está desarmado. Algunos levantan las manos en alto. Ni una palabra, ni un grito.

—En nombre del Rey, por segunda vez, retiraos.

—Tirad—grita un niño de quince años, rubio, sonrosado.—¡ Tirad, asesinos !...

Por tercera vez, resuena el lúgubre redoble de tambores.

—Por tercera vez—grita Su Majestad mismo, —¿ no queréis retiraros ? ¿ No ?

—¡ A la carga !—manda el general.—Al paso y despacio.

El pueblo avanza entonces ; vienen á la cabeza tres gaiteros de los que alegran en los

campos á las bodas de aldea. Van á tocar la música de las mías, de mis pobres bodas manchadas en el lodo y en la sangre del motín. Y echamos á andar detrás de los soldados. La Reina parece absorta en un ensueño. Los soldados pegan culatazos y se abren camino penosamente. El príncipe Herberto se hace paso y se pone á la cabeza de la familia. Y aquel movimiento detiene á las tropas tan bien como los revolucionarios. El Príncipe que está de uniforme de jefe de escuadrón, levanta el sable, le rompe sobre la rodilla y arroja los pedazos al suelo.

— ¡No se enrojecerá con sangre styriense!

Y con la frente alta, se echa á andar hacia adelante. Un terror mortal me deja helada. Le van á matar; pero no, no se atreven á tocarle. Y oigo una voz que dice: ¡Dejad pasar á ése!, á lo que el Príncipe responde: ¡No pasaré SILIO con los míos! Siguenle sus soldados. Un formidable empuje arroja las primeras filas de los amotinados contra nuestros hombres, los cuales, sintiéndose agarrados por manos furiosas, se defienden con la bayoneta. El agudo son de las gaitas vuelve á empezar y comienza la batalla inmundada, la batalla sin nombre. El niño que hace un momento desafiaba de lejos á las tropas, se arroja como un león contra un

lancero, armado de una especie de compás de carpintería con el que hiere al caballo, que cocea desesperadamente. El lancero responde con una seca lanzada y la cabeza del muchacho estalla como una granada madura... ¡ Oh ! qué bien lo he visto todo... Hasta tal punto, que aquel espectáculo de horror se ha fijado en mis pupilas y no ha podido salir aún en el momento presente. Una mujer salta riendo con una risa horrible, una risa de cadáver, abriendo los labios blancos sobre los dientes y enseñando el pecho abierto de un sablazo y del que brotaba á chorros la sangre y la leche. Pocos heridos entre los nuestros, hasta el momento en que se lanzan piedras ; y toda aquella matanza sin más ruido que la rústica canción de las gaitas, la alegre y agria canción de las bodas y de la muerte. Avanzan los nuestros dejando detrás de sí muertos y heridos. Un chiquillo de unos doce años gime porque le ha tropezado mi caballo ; debe de tener rota la columna vertebral. No le veía y él me dice : « ¡ Señorita ! ¡ Señorita ! » Y veo bien en sus ojos de cielo que va á morir. Me arrojo á él sollozando, presa hasta las entrañas de un horrible sufrimiento maternal, y le beso.

— ¡ Querido ! ¡ Querido mío !

—¡ No me pise usted, señorita ! ¡ Estoy muy mal !

—¿ Qué hace usted, Mariska ? Venga usted ; hay que seguirme.

Es la Reina la que me habla. ¡ Qué me importa la Reina ! Yo quiero salvar á aquel niño. Le estrecho contra mí y él me abraza con entusiasmo :

—Lléveme usted, señorita.

Quiero levantarle y le siento de pronto pesado, pesado... y muere como un pájaro con la cabeza caída sobre el pecho. Le abandono.

Nuestras músicas están ahora tocando. Oigo silbidos y un chisporroteo seco. En el campo humano ábrense surcos para volverse á cerrar. Mi traje se me pega á las piernas, mi traje blanco, rojo ahora hasta las rodillas. El Rey está encerrado en un cuadro de guardias ; y él, tan alto, me parece pequeño ; creo que se baja... Un amotinado, que se estaba haciendo el muerto, estrangula entre sus enormes manos á un artillero que llevaba una caja de municiones, salta sobre el caballo, le muerde la oreja y el caballo, desbocado, huye hacia el campo en un galope loco. Tres ó cuatro veces he oído un zumbido que ahora me explico ; los otros tienen fusiles y tiran. Un individuo cuya levita está cruzada con un cinturón de cazador,

se esconde detrás de un montón de cadáveres, apunta y tira tranquilamente; es el que insultó al Rey de vuelta de nuestra excursión á Birnkirsch; está vengando á su perro. ¡ Vaya! veo que no es nada el afrontar la muerte. Cuatro ó cinco veces han venido á asirme por el brazo y á proponerme huir... Una fuerza desconocida me clava en el suelo. Siento que la tropa se cansa, que los reflujos incesantes traerán mareas humanas hasta el momento en que estemos todos tendidos en el suelo. Veo bien que es todo un país que se levanta, que hay en aquella multitud burgueses, campesinos, obreros é intelectuales, que el odio al extranjero enciende aquellos ojos de demencia y que á los borrachos que precedían á la revuelta han sucedido hombres resueltos y fríamente heroicos. Pero si su objeto es sagrado, también lo es el mío. Con mi lindo traje ensangrentado, con mi mantilla, con mi aspecto ridículo y trágico de mundana que ha ido á ver el drama y toma parte en él, por casualidad, yo soy toda la Tradición levantada contra el motín.

¡ Sí! sí, lo sé ahora; el rey Ludvigio es un débil, un brutal, un cobarde. Pero es el Rey y hay que inclinarse; los fusiles y los cañones que ahora rugen hacen buena obra segando aquellas cabezas rebeldes.

Estoy cerca de mi calle de árboles, «el paseo de la princesa Mariska ;» mis flores y mis azucenas se han convertido en tulipanes rojos. La Reina se sienta en un banco, quebrantada, falta de fuerzas.

—¡Déjeme usted aquí, hija mía, no puedo más!

El príncipe Herberto quiere llevársela y ella se niega. Quiere tomarme del brazo, y me niego. La muerte llueve á nuestro alrededor. Revolotean los ladrillos y no hay ya guardias para reemplazar á los que caen en el cuadro en medio del cual se esconde el Rey. Un teniente que estaba tirando tiros á mi lado, gira sobre sí mismo como si valsara y me siento inundada de una lluvia tibia. Herberto me agarra y me lleva.

—Mariska, vamos á morir.

—Y bien...

Antes, es preciso, es preciso que usted sepa... Y cae de rodillas delante de mí.

—Es preciso que usted sepa... Era yo horriblemente desgraciado, Mariskita ; no me sienta usted si desaparezco ; me alegraré mucho de desaparecer... Amo á us...

Le cierro la boca con la mano y apoyo para hacer entrar aquella declaración insensata. Un

gran dolor me hizo llevarme la mano á la frente, contusa por una pedrada.

—¡ Mariskita, estás herida!

Vacilo y creo que voy á morir.

Y caigo.

Me he despertado en una benéfica frescura de cueva. Nos hemos refugiado en los subterráneos secretos de palacio. Están aquí Herberto, la Reina, el Rey y mi amiga Luisa.

—No encuentro el cofre,—dice el Rey.

Por fin encuentra y arrastra aquel cofre, que hace un ruido de ataúd, y saca de él trajes de estameña, pantalones y camisas groseras que nos va dando á medida que las encuentra. Son disfraces preparados allí por orden suya. En la obscuridad nos quitamos uniformes y vestidos. Me pongo unas medias de lana gruesa, zuecos una falda y un justillo de punto, y cubro mi cabeza con una cofia. Andamos largamente en las tinieblas húmedas y siento á mi lado á Herberto humillado y desesperado. Quiero hacerle comprender que mi puesto está más que nunca al lado del que sigue siendo á pesar de todo mi dueño, mi prometido, mi Rey...

—Señor, ¿dónde está Vuestra Majestad?

—¡ Silencio!—dice el Rey.—¿Quiere usted callarse? Su presencia á mi lado despertaría

sospechas cuando salgamos de aquí y no hay ya Señor ni Majestad. Mi madre será la señora Stigmann, labradora, Herberto, su hijo Santiago Stigmann y yo Ernesto, su criado. Mariska y Luisa son dos primas, Laura y Emma Steiner. ¿Habéis comprendido?... Bajad la cabeza. Herberto pasará delante para ver si hay alguien.

Estamos á gatas. Por fin pasamos y me encuentro al fin al aire libre, en pleno campo. Reconozco el fin del bosque de Grunheil y miro á mis compañeros. La Reina está vestida á la moda del país, como una granjera acomodada. El Rey lleva una larga blusa azul y un pantalón castaña, y Herberto, próximamente, el mismo traje. Luisa y yo estamos disfrazadas de jóvenes aldeanas. Y esta mascarada, tan bien preparada por el rey Ludvigio, es triste hasta hacer llorar. ¿A dónde vamos ahora?

—Tengo hambre—dice el Rey.

—Debemos ante todo—le respondo,—ir al río que no está lejos; tenemos todos la cara y las manos manchadas de sangre.

Creo haber dicho que tengo hambre.

—Ernst—exclama entonces el príncipe Herberto con una ironía terrible—aunque fueras el Rey mismo, no podrías comer en este momento más que raíces y hierbas.

Fuimos á lavarnos. ¡ Con qué delicia sumergí la cara en el agua límpida y brillante ! Herberto me separó tirándome de un brazo.

— ¡ Levántese usted ! ¡ Pronto ! ¡ Pronto !

Vi en el río una sombra floja y que era rechazada de una orilla á la otra. Y comprendí ; el río acarreaba cadáveres. Me subió á los labios un gusto abyecto de muerto...

— Vamos ahora en derechura á aquella granja...

Los propietarios de la granja estaban ausentes. Una vaca estaba pastando y había allí unas tazas. Estaba yo ordeñando una de ellas para el Rey cuando se presentó el propietario.

— ¿ Quiénes son ustedes ? ¿ Qué quieren ?

— No somos malhechores—dijo Herberto ;—venimos de los alrededores á ver un pariente nuestro que vive en esta comarca y no encontramos qué comer ni qué beber.

— ¿ Cómo se llama ese pariente ?

Tuve una inspiración ; pensé en el marido de mi nodriza.

— ¡ Danilo ! Danilo Mertszky.

— Pues bien, voy á llevar á ustedes á su lado. Está unido á la familia de los asesinos, y nadie le ha avisado de lo que se tramaba para hoy...

Cambió los zuecos por unas botas, tomó un

sombrero y un bastón y se puso delante de nosotros. Parecía charlatán y buen muchacho.

—Vengo de allá. La cosa ha estado seria.

—Sí, ya hemos oído—murmuré.

—Ahora se acabó.

—¡ Ah !

—Los extranjeros que no han muerto, se han escapado. Los revolucionarios han entrado en palacio. Un hombre y una mujer se han sentado en los tronos y han hecho una porción de muecas grotescas. Entonces se ha dicho que no se había hecho la Revolución para eso y que había que guardarse de tocar nada.

—¿ Y qué va á pasar ahora ? — preguntó Luisa.

—No lo sé. No queremos á Ludvigio el asesino, el emisario del extranjero, y no queremos tampoco á su madre que lo ha hecho todo para que se le proclame Rey. El pobre viejo Segismundo tiene demasiada edad y además parece que le han vuelto loco... Seríamos bastante partidarios del príncipe Herberto, que ha tenido un hermoso rasgo y ha roto su sable para no mancharlo con sangre styriense. Esto se sabe y hay ya algunos que gritan : ¡ Viva el rey Herberto !

—Eso es estúpido—dijo el príncipe Herberto con violencia.

—¿Quién es ése?—preguntó el aldeano.

—Santiago Stigmann, mi hijo—respondió la Reina.

—Digo que es estúpido—continuó Herberto, —porque si lo que usted llama un hermoso rasgo del príncipe Herberto ha sido dictado por la ambición de hacerse consagrar Rey en reemplazo de su hermano, Herberto es un personaje odioso.

—Yo no sé—dijo el aldeano;—todo eso es muy complicado. Mientras tanto, las terneras no se venden y no se encuentran ya labradores para los campos. Ya están ustedes en casa de Danilo. Muy buenas tardes.

Cuando conocí la cabaña de Danilo, no pude menos de recordar la visita que le había hecho pocas semanas antes y me sentí el corazón oprimido.

Llamé á la puerta.

—¡Danilo!

El hombre salió á abrir y se quedó asombrado al ver mi disfraz y el de los personajes que me acompañaban. Tuve entonces una inspiración repentina.

—La llave.

Danilo la llevaba encima y me la dió diciéndome simplemente :

—¿Ha habido una revuelta... triunfante?

—Sí, Danilo.

—Entonces, váyase pronto, pues no van á tardar en venir á buscarlos en mi casa.

Me puse á la cabeza del pequeño cortejo.

—¿A dónde nos lleva usted?—preguntó Ludvigio.—Bien hubiera podido Danilo darme de comer.

Estábamos delante de la verja, y la abrí.

—¿Vamos entonces al castillo de Mutz?—dijo la Reina como si saliese de un sueño.

—Sí, madre mía—respondió Ludvigio.—¿No tenemos necesidad de proteger y de ser protegidos?...

Ludvigio, malhumorado, se arrastraba penosamente. Me acerqué á él.

—¿Está usted malo?

Por mucho que me esforzaba, no me venían á los labios las palabras de etiqueta. Era imposible reconocer al rey de Styria en aquel pobre hombre agobiado, que había perdido su soberbia apostura y que echaba á derecha é izquierda miradas de liebre espantada.

—No sé por qué se obstina usted en estar con nosotros—me dijo otra vez.—Este grupo es estúpido. Si Luis XVI hubiera dispersado su familia cuando la fuga de Varennes, la Revolución estaba conjurada y la monarquía salvada en Francia. Separémonos.

—¿Y nuestra dignidad?—hizo observar dolorosamente la Reina.

—Recobramos ese manto más adelante, cuando tengamos ropa que ponernos debajo,—respondió en tono de burla Ludvigio.

—Debemos permanecer juntos—dijo Herberto indignado.

—¿Qué es esto? ¿Quién manda aquí?

—Los acontecimientos—respondió Herberto sin salirse de su calma.—No somos más que una pobre gente zarandeada por el destino; sábelo, hermano.

—¿Y el respeto que se me debe?

Nadie respondió. Estábamos á la puerta del «castillo» de Mutz. La Reina llamó y salió á abrir un lacayito de quince años.

—¿Los internos?—preguntó la Reina.

—Se han marchado.

¿Los enfermeros?

—Se han marchado.

—¿Han abandonado sus puestos?

—Han tenido miedo de que los sublevados pasasen por aquí y les hicieran daño.

—¿Y tú?

—Yo no sabía dónde ir. Soy huérfano y además quiero «al viejo». ¿Pero quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Soy la Reina...

Una genuflexión apresurada y el muchacho se echa á correr tan de prisa que es imposible alcanzarle.

—Yo me quedo en la planta baja—dice Ludvigio—no tengo nada que hacer arriba.

Abre y retrocede...

El Rey.

Está sentado en una silla alta, de gran uniforme, adornado con sus cruces y leyendo en un librote colocado en un atril. Iluminada por la luz extraña que dejan penetrar las ventanas medio cerradas, su cara resplandece como la del Filósofo en meditación de Rembrandt y su frente es luminosa.

Nos colocamos en el fondo de la pieza, esperando que Su Majestad, á quien el ruido no ha hecho moverse, nos vea y se digne dirigirnos la palabra. Estoy al lado de la Reina y me da lástima, tan pálida está moviendo los labios exangües para pronunciar palabras que no pueden salir de su garganta contraída. ¿Cuánto tiempo hace que no ha visto á su augusto esposo? Y su impresión es más fuerte, frente á aquel anciano robusto y vigoroso, en gran uniforme, que ante el pobre ser degradado y vacilante que había creído ver. Tal como ella le había hecho encerrar, original, raro, artista hasta la exasperación de sus nervios enfermos, así

le vuelve á ver. Aquella enclaustración de tan largos años, no ha logrado dañarle ; fuera de sus escasas crisis nerviosas, ha vivido una ardiente vida intelectual ; el mundo exterior le es indiferente ; ni siquiera ha pestañeado al oír el ruido de la puerta...

Herberto, muerto de emoción, se atreve, sin embargo á tomar la palabra. Y empieza :

—Señor...

El Rey se levanta lentamente y nos mira con aquellos ojos tan azules, ojos de soñador, los ojos de Herberto.

—¿Quiénes sois?

La Reina se adelanta entonces.

—Segismundo, ¿no me reconoces?

—Sí, eres Elisabet.

—Elisabet, tu mujer—acentúa la Reina eligiendo esta expresión burguesa como para hacer comprender bien al Rey que recobra su puesto á su lado.

—...Y esos—continúa fríamente el Rey,—son Ludvigio y Herberto, mis hijos... ¿Y ésta?

—La princesa Mariska de Hungría.

—Ha venido á verme ; me acuerdo...

—No pude seguir aquí, Señor... Vuestra Majestad estaba enfermo.

—Sí, divagaba ; reclamé mi collar y me lo puse al cuello. Cuando no quería simular la lo-

cura delante de gente, mis verdugos me martirizaban en seguida; duchas heladas, horribles duchas, un abominable suplicio... ¿Pero dónde están? Es la primera vez que no me insultan con su presencia.

—Han huído—declara la Reina.

—¡Huído! ¿Por qué?

—Es necesario, Señor, que pongamos á Vuestra Majestad al corriente—responde Herberto,—y le pido permiso para hacer que se siente mi madre, que está enferma de emoción...

—¡En pie! que esté en pie delante de mí.

—Pero está sufriendo.

—También sufro yo desde hace quince años, sin que mis gritos hayan atraído aquí más seres que testigos vendidos de antemano á esta mujer. Y nadie me ha compadecido.

—Perdón, Señor.

—¿Es usted mi hijo Herberto?

—Sí, Señor.

—Aproxímese usted.

El anciano le pone la mano en la frente, con ademán de bendición.

—Hable usted, hijo mío.

—Señor, estamos desposeídos por la Revolución.

—¿Y por qué esta Revolución? Dígalo pron-

to ; mis fuerzas van disminuyendo y no soy ya capaz de mucha atención.

—En ausencia de Vuestra Majestad, el príncipe Ludvigio, mi hermano, había tomado la corona real.

—Todavía no—protesta infantilmente Ludvigio.—La consagración no se había verificado.

—La sublevación estaba ya incubando ; mi hermano ha creído que debía apelar al extranjero ; el pueblo se ha sublevado y hemos sido vencidos...

Y nada más. Miro al Rey. Está reflexionando y concentra toda su atención que se niega hace tanto tiempo á las cosas de la tierra. Después levanta la cabeza con una espantosa sonrisa. Está vengado ; la reina Elisabet viene á pedir asilo y levanta hacia él las bellas manos que imploran.

—Señor, Vuestra Majestad me parece curado. Si yo hubiera sabido...

—¿Por qué no has venido?

—Tenía miedo ; los informes eran falsos.

—No has pedido jamás ni uno solo, lo sé. Cada tres meses venía á verme una delegación de ciudadanos nombrados por sorteo. La suerte hacía muy bien tu negocio, puesto que ni uno, ni uno en tantos años, ha querido escuchar mis quejas...

—Señor, perdóneme Vuestra Majestad.

—Si es tu perdón lo que deseas, le tienes. No se puede guardar rencor á un ser humano... Te digo que te perdono.

—Señor, la desgracia debe' reunirnos...

—Sí, sí, eso es, la Desgracia...

—Y ahora, ¿qué vamos á hacer?—pregunta Ludvigio.

—Hacernos matar, es muy sencillo. ¿Debermos ocultarnos?

—Sería injusto, Señor—dice la Reina,—que Vuestra Majestad fuese víctima de las faltas que hayamos podido cometer...

—¿Y entonces?...—interroga el Rey.

—El príncipe Ludvigio y yo podríamos quedarnos aquí.

—Tu ceguera maternal ha ido hasta el crimen ; no me extraña que te impulse á aconsejar una cobardía á un ser de nuestra sangre. Príncipe Ludvigio, ¿usted se calla?

—Yo obedeceré á Vuestra Majestad

—En ese caso, seguidme ; iré delante de vosotros sin espada, con las manos abiertas. Estad tranquilos, seréis protegidos por el temor supersticioso que los locos inspiran al pueblo. Venid.

Apenas habíamos dado unos pasos cuando el pintor Camnitz nos salió al encuentro, y nos

dió rápidamente noticias. La Revolución era soberana y el palacio real estaba guardado por los revolucionarios, los cuales, después de haber obedecido á ciertos instigadores, se organizaban por sí mismos, con una calma perfecta y arrojaban á los sospechosos. Se buscaba al rey Segismundo, porque la esperanza de todos estaba en su vuelta al poder. Se buscaba también al príncipe Ludvigio...

—Debo advertir á Vuestra Alteza, antes de que dé un paso más...—dijo Camnitz.

—¿Advertirme de qué? ¿Es usted un emisario de esa gente?

—No, pero he asistido á ciertos conciliábulos, he visto formarse más de diez sociedades secretas en las que se encuentran los fanáticos y los visionarios en estos tiempos revueltos; hay en ollas peligrosos oradores de odio, obreros amargados, abogados sin pleitos, Camilos Desmoullins del arroyo, muchos Dantón de taberna, que han puesto puñales en manos honradas. Cientos de hombres, peligrosos por estar desparramados por todas partes buscan á Vuestra Alteza para asesinarle. La vida de la Reina está también en grave peligro. Era mi deber advertir á Vuestra Alteza y lo he hecho con riesgo de mi vida, lo juro.

El rey Segismundo estaba silencioso. Aquel

minuto me pareció trágico. ¿Dónde estaba mi deber? ¿Se puede retirar una mano que se ha entregado lealmente al anillo de los sponsales? Las mujeres y sobre todo las princesas, cuya suerte está hecha de abnegación, de resignación y de sacrificios, ¿no deben abandonar la persecución, acaso quimérica, de la dicha, para realizar su deber, por muy huraño, muy horrible y muy penoso que les parezca?

—Voy á pasar la frontera con mi madre— balbució Ludvigio.—Con nuestro disfraz nadie podrá conocernos. Volveremos á Styria cuando este país conozca días mejores...

Yo elevé la voz. Tenía que seguir á aquel hombre, á aquel desertor...

—Monseñor, no es acaso necesario. Quedémonos aquí ó, si la Revolución triunfa, que se vaya toda la familia real.

Ludvigio se encogió de hombros.

—¿Qué piensa usted de esto, madre?

La Reina echó alrededor una mirada tan dolorosa, con una expresión tan angustiada, que rompi á llorar. Había en aquellos ojos toda la horrible melancolía del destierro, destierro que repugnaba á su alma, á pesar de todo, tierna y artista; después cogió la mano de su hijo mayor, con el más lindo ademán de protección. Estaba abandonado de todos, negado, despre-

ciado. ¡Qué importaba á aquella madre! Desabrochó su delgado brazalete de oro y se lo entregó á Ludvigio. Después se inclinó ante el Rey inmóvil y silencioso como una estatua, y con una especie de gran calofrío, envolviendo á su hijo achicado, disminuído, humillado, le cubrió con su manto, como cuando era pequeño y tenía frío.

—En marcha—dijo el Rey.—¿Usted era, me dijo, la prometida del príncipe Ludvigio?

—Sí, Señor.

El Rey me investigaba con una mirada más penetrante y aguda por lo mismo que hacía tanto tiempo que no había investigado á ningún ser.

—Venga usted ; usted es valerosa y fiel.

Al ver que yo vacilaba, quebrantada por la emoción y la fatiga, Herberto me ofreció el brazo y yo sentí una gran dulzura en apoyarme en él. Aquel artista, aquel débil, aquel sabio era un hombre, en la más alta, en la más magnífica acepción de la palabra. Solamente entonces comprendí que ser un hombre no consiste tan sólo en montar bien á caballo, en hacer dar vueltas en las potentes manos al mandoble de los antepasados y en llevar elegantemente el uniforme. Es el alma, es el corazón los que templan el valor. ¿Quién sabe si nues-

tros héroes, nuestros paladines representados por los pintores y los escultores bajo la apariencia de gigantes colosales, alojaban á veces su intrepidez en cuerpos miserables? El brazo de Herberto no temblaba.

Fuimos en esto detenidos por un revolucionario que parecía estar de centinela. Era un adolescente de diez y ocho años, que nos apuntó con el fusil y que llevaba además un sable.

—¡Alto!—gritó.—¿Quién vive?

—¿Estás de centinela?—preguntó el Rey sin detenerse.

—Sí.

—¿Sabes rendir los honores?

El muchacho parecía confuso; el Rey estaba muy cerca de él.

—No se rinden ya los honores á los generales.

—¿Y al rey Segismundo, á tu Rey?

El muchacho se apartó.

—Pueden pasar.

Nos poníamos de nuevo en marcha cuando oí silbar una cosa, un zzzi de abeja irritada, y cayó á mis pies una rama.

—¡Que se dejen ver los asesinos!—gritó el príncipe Herberto.

Nadie respondió. Estábamos en palacio. Unos hombres estaban hablando por grupos y tres

ó cuatro, echados en la escalinata, hacían la guardia. Se levantaron petrificados al vernos, y pasamos.

Nadie en los salones desiertos ; todo estaba en orden. Cuando estuvimos en la sala del Trono, el rey Segismundo se volvió hacia nosotros. Había sufrido demasiado y era muy viejo para poder llorar. Con un gesto, nos apartó y nos alejamos despacio...

—Correría usted peligro separándose de mí, Mariska—me dijo Herberto.—Este silencio, esta inmovilidad me dan miedo. Nada es más terrible que las multitudes revolucionarias que se callan, que esperan. Hace un momento ha silbado á nuestros oídos una bala ; no tenemos que temer un movimiento del pueblo, pero sí la bala ó el puñal del exaltado.

—¿Qué va á ser de mí?—pregunté.

—Se marchará usted de noche, con buena escolta, y volverá á su lindo país, como la golondrina que huye de los vientos helados, de la nieve, del granizo y de los nublados para volver á encontrar el cielo azul.

—¿Y usted?

—Yo iré hasta el fin de mi destino. Mariska, yo hubiera querido ser un pobre y oscuro estudiante, uno de esos cuya labor se ennoblece aún con la sombra y con la miseria. Hu-

biera, acaso, realiza-lo ese sueño si los acontecimientos no me hubieran obligado, so pena de cobardía á recordar que soy un príncipe. Ayudaré á mi padre á reinar si el pueblo quiere de nosotros, y si no, consagraré mi vida á dar al pobre Rey el cariño de que ha estado privado hasta ahora. En la dicha y en la calma, hubiera podido volverme un simple ciudadano; la tormenta me fuerza á luchar, y lucharé... Mi pobre Mariskita, qué triste es que esta atroz desilusión y esta tragedia enluten su primavera... Pero olvidará usted pronto todo esto; el camino es largo para usted, y florido, y usted es una valiente. Porque no se puede ya tratar de su boda de usted con Ludvigio, ¿no es verdad?

Me hablaba tan tiernamente que me acerqué á él y le tomé la mano. No éramos más que dos pequeñas sombras en la pobre y melancólica sala de la guardia de honor. Los guardias habían huído. Parecía que nuestras voces—y hablábamos bajito,—repercutían con un inmenso eco en el palacio vacío de seres humanos, en el sombrío palacio tan poblado ayer todavía. Un ruido sordo y regular llegaba hasta nosotros, tan lejano que parecía el del mar.

Volví aún á preguntar á Herberto:

—¿Y usted?...

El príncipe se esforzó por sonreír.

—Acabo de decir á usted mis proyectos. Ser un príncipe fiel, y después reinar lo mejor que pueda y hacer bien, ó hacer el menos mal posible...

—Va usted á estar solo...

—No ; tengo un amigo ; Camnitz. Escribiré á usted, Mariska ; no debemos perdernos de vista. ¿Es usted mi amiga? Váyase usted á su país y recobre sus campiñas, su descuido, su alegría...

Y añadió sin que pudiera interrumpirle, á pesar de mi emoción :

—Cuando usted vino, rodeada de toda la poesía de su juventud y de su belleza, amé á usted, Mariska. No sabía que los ministros habían decidido la unión de usted con mi hermano y que los diplomáticos habían dispuesto de ese joven corazón. Esperaba otra cosa que la simpatía un poco fría y burlona que usted me ha dedicado. Nunca he dejado á usted ver toda mi alma... Soy hijo de un artista, de un poeta, de un músico, de un soñador á quien el destino colocó en la categoría suprema y que fué débil y bueno como un tierno niño. Se le odiaba y como yo me parecía á él los cortesanos, toda esa turba que aquí vivía, me despreció y yo viví una vida aparte, huraña... ¡ Si usted supie-

ra! Me arrojé al trabajo como aquel que se ahoga y ya había olvidado mi juventud y mi derecho á la vida cuando vi á usted.

No digo á usted nada nuevo, Mariska. La he amado... Esto era loco, criminal; pero podemos hablar de ello, puesto que todo esto es el pasado.

—¡Herberto!

Estoy yo misma asombrada de ese grito doloroso, brotado de mí contra mi propia voluntad...

—¡Herberto!—continúe,—yo soy más desgraciada que usted; yo estoy desamparada...

—Usted es libre. Máchese, Mariska, máchese lo más pronto posible. ¿Oye usted esos rugidos?

Apercibí el oído.

—Escuche usted—dijo...—escuche usted... Gritan ¡Viva! ¡Viva!

Pero no lográbamos percibir ningún nombre en el indistinto clamor que parecía arrebatado por un viento furioso.

—Voy á reunirme con mi padre—dijo Herberto;—quédese usted aquí, y estará en seguridad.

—Quiero seguir á usted.

—Mariska, se lo suplico...

Me miró largamente, hasta el fondo del alma, y añadió :

—Venga usted.

Encontramos al rey Segismundo caído en un sillón del salón del Trono, perdido en sus reflexiones. Espantosos gritos subían hasta él.

—Padre mío—díjole Herberto,—es preciso hacer algo.

Con ademán arrebatado, abrió la ventana y penetró el gran grito :

—¡ Viva el rey Segismundo ! Segismundo... Rey ...Rey...

Segismundo, entonces, se levantó, fué al cofrecillo en que reposaba la mano de justicia, la tomó y se fué derecho al balcón. Hubo una aclamación enorme que pareció que hacía vacilar el castillo, y después todo quedó en silencio. El anciano Rey estaba en pie frente á su pueblo ; ni un músculo se estremecía de su cara de patriarca y toda su larga barba estaba movida por el viento.

Quiso hablar, pero sus labios no articularon ni una palabra ; era un fantasma que se erguía ante el pueblo styriense. Una fuerte voz vino de abajo :

—¿ No estás loco, no es verdad ? Dínoslo. ¿ Tienes toda tu razón, Señor ?

El Rey volvió la cabeza hacia nosotros que nos ocultábamos llorando.

—¡ Príncipe Herberto, muéstrese usted !

Herberto se dejó ver y se oyeron bravos. Después el rumor se agrandó en uno de esos estremecimientos de amor que reconstituyen el alma de un pueblo en el lodo sangriento de la revuelta.

Asistía yo embriagada á aquella apoteosis, cuando oí abrirse una puerta detrás de mí.

—¡ Y usted, Señora ! Y usted también, príncipe Ludvigio—ordenó imperiosamente el Rey. ¡ Es preciso ! Es la prueba del pueblo.

La Reina, pálida y resignada, se adelantó con su noble, armonioso é intrépido paso, del brazo de su hijo. Un clamor de odio los abofeteó. En un segundo, aquella multitud apaciguada se irritaba de nuevo. El Rey hizo una seña y todos nos entramos. Cerré yo misma la ventana y corrí las pesadas cortinas para que no oyésemos más que un ruido indistinto, el del mar furioso, escuchado de lejos. Y con este acompañamiento se verificó el conciliábulo espantoso cuyos menores detalles están aún en mi memoria.

La Reina, inmóvil, esperaba. Por fin, dijo con una voz extraña que parecía surgir de las profundidades de su humillación y de su dolor :

—Es necesario que nos marchemos Ludvigio y yo.

—Debéis marcharos—repitió el Rey.

—Iremos á Francia—propuso Ludvigio.

—Os haré recibir allí una pensión—añadió el Rey.

—Hay preparado un coche—dijo Camnitz que acababa de entrar.—Espera en la verja de la calle Schnitz. Los caballos son sólidos é irán hasta la frontera.

—¿Tiene usted dinero, madre?—preguntó el príncipe Ludvigio.

La Reina respondió afirmativamente con la cabeza. El príncipe Ludvigio parecía impaciente.

—¿Qué esperamos? Esos miserables bandidos van á matarnos... Vamos...

La Reina me miró.

—¿Y usted?

—Yo sigo á Vuestra Majestad.

—Nada de eso—gritó Ludvigio.—He devuelto á usted su palabra. No tenemos nada que hacer con...

Pero la Reina le impuso silencio.

—Pregunto á usted, Mariska, si quiere romper un lazo sagrado en el momento en que nos encontramos en la desgracia. Nuestros antepasados no hubieran vacilado; pero los tiem-

pos no son los mismos. Ludvigio devuelve á usted su palabra por grandeza de alma. ¿Podrá usted aceptar?

—Repito, Señora, que sigo á Vuestra Majestad.

—Y yo—dijo Herberto interponiéndose,— declaro que la Princesa es libre, completamente libre, y que sería indigno guardarla como rehén.

Me volví hacia el Rey. Caído en un sillón, parecía sin fuerzas, distraído, extraño á la escena que se desarrollaba ante sus ojos indiferentes. ¿Dónde estaba la verdad, Dios mío?

Herberto se calló. El rumor de odio atravesaba ahora las pesadas cortinas.

—Ludvigio—dijo la Reina,—ofreco el brazo á Mariska ; ahora más que nunca debes protegerla.

Herberto se calló. El rumor de odio traspasaba ahora las pesadas cortinas. El Príncipe me empujó delante de él y bajamos una escalera de caracol que yo no conocía, una de esas escaleras ocultas que conducen á las reinas al deshonor ó al cadalso.

De este modo fué cómo dejamos el castillo y la Styria, echados por el pueblo. Una miserable berlina nos acogió sin que nadie nos viera. Y fué aquél un interminable y silencioso

viaje, durante el cual me repetía éstos pensamientos dolorosos del poeta styriense Limmenratz :

- «¡ Qué pedregoso es el camino del destierro !
- »Dejamos en él parte de nuestra alma,
- »Un poco de nuestro corazón en cada piedra,
- »Y digan lo que quieran los hombres de ciencia,
- »Afirme lo que quiera la razón,
- »No es el mismo sol el que veremos mañana,
- »No serán las mismas estrellas ;
- »Será un sol frío y unas estrellas sin belleza,
- »Porque los contemplaremos desde una tierra extran-
[jera.
- »Donde no conoceremos más que las lágrimas y la
[desesperación.»

XII

LA FUGA Y EL INCÓGNITO

No hemos querido ir á París en seguida. Los noticieros nos importunarían y tenemos sed de paz, de sombra y de silencio. Para mi familia, yo pertenezco á la Reina y al príncipe Ludvigio. No les extraña que siga su destino y nadie se alarma por la princesita huérfana, sino mi hermano, y acabo de escribirla una larga carta...

La policía exige que la gente de Styria lave «la ropa sucia en familia» sin que nadie intervenga ; ahora bien, yo pertenezco á la familia styriense. Por otra parte, para los periódicos del mundo entero, para la gran indiferencia europea, ¿saben ustedes lo que son los trágicos sucesos que acabo de relatar? Helo aquí

en dos palabras: En Styria ha estallado una revuelta, pronto reprimida. El rey Segismundo, curado después de su estancia en una casa de salud, ha recobrado el trono. Y se ha hablado de otra cosa. ¡La Styria es tan pequeña y sus destinos pesan tan poco en la gran balanza del mundo!

Así, pues, habitamos en Francia, en Gerville. La Reina es la condesa de Bisnach; el príncipe Ludvigio el vizconde de Bisnach, y yo una ahijada de la Condesa, la señorita de Geurst. Y hace seis meses que aprovechando un incógnito absoluto, llevamos una existencia claustral y monótona, ¡muy fría! y que solamente anima para mí la idea del deber cumplido.

Un ser conoce nuestra identidad. Es un styriense que vive aquí hace muchos años, el pintor Maillach, partidario fanático de la Reina, á la que ha consagrado una de esas abnegaciones ciegas que irían hasta el crimen. Haga lo que haga, la Reina tiene razón. Maillach, que, por otra parte, tiene mucho talento, vive en la casa contigua á la en que nos hemos refugiado, en el extremo de la población. Unos pasos más allá está el campo, el admirable campo sereno y melancólico que me consuela un poco. Participamos de la existencia triste y vulgar

de la provincia. Encuentro en mis papeles una nota que resumirá estos largos días grises :

«El silencio de la provincia está saturado de
»acrimonia. Por la noche, en la paz inmensa
»que cae del puro cielo, los tejados parecen
»murmurar entre ellos y hablar mal los
»unos de los otros, y las delgadas columnas
»de humo que suben hacia el inmenso azul,
»tienen traza de llevar á Dios malévolos chis-
»mes. Los gorjeos de los pájaros parecen char-
»las burlonas, y, cuando se callan, se juraría que
»se trata de una conversación interrumpida
»por la repentina llegada de la persona de quien
»se habla. ¡ Silencio ! ¡ Callémonos ! Los *pio*,
»*pio* se suspenden, el humo sube plácidamente
»en el aire y los tejados toman un aspecto bo-
»nachón...

»¡ Ah ! si en una de estas tristes casas se
»oculta un alma elegida, altiva, noble, inde-
»pendiente, cómo debe de sufrir y qué sola
»debe de encontrarse.

»En la calle, entre los pedruscos desiguales,
»crecen matas de hierba, apenas rozadas por
»los pasos furtivos y silenciosos de eclesiás-
»ticos y viejas.

»Examínanse las ventanas, las unas vanas
»por sus encajes suntuosos, las otras aver-
»gonzadas de sus remiendos. Los gallos se pro-

»vocan ; también ellos tienen querellas de vecindad y su cresta colérica se agita como un gorro en una cabeza furibunda.

»Y sin embargo, á pocos pasos de allí se extiende la campiña florida que daría á esas cosas y á esa gente una gran lección de armonía y de belleza. Toda esa medianía rabiosa tiene un marco de esplendor y ese silencio hostil está rodeado de ruidos deliciosos, de esa música indefinida que sube de los campos para llevar al Creador, entre tantos ruegos viles y deseos abyectos, una canción humana que estuviese impregnada de dulzura y de bondad.»

De Styria no tenemos noticias...

Sé solamente que el príncipe Herberto asume casi todas las funciones de Rey y las tareas reales ; da prueba de un liberalismo que el pintor Maillach califica de imbécil. Este Maillach es fanático. Cierra puertas, ventanas y cortinas para poder decir á la Reina : «Vuestra Majestad», y se obstina en llamarla en público señora Condesa, lo que es de un deplorable mal gusto, pues solamente los criados dan en la conversación su título á una Condesa. Comprendo ahora lo que significa la expresión «más realista que el Rey.»

No veo casi nunca á Ludvigio, que afecta no

mirarme apenas y no me habla más que por monosílabos. Esta actitud aflige á la Reina, que se muestra, al contrario, amable y obsequiosa conmigo. Jamás he cambiado con ella una palabra respecto de mi situación. Todo el mundo me considera como prometida á Ludvigio, y, sin embargo, soy libre.

Maillach nos acompaña á la Reina y á mí y trata de matar las horas lo más agradablemente posible. En uno de esos días de noviembre ligeros y dulces que parecen, en una mañana ó una tarde, resucitar la primavera, nos hizo tomar un camino delicioso, el sendero de la Amiga del Rey. ¿Qué Rey? ¿Qué amiga? No se sabe aquí fijamente. ¡Hace tanto tiempo! Se ha transmitido de generación en generación la leyenda de que el Rey se paseaba por allí con frecuencia y le gustaba beber el agua clara de una fuente oculta debajo del musgo. El Rey se apeaba, hacía atar el caballo á la entrada del sendero y vagabundeaba solo á la sombra del ramaje y al murmullo del arroyo. Llegado á la fuente, se sentaba y tomaba en la palma de la mano un poco de aquella agua, con la que se refrescaba con gusto los labios.

Como estaba siempre vestido sencillamente, ocurrió un día que una joven aldeana ofreció al Rey un grosero cubilete :

—Tome usted, buen hombre ; así beberá usted con más comodidad.

Después de haber llenado el cubilete de aquella límpida agua, el Rey se lo ofreció por galantería á la muchacha, que bebió unos sorbos, y él se bebió el resto.

Después hablaron y solamente entonces notó la aldeana que aquel señor tenía muy buen aspecto, una ropa bien cortada y unas manecras dulces á las que ella no estaba acostumbrada.

Se volvieron á ver todos los días y se inició una cándida novela, sorprendida por la gente del séquito, que se holgó en extremo con ella.

Pero pronto la joven aldeana, mordida por la curiosidad, quiso conocer el nombre de su galán ; y al ir á tomar informes, tomó un camino diferente del que tomaba todos los días y vió un caballo ensillado de oro, que estaba esperando á su dueño.

—¿ A quién pertenece este caballo?—preguntó al escudero.

—A su amigo de usted.

—¿ Y es?...

—El Rey, pardiez—dijo aquel hombre soltando la carcajada.

La joven conoció la corona y las iniciales bordadas, no dijo nada y volvió pies atrás.

Aquel día el Rey esperó en vano; y al día siguiente, cuando se encontró en su rincón preferido, se inclinó hacia el agua transparente y vió como en un espejo, la pálida cara de su Amiga, con el cabello suelto y los ojos de amatista muy abiertos.

Allí sigue estando, aseguran las comadres del país, á quienes no gusta aquel sendero poético, al que prefieren el camino en que unos plátanos grises de polvo se alinean fúnebremente. Allí sigue estando y algunas niñas nerviosas, atraídas por la leyenda, han visto, lo que se llama visto, la pálida cara, los ojos de amatista y las manos blancas de la Amiga del Rey, que murió de amor en aquel sitio, hace cientos de años.

Yo soy, en suma, dama de honor de la Reina y la acompaño en este concepto. El príncipe Ludvigio no hace alusión alguna á nuestros esponsales, y por lo demás, está casi siempre ausente. Le creo mal resignado y debe de sostener inteligencias con amigos políticos de allá. «La lucha, nos dijo un día, está declarada entre mi padre y yo. El ha ganado la primera partida; ya veremos en cuanto á la segunda.»

La Reina no respondió. Su Majestad cae en una singular melancolía. Ahora lee los filósofos y los poetas «malditos» de Francia. Ulti-

mamente me ha llevado con ella á una larga cabalgata, y después se detuvo en un cerro desde donde dominábamos un paisaje agrestemente grandioso.

—Atad los caballos—dijo apeándose ligeramente.

Y añadió dirigiéndose á mí :

—Mariska, voy á hacer conocer á usted la caverna del Infierno. Venga usted...

Echamos á andar. La Naturaleza era movediza y traidora. Sucediáanse los desmontes peligrosos y la tierra cedía bajo nuestros pasos. Más lejos, el suelo arcilloso se pegaba á nuestros pies.

—Mire usted bien el cielo—me dijo Su Majestad,—vamos á entrar en el Infierno.

Nos encontramos enfrente de una excavación.

—¿Vamos á meternos ahí dentro?—pregunté no sin espanto.

—Sí, y arrastrándonos, además. Tanto peor para nuestras amazonas. Si la caverna está llena de bandidos, no les será difícil agarrarnos por la cabeza. Tranquilícese usted, sin embargo ; el lugar es visitado con frecuencia por los extranjeros...

Durante cinco minutos no vimos nada, llevando las rodillas rozadas y arañadas las manos por las asperezas del suelo.

—Puede usted levantarse—me dijo la Reina. Su voz resonó extrañamente amplificadas.

—¿Había yo mentado? ¿No es esto el Infierno?

Me estremecí dominada por el horror del lugar. Una luz turbia y difusa caía no se sabía de dónde y coloreaba las estalactitas de tintes desconocidos que participaban del rosa y del verde y no podían ser clasificados en la escala de los colores naturales. Unas catacumbas se extendían á lo lejos por caminos estrechos y negros, en los que parecía que la muerte esperaba al audaz visitante.

¿Había alguien puesto allí los pies antes que nosotras? No era de creer. Aquella sombra en la que vagaban destellos diluïdos, como los que destilan los vidrios de las catedrales, parecía no profanada hasta nuestra venida. Un silencio abrumador nos acusaba de esta profanación, un pesado silencio que se desplomaba sobre nosotras después de las palabras de la Reina, un silencio augusto que no nos atrevíamos á turbar, estando nuestras gargantas como obstruïdas por la solemnidad de aquellas bóvedas. Cuando avanzábamos, un pájaro nocturno voló torpemente, tropezó ciego con una estalactita color de rosa, dió unas vueltas y huyó tocándonos casi con sus alas velludas.

—El lago—anunció muy bajo Su Majestad. Nos heló un frío glacial. El agua no estaba rizada por soplo alguno y se estancaba, astuta, invitando á algún baño desesperado en el que la hubiera tragado á una sin ruido.

—Vea usted—me dijo Su Majestad.

Y con el látigo me señaló la palabra Elisabet grabada groseramente en una piedra y, debajo, una cruz.

—Mal presagio—añadió la Reina.—Y al oír que yo intentaba contradecirla, á pesar del malestar que me oprimía, me interrumpió con un gran alemán desesperado y me dijo :

—¿Para qué quedarse... cuando no ha lograda una su empeño?... ¡ Ah ! si no existiera mi hijo...

Me ordenó que volviese sola á casa aquella tarde, porque quería meditar aún en aquel lugar de horror y de tinieblas. Yo, que tanto gozo con la alegría de las mañanas claras, no comprendo, no comprendo ya el alma de la Reina.

XIII

LA PROVINCIA

No conocemos aquí más que á Maillach y á su mujer y hablamos con ellos de relaciones de vecindad, como burgueses. ¡ Es muy divertido !

Maillach, conspirador styriense, es pintor, únicamente pintor. ¡ Afortunadamente ! Todos los demás asuntos le tienen sin cuidado. Si ha hojeado con placer algunos buenos poetas, sabe de memoria atroces sonetos ó poemas nerviosos y de mal gusto, que él repite con complacencia. Partidario de una escuela artística fundada en la verdad, no concibe que se pueda expresar tanta en un libro como en un cuadro. En cuanto á la música, no establece casi ninguna diferencia entre una sinfonía de Beethoven y un estribillo de café concierto. Es bastante triste hacerlo constar—puesto que es re-

bajar aún nuestra imperfecta naturaleza humana,—pero todos los grandes hombres han sido así, dominados únicamente por su arte é inferiores por otra parte á la mentalidad corriente de un simple hombre de mundo.

La mujer de Maillach, rubia evaporada, parisiense desterrada en aquel rincón de provincia, es de una encantadora alegría y no puede observar la especie de etiqueta que exigen nuestras relaciones con la Reina. En cuanto á su interior, es sencillamente repugnante. La de Maillach no se ocupa de él y cuando el pintor sale de su estudio es para encerrarse en su despacho desde donde envía largos y tenebrosos informes á Styria.

Como en el hotel en que nosotras vivimos, el techo del salón de los Maillach exhibe una bandada de golondrinas en un cielo azul surcado de ligeros copos blancos. Pero hay en casa de nuestros vecinos dos señoras ancianas que hacen mis delicias. La una es la señora de Maillach, la madre del pintor, y la otra es la señora de Rivaldin de Rouvalore, madre de la mujer de Maillach. Las dos suegras son ferozmente enemigas.

La primera vez que las vi, estaba yo sola, invitada á comer en casa de Clara Maillach. Las dos viejas, que habían entrado como fan-

tasmas, sin que se las oyese, se inclinaron, la una subida de color, con manos de gendarme y una cara dura y severa, y la otra menuda y friolenta, con la cabeza cubierta con una mantilla blanca y frotándose unas manos gotosas y esqueléticas, cubiertas de sortijas. Yo soy para ellas, por supuesto, la señorita de Geurst, pues Maillach guarda el secreto de nuestra identidad.

—¡ Me ha pisado usted el vestido, señora Maillach !

—¡ Si la señora de Rivaldin de Rouvalore— exclamó el gendarme recalcando las *r*,—no llevase vestido de cola !...

El criado, que anunciaba la comida, produjo una dichosa distracción. Acostumbrada á la prisa y á la sobriedad de las comidas styrienses, me quedé estupefacta ante la abundancia y la suculencia de los manjares. La sopa es una crema untuosa sabiamente preparada. En el arroyo de la Amiga del Rey se han pescado sabrosas truchas ; la caza, bien gorda, ha sido asada con amor, y los frutos, enormes, son de una jugosa madurez. Antes de un solomillo de cabrito atestado de especias, el criado sirvió sorbetes de marrasquino y se nos sirvió tal cantidad de vinos que no pude menos de reirme, pues la

glotonería me parece una de las cosas más bajamente cómicas que se conocen.

De repente, la señora de Maillach, madre, se pone á hablar de los sucesos de Styria.

—¿El miserable demente—dice,—sigue siendo Rey? ¡Qué ceguera la de aquel pueblo! Y cuando pienso que todo eso ha sido fraguado por el príncipe Herberto, ese canalla, ese miserable bandido...

Una ola de sangre me sube á la cara. ¿Por qué he enrojecido así?

—Señora—digo con la voz frenética de cólera,—el Príncipe no merece ser tratado de ese modo.

—¿Y por qué, señorita? *¿No es usted de nuestro partido?*

Maillach se levanta muy pálido.

—Madre mía—dice,—ruego á usted que hable á la señorita de Geurst con el mayor respeto, ¿me entiende usted?...

El gendarme, husmeando un misterio, abre unos ojos inflamados de curiosidad.

—Está bien—dice.—¿Es necesario que me excuse?

—Sí.

Yo interrumpo, en un suplicio :

—No, señora, no, pero hablemos de otra cosa, se lo suplico.

—Eso es—murmura con su voz de carraca la señora Rivaldin de Rouvalore, encantada por aquel incidente que ha humillado á su enemiga ;—las mujeres no están hechas para ocuparse de política. No dicen más que tonterías. Yo me he ocupado siempre de pintura...

—¿Por qué no se ocupa usted ya de ella?—respondió agriamente la Maillach madre ;—eso la distraería y sería mejor para usted que ocuparse del arreglo de la casa... Cuando una se llama Rivaldin de Rouvalore...—Y la buena señora hacía sonar irónicamente la partícula.

—Querida mía—dijo la de Rivaldin lanzando á su interlocutora una mirada mortífera—puede una ocuparse de los quehaceres de la casa sin tener las maneras ni el alma de una moza de cocina.

—¡ Mamá !—dijo en tono de reproche la de Maillach.

Pero la buena señora, satisfecha de su frase de vitriolo, continuó dirigiéndose á mí :

—Me ocupaba sobre todo de miniatura. ¡ Es tan bonito ! ¿ No le parece á usted, señorita ? En las vacaciones me llevaban á París é iba al museo del Louvre. Allí, me instalaba en un alto taburete y copiaba á la aguada las miniaturas de las vitrinas : Madama de Maintenon, la princesa de Lamballe, la reina María Ame-

lia, el emperador Napoleón y la emperatriz Josefina. Después, repartía mis obras á mis amigas.

—¿Y qué hacían con ellas?—preguntó en tono de burla la Maillach madre.

—Escogía yo mis amigas entre las mujeres capaces de apreciar alguna cosa...

Así estuvieron hasta que pasamos al salón.

La llegada de un nuevo personaje reforzó la conversación que volvía á empezar. Aquel don Juan de pueblo era muy pálido é imberbe, sin edad precisa y con unos cabellos de lino muy largos. Debía de ser poeta. Se llamaba el señor Pompadour. De qué obscura genealogía había sacado aquel nombre ilustre... Nadie lo sabía. El señor Pompadour era empleado de la alcaldía y debía de ocultar en un cajón un espejo, un peine y los instrumentos de manicuro. Era soso y cuidado y hablaba eligiendo términos raros con la cara de repugnancia de un señor que busca una hermosa fruta en una compotera de fresas podridas.

—Don Armando—dijo la de Maillach,—es un espiritista de primer orden.

Pero Pompadour protestó con modestia. Confesó sin embargo que poseía autógrafos muy curiosos de Miguel Angel, de Lamartine, de

Machiavelo y de Víctor Hugo, dictados por sus espíritus.

—Si el señor Pompadour fuese amable—propuso la de Rivaldin,—haría girar las mesas en honor de la señorita de Geurst.

—¿Esta señorita está convencida?—preguntó el empleado de la alcaldía.

—No, pero...

—Entonces tendremos, acaso, graves dificultades. Los espíritus se niegan muchas veces á venir cuando hay alguna persona escéptica. En fin, probaremos.

Dicho esto, pasamos al salón y nos instalamos alrededor de una mesa ligera, con las manos puestas sobre la madera. Al cabo de unos minutos tenemos las manos embotadas y se oye un crujido debajo de la mesa.

—Espíritu, ¿estás ahí?—pregunta Pompadour con voz angustiada.

El pie de la mesa da un golpe seco.

—Sí, ahí está—afirma la de Rivaldin de Rouvalore.

—Cállese usted—exclama la Maillach madre,—y deje hablar al *medius*.

—«El medium»—rectifica el señor Pompadour, mientras la de Rivaldin se encoge de hombros de lástima gritando con voz de carra-

ca :—¡ El medius ! ¡ El medius ! ¡ Parece que estamos en casa de Madama Gibou !

—Espíritu, ¿quién eres?—pregunta el espiritista.

—Tu-Li-Li-Jo, deletrea la mesa.

—¿No eras francés en vida?

Dos golpes responden : no.

—Sí, es un espíritu chino, pero que responde al revés y por bromas groseras.

Se evoca el alma de Platón, que se declara cansado, y la de Lamartine, que compone dos versos muy malos, inéditos.

—Don Armando—dice Maillach, debiera usted pedir á un espíritu que dijese algo á la señorita de Geurst.

—Con mucho gusto. Voy á evocar un espíritu favorable. ¡Espíritu! ¿Estás ahí? ¡Bueno! Tomemos nota de lo que va á decir.

Una emoción estúpida me oprime la garganta. Y los golpes repetidos de la mesa componen esta frase dirigida á mí :

—*¡ Por qué no vives según tu conciencia y según tu corazón ?*

Estas palabras caen sobre mí, letra por letra, sílaba por sílaba, como gotas de plomo derretido.

Me despedí en seguida. Esperábame mi aya en la antecámara, le mandé que me siguiese

y tomé el camino de la Amiga del Rey. La luna era clara y estaba el tiempo hermoso y frío. El estrecho sendero me condujo al manantial espumoso y plateado por un rayo del astro de la noche. Me senté y recordé el drama de amor de la leyenda. Pero todas las voces misteriosas de la Naturaleza me cantaban al oído en el murmullo del arroyo : *¿ Por qué no vives según tu conciencia y según tu corazón ?* Me pareció que el espíritu, escapado de la mesa, se había deslizado en aquellos árboles, en aquella fuente, en aquellas frondosas hierbas, para gritarme en todos los tonos irritados, suplicantes, tiernos é imperiosos : *¿ Por qué no vives según tu conciencia y según tu corazón ?*

En la sombra me miraban los ojos amarillos de algún gato y me pareció que aquella noche toda la Naturaleza, todo lo que me rodeaba, leía claramente en mí por aquellos ojos chispeantes y fijos.

XIV

UNA CARTA

La Reina, acometida por un gran desco de soiedad, me aleja visiblemente y renuncia á toda etiqueta. El príncipe Ludvigio está casi siempre ausente. Siento un verdadero malestar pensando en todas aquellas conspiraciones tenebrosas que se están urdiendo contra el pobre país de Styria, que empieza á vivir y á respirar después de una sacudida tan violenta. Vamos, sin duda, á alguna lucha fratricida entre Ludvigio y Herberto, y ruego á Dios que no se produzca tan horrible eventualidad.

Por lo demás, yo permanezco ignorante de esas intrigas. Me refugio en un campo vulgar y encantador y las luchas que se emprenden en la hierba entre animales minúsculos me pare-

cen tan interesantes y tan dramáticas como los combates de los hombres.

Mi aya, una inglesa flemática y silenciosa, me recuerda por su vanidad á la de Obrowatz, la que guió mis primeros pasos en Styria. Esta no compone versos, pero lee incansablemente novelas de cubierta encarnada que le ponen en los ojos lágrimas de enternecimiento.

Yo también llevo un libro, por tener algo en la mano... y sueño. Mis sueños son dolorosos. Era mi destino como el de todas las mujeres de mi familia, el ser sacrificada. Nadie piensa en esas desgraciadas princesas de hoy, á las que han alcanzado las ideas modernas y que deben dominar todos sus sentimientos en honor de la razón de Estado ó por conciencia de su obscuro deber. ¿Quién ha de compadecerlas? ¿No son ricas? ¿No tienen todos los honores? ¿Y trajes soberbios? ¿Y alhajas? ¿Qué importa si la diadema pesa enormemente, con un peso de tortura, en su frente de veinte años? ¿Qué importa que estén aisladas en medio de una humanidad generosa y vehemente? Una especie de atmósfera helada las separa del resto de los humanos. Ese es su martirio. Y ese es también su orgullo.

No quiero descender al fondo de mí misma. ¡Tengo miedo! Mi destino está unido al del

príncipe Ludvigio, para siempre proscripto y errante. Seguiré siendo su prometida hasta el día en que recobre la Corona, si puede recobrarla. De otro modo seré la dama de honor de una reina desterrada, la vagabunda disfrazada con un nombre supuesto que no conocerá nunca el gozo de un hogar tibio y tranquilo y que pasará la vida en medio de las complicaciones de una política tenebrosa, compartiendo esperanzas pueriles y agobiada por una impopularidad de cuyo peso tiene que participar. ¿Y nosotros somos conductores de pueblos? ¡No! el pueblo es el que nos conduce. Somos como esos domadores que vuelven á los leones obedientes como perrillos, los hacen pasar por aros de papel y saltar obstáculos ridículos, hasta el día en que el león, de una zarpada, derriba al domador palpitante y le tiene, ridículo, á su merced.

Tal desanimación se apodera de mí, que quisiera hacer hasta la muerte esta vida vulgar é insignificante. Tengo como única distracción las comidas en casa de los Maillach, á las que la Reina me envía tres ó cuatro veces á la semana. Las dos viejas arpías siguen disputando. La de Maillach sonríe vagamente, con la mente distraída, pensando en los sombreros que va á comprar y en los trajes que va á encargarse.

Maillach «conspira con ardor», como cantan en la opereta, y dedica sus ocios á pintar el manto que llevará el príncipe Ludvigio cuando sea consagrado Rey y la caja de la carroza que conducirá triunfalmente al soberano de su elección, entre las aclamaciones de un populacho embriagado.

¡ Y yo me aburro hasta morir !...

Estoy en el paseo. Miss abre una silla de tijera para mí y otra para ella, con el ademán metódico, prudente, razonado que ha tenido ayer, que tendrá mañana y que conservará hasta el fin de los tiempos. Abre su novela inglesa, preparándose á verter las abundantes lágrimas que su sensibilidad reserva á la lectura.

Yo también me empapo en Heine, lectura en la que los grandes de este mundo desengañados y melancólicos, encuentran no sé qué goce malsano, no sé qué satisfacción de escepticismo desencantado. ¡ Ah ! gran poeta, cuántos sollozos hay dentro de tus sarcasmos...

Una sombra delante de mí, la de Rodolfo Camnitz.

—¿ Usted aquí, caballero?

—Tengo que entregar á usted esta carta, señorita, y mañana á la misma hora vendré aquí á buscar la respuesta.

—Pero, caballero, no sé...

La sombra saluda y desaparece. Tengo la carta en la mano. Miss se alarma, pero yo la ruego que vuelva á su novela, lo que ella hace inmediatamente.

Y leo :

«Querida Mariska :

» Mi amigo Adolfo Camnitz hace un largo
» viaje para llevar esta carta ; acójale usted bien
» cualquiera que sea la respuesta que le dé.
» En una época en que el nombre de amigo
» es con tanta frecuencia profanado por la ma-
» nera con que se hace uso de él, Camnitz, mi
» tierno compañero, ofrece la imagen misma,
» viviente y consoladora, de la fidelidad. Usted
» lo sabe, por otra parte, y espero que le pro-
» bará su estima por su actitud.

» El acto que realice escribiendo á usted
» es reprobable desde el punto de vista de los
» prejuicios humanos. Es usted todavía muy
» joven, Mariska, demasiado joven para com-
» prender que el Deber no se concilia siempre
» con lo que se llaman los deberes, pero
» la desgracia le da á usted en este momento
» la experiencia que le falta. Compadezco á us-
» ted de todo corazón y la comprendo, porque

»yo también soy desgraciado. Tengo toda la
»carga del reino, de un reino que se está re-
»constituyendo penosamente sobre bases mo-
»dernas. Misión difícil. Este pueblo sabe usar
»de la libertad cuando él se la toma y no la
»aprecia cuando se la dan...

»Quiero hablar á usted ante todo de Su Ma-
»jestad el Rey. Jamás mi desgraciado padre ha
»estado loco, pero figúrese usted el más sensi-
»ble de los artistas al que se impusiera una
»tarea indigna de él. Gobernar es para el rey
»Segismundo dar vueltas á un molino, los tra-
»bajos forzados. Tiene miedo de sus ministros
»y le aterra la jauría de apetitos desencadena-
»dos alrededor de él. Quisiera descansar con
»confianza en hombres leales, cuando tiene
»que apoyarse en ambiciones y dirigir intere-
»ses contradictorios, y esta lucha le agota...

»En realidad soy yo solo quien gobierna, con
»ayuda de los diputados, porque nuestro pue-
»blo tiene ahora una Constitución. Nuestros
»humildes pastores no son ya súbditos, sino
»ciudadanos. La libertad sopla en la Styria ;
»quiero decírselo á usted, Mariska, porque se
»me pintará ante usted con los más negros co-
»lores y deseo disculparme.

»¿Por qué se marchó usted?

»Usted no sospechaba que su presencia inun-
»daba de sol este viejo y triste castillo por el
»que pasan las sombras de los antiguos crí-
»menes y en el que se perpetúa la negra tris-
»teza de las edades pasadas. No ha hecho us-
»ted más que pasar dejando tras de sí el duelo
»y los pesares. Sí, es preciso que diga á usted
»todo esto, pues ignoro si verá mañana apun-
»tar el día. Mi hermano—no acuso á nadie
»más que á él, porque temblaría de acusar á
»otra persona...—mi hermano paga asesinos.
»Tengo que desconfiar del suelo en que pongo
»los pies, del vino que me llevo á los labios, de
»la flor que respiro, del criado que me sirve.

»Esta situación ha comenzado por un in-
»tento de envenenamiento. El intendente de
»palacio sospechaba de un criado al que yo ha-
»bía tomado cariño porque manifestaba una
»verdadera inteligencia y llenaba sus funcio-
»nes sin la cautelosa obsequiosidad de sus com-
»pañeros. •

»Un día, almorzando, en el momento en
»que yo iba á llevarme el vino á los labios, el
»intendente me detuvo, encontrando que la
»bebida tenía un color sospechoso. Cerró el
»mismo las puertas del comedor y examinó el
»vaso del Rey y el del oficial de servicio, que

»estaba, según costumbre, á la mesa con nosotros. Solamente mi vaso presentaba un aspecto raro.

»—¿Eres tú quien ha servido este vino?— preguntó el intendente al criado.

»—Sí, señor intendente.

»—¡Vas á bebértelo!

»Sin que pudiera impedírsele, el intendente se precipitó sobre aquel hombre, le estranguló casi entre sus puños de coloso y le obligó á beber unos sorbos. El hombre chillaba y se defendía diciendo: «¡Confieso! ¡Confieso!» Y unos minutos después murió en medio de horribles convulsiones á pesar de los cuidados impotentes de un médico que hice llamar. Antes de expirar, aquel miserable confesó que había sido pagado por emisarios del príncipe Ludvigio.

»Monté á caballo el otro día y cuando apenas había dado unos pasos por el patio, mi caballo se derrumbó de pronto como una masa. Dí con la cabeza en una piedra y estuve sin conocimiento más de un cuarto de hora.

»No cuento para nada los envíos sospechosos, las bombas que se siembran por todas partes ni, lo que es más espantoso y más cobarde, las calumnias imbéciles difundidas bajo cuerda, los libelos infames y los periodicuchos

»venenosos. Todo esto lo paga nuestro oro.
»Contra la opinión de los ministros, yo exijo
»que la pensión de la Reina sea exactamente
»pagada y no la acuso. ¡ Acaso ignora todo esto !
»Me hace sufrir mucho ese «acaso», pero de-
»bemos mirar la verdad frente á frente. La
»ceguera de mi madre puede impulsarla al cri-
»men. Mi madre desdeña toda vida humana
»que no sea la de su hijo Ludvigio.

»Y usted, Mariska, impulsada por no sé qué
»error fatal, da á mis enemigos el asentimiento
»tácito de su presencia .Su alma de usted,
»tan recta, tan clara, está asociada con esas
»almas de sombra. Despréndase usted de ellas ;
»usted no depende más que de sí misma. No
»tiene que esperar usted ningún consejo de su
»familia que *se desinteresa*, por temor de com-
»plicaciones, de todos los asuntos de Styria,
»aunque caigan en el dominio del derecho co-
»mún. Solamente su hermano la busca. No
»he querido revelarle el sitio en que usted está,
»pues ese secreto es de usted y no me perte-
»nece.

»Mariska, una fatalidad trágica pesa sobre
»usted. Lea en su conciencia y emancípese.
»Ninguna palabra puede unirla al príncipe
»Ludvigio, que está fuera de la ley. Recobre
»usted toda su libertad y no eche á perder su

»existencia. No acepte usted una complicidad
»que repudiaría la más obscura y la más po-
»bre de las mujeres. Es el consejo que da á
»usted, desde el fondo de su corazón mortifi-
»cado, el que es su amigo ante todo y para
»siempre...»

La Reina está sola, sentada en un sillón en esa cámara tan fría y severa que da calofríos. El crepúsculo incendia el cielo. Ninguna luz. La Reina no se complace sino con la obscuridad.

—¿Qué quiere usted, Mariska?

Yo no puedo interrogar á Su Majestad. Y, sin embargo, tengo el derecho de saber, después de todo. Callo el origen de los informes que traigo y hago saber á la Reina que su hijo ha estado á punto de morir á manos de unos bandidos. ¿Está la Reina al corriente de esta política demoníaca? Hablo de ella largamente.

Se produce un pesado silencio.

—Hija mía—me dice la Reina,—si no tiene usted confianza en mí, vuélvase á su país y allí encontrará la felicidad y el lujo. Si no, resígnese. El verdadero Rey de Styria es mi hijo Ludvigio. Partidarios exaltados y fanáticos libran un combate contra el que usurpa

la corona que yo repruebo, pero que no puedo impedir. La Europa, pasiva y cobarde, no nos sostiene y se separa de nuestra causa. El pueblo, extraviado por mentiras odiosas, no sabe que queremos su bien. Un infame golpe de Estado ha devuelto la corona á un pobre príncipe que es incapaz de llevarla, y un intrigante audaz adulando las más viles pasiones del populacho, se ha apoderado del poder. Ese hombre ha podido ser mi hijo, pero ya no lo es, No veo en él más que un ambicioso y un usurpador. ¡Qué se fomentan allí crímenes! ¿Cómo hemos de impedirlos? No nos hará usted la injuria de creer que estamos asociados á los asesinos. Hemos sido robados y tratamos de recobrar nuestros bienes, pero por los medios legales. Ludvigio volverá á Styria con la cabeza alta, llevando del brazo á la princesa Mariska que será su mujer. Y puesto que es usted tan sensible, compadézcanos en lugar de agobiarnos. ¿No somos nosotros los más desgraciados? ¡Ah! el príncipe Herberto ha estado á punto de ser envenenado. Pero, durante mi regencia, siguiendo los consejos de la policía, he tenido que no comer más que los alimentos que me guisaba mi primera dama de honor y que venían de la frontera en cajas selladas. Usted recuerda aquella bomba que estalló...

La primera cualidad del que quiere reinar es el desprecio de la muerte.

La Reina habla con su voz de encanto, se apodera de mí y todo lo que me dice me parece justo y verdadero. ¿No tiene razón al creerse la más desgraciada de las mujeres? La noche entra poco á poco en la pieza y la Reina sigue hablando.

—Yo llevo un nombre terrible, el nombre de Elisabet de Austria, alma sublime y que murió bajo el puñal de un estúpido asesino, y el nombre de Elisabet de Francia, una de las más puras víctimas del Terror, hermana de Luis XVI y cuñada de María Antonieta.

Su voz tembló.

—Sí, sí, un nombre predestinado: santa Elisabet de Hungría, viuda errante y desterrada á los veinte años; Elisabet de Portugal, casada con el sombrío Carlos V y que llevó una vida de angustia y de dolores; Elisabet de Angulema, que murió en el momento en que iban á ahorcarla; Elisabet Woodville, reina de Inglaterra, capturada y encerrada en un convento, en el que muere; Elisabet de Valois, que sucumbe á los veintitrés años, muerta por su esposo... Lea, lea usted la historia de las Elisabet del mundo entero; está escrita con sangre y con lágrimas.

La Reina se levantó, abrió un volumen por una página marcada con una cinta, y añadió :

—Escuche usted este relato ; es la muerte de Elisabet de Francia, guillotínada.

«Cuando los pesados vehículos llegaron á su destino, el verdugo y sus ayudantes clasificaron las víctimas por el orden en que debían sufrir su pena, según el grado de su culpa, es decir, según el mayor ó menor brillo de los nombres que llevaban.

«Como madama Elisabet era princesa de sangre real, subió la última al cadalso.

«El ujier íbalos llamando por sus nombres, la víctima nombrada se adelantaba, se inclinaba profundamente delante de madama Elisabet y se entregaba al verdugo. ¡ Fíjuese usted á aquella mujer viendo caer ante sus ojos veinticuatro cabezas ensangrentadas antes de sufrir ella misma el último suplicio !

«Cada vez que caía la cuchilla para volverse á levantar roja de sangre, prorrumpía en gritos la estúpida multitud que rodeaba al cadalso. Madama Elisabet, permanecía impassible. Llegó por fin su vez, y subió sin desfallecer los escalones de la plataforma. El verdugo, en un brusco movimiento que hizo para atarla á la báscula fatal, separó un poco la

»pañoleta de la princesa y le descubrió un
»hombro. La víctima se estremeció é hizo un
»movimiento instintivo para romper sus ata-
»duras, pero, viéndose impotente, exclamó di-
»rigiéndose al verdugo : «En nombre del cielo,
»señor, cúbrame usted!»

»Un instante después, su cabeza rodaba al
»pie del cadalso.»

Oí el ruido seco del libro al cerrarse.

—Mi hijo Herberto atribuye demasiada in-
portancia á la muerte—dijo la voz de la Reina
desde el fondo de la pieza invadida por la som-
bra y en la que yo no veía más que una fina y
elegante silueta.—Por mi parte—añadió,—la es-
pero valientemente, de dondequiera que venga.
No la aceptaré ni como una liberación ni como
un castigo... Y prefiero el poder, rodeada de
asesinos, al destierro, rodeada de amigos. Es-
to es lo que tenía que decir á usted, Mariska.
De mis dos hijos, el digno de compasión es
Ludvigio.

Al día siguiente encontré á Rodolfo Camnitz
en el punto de cita. El pintor me saludó.

—¿No tiene usted una carta que entregarme,
señorita?

—No, señor.

—¿Ni alguna respuesta que comunicarme?...
•

—Esta solamente : Me quedo.

Me parece que este anarquista me echó una mirada de odio. ¿Qué me importa? Yo me adhiero desesperadamente á la Desgracia...

¡ Pero diríase que la Desgracia no me quiere!...

XV

LOS PRÍNCIPES EN EL DESTIERRO

Ludvigio, que no me hablaba hacía mucho tiempo más que por monosílabos, me ha pedido una entrevista. Puede ser que desee fijar nuestra situación mutua. Me pongo un lindo traje blanco, iluminado por una cinta color de rosa.

Pero Ludvigio está sombrío. En cuanto entra en el salón, adivino que se trata de política y no de bodas.

—Mariska—me dice,—convendría que nos prestase usted un servicio. Puesto que ha abrazado usted nuestra causa, bueno es ante todo que esté usted al corriente. El pueblo styriense, según los últimos informes traídos por Maillach, está ahora enteramente dispuesto á recibirme. No se teme más que á unos cuantos

cientos de obstinados á quienes hay que reducir... Para eso hay que hacer todavía no pocos gastos, y no tenemos más dinero que el que el usurpador tiene á bien enviarnos. Puede usted pensar que no hay con eso sino para vivir y muy medianamente, pero no para hacer frente á los gastos extraordinarios que necesita la situación actual. Maillach está agotando sus recursos y no se atreve á dirigirse á su suegra, la de Rivaldin de Rouvalore, que es, según parece, muy rica, para pedirle prestados los cien mil francos que necesitamos absolutamente para la propaganda de prensa. Y hemos pensado en usted. Pida usted á esa vieja la suma que nos hace falta.

—Yo... jamás me atreveré tampoco.

—Nada más fácil. Se le ha hecho saber que es usted la princesa Mariska y ha llorado de enternecimiento, reprochándose el haberla tratado un poco democráticamente, y quiere echarse á sus pies. Ignora todavía que la condesa de Bisnach es la Reina y no sabe quién soy yo. Vaya usted á verla, pídale esos cien mil francos y tráigalos usted, mi querida niña. Prométale usted en cambio todo lo que quiera para el día de la Restauración. Está convenido, ¿verdad?

Y el príncipe Ludvigio me estrecha las ma-

nos. Está impaciente y me suplica que vaya de prisa y que le traiga la respuesta lo más pronto posible.

Iré.

La de Rivaldin de Rouvalore me hace esperar un cuarto de hora y se presenta en bata de seda y cubierta con todas sus sortijas y todos sus collares de perlas.

—¡Princesa! ¡ Pido á Vuestra Alteza mil perdones!... Me he puesto este traje... el único medio conveniente para recibir á Vuestra Alteza. Dígnese Vuestra Alteza admitir el saludo de su humilde servidora.

Y se embrolla en sus reverencias cortesananas, emocionada y con la mano en el corazón. La levanto, la instalo en una butaca y le digo :

—No puedo expresar á usted señora, lo que agradezco su acogida, pero, si no tiene usted inconveniente, en lo sucesivo, como hasta aquí, me llamará usted señorita.

—No podré... El respeto...

—Sí, mi querida señora, podrá usted porque es preciso. Las paredes tienen aquí oídos y si se descubriese nuestra identidad, se habría acabado nuestra tranquilidad primero y nuestros proyectos después. Mi visita, precisamente se refiere á esos proyectos, en los que usted, señora, puede secundarnos útilmente.

—¿Qué puedo yo hacer? ¿Mi sangre? ¿Mi cabeza? ¿Mi vida?

—No pedimos tanto señora. Tenemos sencillamente necesidad de cien mil francos.

—¡Cien mil francos!

—Cien mil francos.

—¡Qué de prisa va usted!—exclama la de Rivaldin, sofocada por esta petición y olvidando todo respeto.—¡Yo no soy millonaria! ¡Cien mil francos! Estoy dispuesta á suscribir quinientos francos, mil si es preciso, pero cien mil francos...

Es la primera vez que pido dinero á alguien. Poca suerte tengo para mi estreno.

--Vamos á ver, señora, ¿se niega usted?

—¡Espere usted!... Y si doy esta suma, ¿podré pedir algo en cambio?

—Sin duda.

—Pues oiga usted... Yo quisiera... yo quisiera un título de duquesa de Styria.

—Pero, señora, en este momento es el rey Segismundo el que allí reina... Acaso se podrá ofrecer á usted, en caso de restauración...

—¡No puedo, sin embargo, dar cien mil francos, así, por nada!

Se me sube el rubor á la cara, no puedo más y salgo violentamente. En la escalinata encuentro á Ludvigio.

—Y bien — me dice anheloso, — ¿quiere la vieja?

—¡ No! No consiente más que si se le da un título de Duquesa.

—¡ Supongo que habrá usted dicho que sí!...

—He dicho que usted no podía en este momento.

—¡ Tonta! ¡ Es usted una tonta! Espere usted un poco.

Toma en la antecámara una pluma y una hoja de un libro de apuntes y escribe apresuradamente unas palabras.

—Llévale usted esto, pronto, pronto.

Leo :

Por las presentes, fechadas en la tierra del destierro, nombramos á la señora baronesa de Rivaldin de Rouvalore, duquesa de Heitz-Spirare.

LUDVIGIO, *rex.*

Vuelvo á ver á la de Rivaldin y le entrego sin decir palabra el pedazo de papel. La cara de la vieja se ilumina de júbilo.

—Permítame usted—exclama,—que bese el bajo de su falda. Subo á firmar el cheque é iré en seguida á encargarme tarjetas. ¡ Duquesa de Heitz-Spirare! ¡ Es para morirse de felicidad!

No pude menos de encontrar esta alegría tan estúpida como indecorosa. Lo que estoy haciendo en este momento debe de llamarse política y entrar en las prerrogativas de mi clase. ¡Tristes prerrogativas!...

Doy el cheque al príncipe Ludvigio, que se echa sobre él con la voracidad de un perro hambriento sobre un hueso.

—¡ Ah!—dice,—tengo un peso menos en el corazón...

—¿Tanta necesidad tenía usted de esta suma?—le pregunto.

—Ya lo creo, Mariskita. Porque hay una cosa que se me ha olvidado decir á usted. Una parte de este dinero irá, en efecto, á Styria para sostener nuestra causa, pero con otra parte pagaré una deuda embarazosa... Sí, una deuda de juego que he contraído ayer en un círculo de París...¡ Diantre! no sé qué hubiera sido de mí si no me la hubiera procurado. Hasta la vista, Mariskita, y gracias.

Estoy triste, Dios mío, triste hasta morir... Si no hubiera más que este mal Príncipe... Pero está la Reina, la pobre Reina majestuosa y resignada, que sufre y á la que no abandonaré jamás...

XVI

EL INCÓGNITO DESCUBIERTO

Conozco muy imperfectamente la historia de la princesa María de Siesbrich-Gòldenwein, pues no se habla nunca de ella delante de mí más que con palabras veladas. A consecuencia de no sé qué disentimientos con su esposo, esta princesa intentó reconstituirse una familia en el destierro, no lo logró y hace veinte años que lleva una existencia errante que me parece la imagen misma de la miseria. Estamos imitando en el destierro la historia de la princesa María. Como ella, somos impotentes para reconstituirmos un hogar, aun en esta Francia hospitalaria y bella en la que los más pobres adornan su *home* con tiernos cuidados y donde me parece que la existencia es más tibia, más íntima y más cariñosa que en otra parte.

La princesa Siesbrich gastó demasiado dinero y fué desposeída de su mueblaje. Desde entonces vive en los hoteles. Por horror de la soledad, almuerza y come en mesa redonda; habla con sus vecinos y traba amistades de ocho días, entre dos trenes; va al *caravanserrallo* egipcio, al hotel de los Campos Elíseos, del palacio de la Costa de azul á la hostelería veneciana. De hotel en hotel se han perdido ó dispersado sus objetos familiares, y parece que no conserva más que un cofrecillo del siglo XII en el que amontona sus últimas alhajas y la fotografía de su hijo vestido de teniente de la guardia, un hijo al que no volverá á ver, que la desprecia y al que ella olvidará dentro de unos años...

A consecuencia de un incidente grotesco, hemos dejado esta tranquila provincia francesa en la que empezábamos á encontrarnos bien.

Maillach, desesperado por la melancolía de la Reina y compadecido también de mi aislamiento, había concebido el proyecto de llevarnos al teatro, donde una compañía extranjera representaba *Los Dragones de Villars*. Tanto insistió Ludvigio que la Reina acabó por aceptar después de haber recibido del pintor la formal seguridad de que estaríamos en un palco

cerrado y oculto á las miradas de todo el mundo.

No he estado en el teatro diez veces en mi vida y fué aquello para mí uno de esos goces infantiles que deben experimentar los presos cuando se les concede el derecho de pasearse en el patio. El teatro de Gerville no tiene nada de lujoso y huele desmesuradamente á pellejo de naranja y á humedad. Maillach nos contó que una compañía de paso representó allí una noche la escena de los retratos de *Hernani* reemplazando los retratos de un álbum de fotografías pedido prestado al conserje. Pero, con todo, es el teatro, palabra mágica.

Llegamos á las ocho en punto, nos colocamos como podemos en un palco, oculto por una celosía y la Reina decide que, para mayor precaución, la celosía permanecerá levantada. Nos ahogamos. El príncipe Ludvigio, ya menos alegre, hablaba de marcharnos cuando los músicos de la orquesta se colocaron en sus puestos. La sala está llena. De repente el director de orquesta levanta la batuta y, con gran estupefacción nuestra, la música se pone á tocar el himno styriense. Todo el mundo se levanta y murmura, mientras los ojos se dirigen de nuestro lado... Un periódico de la tarde acababa de

descubrir nuestro incógnito, y el empresario, deseoso de añadir un aliciente á la representación, nos rendía aquel homenaje inesperado y completamente ridículo.

Maillach balbucea no sé qué y se arranca los cabellos. Nos levantamos durante el primer acto. A las 11 y 50 hay un tren para París, un tren ómnibus. ¡Qué importa! vamos á tomarle, después de haber amontonado de prisa nuestra ropa en los baúles. Maillach se cuidará de enviarnos lo que queda. Hay que huir.

¡Oh! la helada desolación de una estación de provincia, á las once de la noche, con una de esas lloviznas finas y obstinadas que parecen acompañar á las malas horas de nuestra existencia... Solamente el príncipe Ludvigio está contento. París le atrae y no concibe mi tristeza. Me habla de las grandes modistas, de los grandes joyeros, de las carreras de caballos, de todo lo que para él resume la capital de la inteligencia. ¡Cómo lloraría yo si no debiera permanecer impasible! La Reina continúa viviendo en una especie de sonambulismo.

Por fin entra el tren en la estación; Maillach solloza. ¡No veremos sin duda más á ese perro de aguas! Quiera la Providencia preservarnos en adelante de esos partidarios fieles

y obtusos que no ocasionan más que catástrofes.

¿Por qué no echa á andar este tren? Veinte minutos de retraso.

—Y bien—grita Ludvigio sacando la nariz por la portezuela,—¿se decidirá usted á dar la salida?

—Esperamos á un gran personaje—responde el jefe de estación.—Pero ahí está; van ustedes á echar á andar.

Un señor, envuelto en un gran abrigo y seguido por una dama y dos caballeros, responde apresuradamente á los saludos. «Es el Rey de los belgas», dice Ludvigio. La Reina opina que es uno de sus primos, de la familia reinante de Inglaterra. ¡Qué importa! Hubo un tiempo en que nosotros también éramos lo que aquel buen hombre llama respetuosamente «grandes personajes.» Ahora tenemos que esperar á los demás. Tenemos también que sufrir la presencia en nuestro vagón de un hombre gordo que ronca ruidosamente y que interrumpe sus sueños tempestuosos para fumar en el corredor infectos cigarros cuyo olor acre llega hasta nosotros y nos ahoga. Es muy agradable el vivir lejos de los demás humanos, cuya presencia es un constante ataque á los nervios y una molestia no interrumpida. El prin-

cipe de Bismarck, un día que se despertó de mal humor, lo explicaba diciendo: «He odiado toda la noche.» Yo puedo decir que he odiado toda la noche á aquel hombre tan gordo. A las seis de la mañana ha comprado y devorado emparedados, queso y fruta, y nos ha impuesto su masticación glotona como nos había impuesto sus ronquidos... ¡Qué horror!

Pero los alrededores de París son preciosos y los miro con ojos de simpatía. ¡Qué alegres casitas, qué bonitas fondas con emparrados, columpios y juegos! Es una campiña de juguete la verdadera campiña parisiense, en la que hay, sin embargo, rincones de naturaleza palpitantes y bellos efectos de árboles reflejados en el Sena. Parece que no se viene aquí más que para divertirse como á aquella isla dichosa donde no se trabaja, donde se pasa el tiempo jugando y á la que se destierra á la gente en caso de enfermedad, pues nadie allí debe morir...

¡París está á la vista! La Reina sale de su sueño nostálgico y Ludvigio, con los ojos brillantes, se frota las manos. El hombre gordinflón se quita la gorra de viaje y la reemplaza por un hongo. Nadie nos espera en la estación; llegamos como emigrantes. Y los emigrantes, todavía, no están obligados á ocultar su identidad y á temerlo todo y á todos. Ellos no sien-

ten como otras tantas injurias las palabras que se les dirigen.

El gordo sale de su mutismo y se dirige á Ludvigio. Por fortuna, el Príncipe se siente de humor benigno.

—Viaje cansado—dico el gordo ;—celebro que hayamos llegado... Este tren le sacude á uno terriblemente...

—En efecto—responde Ludvigio,—pero usted ha dormido y eso hace pasar el tiempo.

—He debido de molestar á estas señoras con mi ronquido. Dispénsenme ustedes ; no soy ya joven y he padecido siempre de vegetaciones en la nariz. Estos pólipos...

Ludvigio interrumpe la explicación médica.

—¡ Bah ! usted ronca, caballero. Pero, en todo caso, no esta noche, porque no lo hemos oído.

—Lo celebro... ¡ Qué lentamente va este tren !... Y hemos tenido un gran retraso en Gerville. ¿ Sabe usted por qué ? Yo sí lo sé.

—Nos han dicho que esperaban á un gran personaje.

—Pss... Un gran personaje... Yo no le conocía ni siquiera de nombre.

—¿ Lo recuerda usted ?

—Se lo he preguntado á su ayuda de cámara, al que he encontrado comprando panecillos en

una estación. Parece que es Su Alteza Real el príncipe Otto Carlos.

¡ Mi hermano ! ¡ Mi hermano está en el tren !

—No es un príncipe muy famoso—explica solemnemente el gordo.—Sus parientes no le quieren ver porque ha hecho un casamiento estúpido. Los príncipes son como usted y yo...

—Gracias—dice Ludvigio.

Y añade :

—Ahora, no debe usted hablarme más, porque me fastidia.

El gordo mueve los ojos con alarma, recoge sus efectos y se sale prudentemente al corredor.

En cuanto sale, tomo con transporte la mano de la Reina.

—Señora, ya no estamos solos ; vamos á ser ayudados por mi hermano. ¡ Qué fortuna !

—No, Mariska. Vamos á estarnos aquí unos minutos después de la llegada, para no encontrar siquiera á su hermano de usted en el andén de la estación.

—¿ Por qué ?

—Porque los príncipes desterrados deben guardarse de todo contacto con los príncipes que han rebajado su categoría. No debemos penetrar en la sociedad aventurera de los que renunciaron deliberadamente á las prerrogati-

vas de su clase. Nosotros no las hemos renunciado ; nos las han robado...

Permanecemos, pues, cinco largos minutos en el vagón, hasta que un mozo viene á gritarnos brutalmente :

—Y bien, es París. ¿Qué esperan ustedes para bajar?

Esperamos á que mi hermano se haya marchado, que se haya mezclado con esa multitud activa que tanto le gusta, ignorando que ha viajado toda una noche con su hermana Mariska. Y esto es, acaso, lo más penoso que me ha sucedido desde que la fatalidad se encarniza conmigo.

Maillach nos había indicado el nombre de un hotel y se lo repetimos al cochero que nos conduce á la Reina y á mí. El príncipe Ludvigio ha tomado un automóvil para ir á hacer preparar el departamento. Tengo hambre y no me atrevo á decírselo á la Reina, tan inmaterial y siempre perdida en un sueño, con los mismos reflejos en aquellos ojos tan azules que no se sabe si son puros ó crueles. No me pregunta nada y me dice sencillamente :

—Le deberé á usted mucho agradecimiento, Mariska, no por lo que hace, sino porque no se queja usted nunca.

Soy de una raza tan alta y tan orgullosa co-

mo la de Su Majestad Elisabet, y aquella observación me ofende un poco. Desde que vivimos de este modo, vislumbro á pesar de todo á la mujer bajo la soberana, y mi respeto y mi admiración se resienten. ¿Dónde está la diosa de cabellos rubios á quien no se veía sino después de haber atravesado salones y salones y que aparecía en el último, sobrenatural, de una belleza cansada, de una indulgencia altanera, reina verdaderamente, que parecía haberse despojado de todas las materialidades?

Ludvigio nos espera á la puerta del hotel y viene á la portezuela.

—No se apee usted, madre. No puede usted figurarse el precio que piden aquí por un departamento. Me han dado otra dirección.

Nos ponemos de nuevo en marcha. Tengo hambre, tengo frío, tengo sueño y me siento humillada.

—Supongo—digo,—que llegaremos pronto. ¿Tan desprovistos estamos de dinero?...

—Me asombra—hace observar duramente la Reina, que se permita usted interrogarme.—El destierro no debe hacer olvidar la etiqueta. Es usted aquí una dama de honor como en palacio.

Corren de mis ojos gruesas lágrimas. ¿Las ve la Reina? Por lo menos, finge no verlas. ¡Ten-

dría yo tanta necesidad de ternura ! ¡ Es tan difícil á veces cumplir con el deber !

Instalémonos ahora. Tengo un cuartito bastante sumariamente amueblado, contiguo á otro más grande que ha sido reservado para la Reina, que está reposando. Lavada, bañada y con mi más coqueta bata de mañana, en honor de París, abro mi ventana y la capital, de sus grandes bulevares, me envía su tumulto al oído y su turbulenta alegría á los ojos. Desde luego, una impresión : aquí estamos bien escondidos ; tengo la sensación de una indiferencia amiga, de un pueblo que se codea indiferentemente con el lujo más deslumbrador y con la más sórdida miseria y para el cual las desigualdades sociales no tienen importancia. Veo en fila una carretela en la que se repantiga una hermosa dama, un carrito de mano en el que unos pobres han amontonado sus harapos, un automóvil lujosamente florido, un ómnibus cargado de gente y un pobre coche desvencijado como el que nos ha traído. ¡ Ah ! ¡ salir, salir sola y poder confundirse con ese raudal embriagador ! Pero no tenemos siquiera una doncella para protegerme.

La débil voz de la Reina :

— ¡ Mariska !

La Reina está echada en un sofá ; ha cerra-

do las persianas, la ventana, las cortinas, y está descansando á la luz de una lámpara eléctrica.

—Dispéñseme usted, Mariska ; he sido injusta hace un momento.

—Señora...

—Me hace sufrir el no estar allá... Pero, qué dichosos seremos cuando hayamos recobrado lo que hemos perdido. Y usted, amiga mía, cómo habrá ganado el ser Reina. ¿No me responde usted?

—Confío en Vuestra Majestad y también en la Providencia. Cúmplase su voluntad.

—Mariska, yo soy una compañera muy triste para una muchacha de la edad de usted. En cuanto al príncipe Ludvigio, sé que no se porta siempre con usted como debiera hacerlo. Es una naturaleza recta y ruda y no se encuentra tampoco en las condiciones de un prometido ordinario. ¿Pero no es verdad que es guapo mi hijo?

—Señora...

—Deje usted hablar á su alma ; abandónese con confianza, querida mía. Usted lo ignora todo de la vida y del amor.

Me ruborizo y la Reina continúa :

—Es imposible no amar á Ludvigio. La unión de usted con él ha comenzado entre lá-

grimas, pero por eso mismo será después dichosa. Créame usted y déjese guiar. Yo sé porque he sufrido...

El rumor de París toma proporciones tempestuosas y parece que estalla. Su Majestad cierra dolorosamente los ojos.

—Ese ruido—dice,—ese ruido es el del motín. Yo tendría necesidad de calma... Mariska, no se deje usted engañar por ningún espejismo. Será usted la mujer de un hombre verdaderamente fuerte. He puesto todo cuidado en la educación de mi hijo y he querido, ante todo, que no se pareciese á su padre. Sí, he dejado á mi hijo Herberto abandonado á su destino, y véalo usted, encuentro en él, y esto me estremece, todos los defectos del rey Segismundo. Ser la mujer de un soldado, de un corazón varonil, esto es lo que nosotras debemos desear... No he comprendido nunca al rey artista, irritable, nervioso; y él tampoco ha sabido comprenderme. Me he replegado entonces y he vivido una vida huraña hasta el día de la gran desgracia... Tiene usted delante, Mariska, á una mujer que no ha tenido juventud. La infancia, y, en seguida, la maternidad, una maternidad ansiosa y todos los horrores de la política, todo esto sin amor, sin la guía de una mano amiga. Usted, al menos, me tiene á mí...

No me atrevo á responder. No pienso siquiera en decir la verdad que me oprime y me ahoga. Lo que la Reina me propone, lo que me deja vislumbrar, es continuar su vida. Yo no sé nada del amor, pero adivino que el príncipe Ludvigio no me ama y que solamente el interés le impulsa á salir de vez en cuando de su mutismo malhumorado para decirme alguna trivial galantería. La Reina quiere persuadirme de que sería yo dichosa...

Hace un rato, por la ventanilla del tren, tuve una rápida visión; una casita muy humilde y uno de esos interesantes jardines en los que brotan á pesar del humo de los trenes, unos cuantos arbustos de hojas avaras; á la ventana de la casa, un hombre y una mujer. Jamás he envidiado la dicha de los pequeños, que me parece envenenada. ¿Me habré engañado? Aquellas personas estaban alegres y contentas de vivir, y parecían comparar sus destinos con el de los viajeros que pasan sin cesar por delante de ellos, persiguiendo alguna quimera...

—Además—añade la Reina,—si nuestros proyectos fracasasen, no tendríamos derecho á retener á usted. De un cambio de cartas con su familia, resulta que si dentro de un año, día por día, el príncipe Ludvigio no ha reconquistado el trono á que tiene derecho, cesará us-

ted en su función de dama de honor y se volverá á su patria.

Y añadió :

—Pero, consuélase usted, no necesitamos tantos meses... Los emisarios nos traen excelentes noticias. Nuestros amigos hacen allá un trabajo útil y tendremos una vuelta triunfal, se lo prometo á usted.

Fué la única conversación que tuve con la Reina durante nuestra estancia en París. Hacemos una vida de prisioneras. Todas las mañanas, una acompañante alemana me lleva al bosque de Bolonia. Esta muchacha tiene el buen gusto de permanecer muda ; su lengua no se desata más que cuando atravesamos las calles. La luxemburguesa se emociona entonces, tiembla, me ase por el brazo, llama á los guardias de orden público, blande, para detener los coches, un paraguas suplicante, lanza «¡ ach ! de terror y todo el mundo se burla de ella mientras yo ando tranquilamente sin preocuparme de su pánico ni de sus gritos.

Una mañana en que no salí por estar un poco delicada, oí, á eso de las diez, unos pasos de hombre en el cuarto de la Reina. Eran los del príncipe Ludvigio que se paseaba febrilmente. Y entendí el diálogo siguiente :

—Me das muchos disgustos, hijo mío—suspiraba la Reina.

—Yo preferiría reinar en Styria á tallar bancas en el baccará—respondió insolentemente Ludvigio.

—¿No hay más distracción que el juego para un hombre?

—En el círculo es donde encuentro partidarios que pueden ser útiles á nuestra causa.

—No pido más que creerte, pero dudo...

—Veo allí periodistas poderosos y hago amistad con jóvenes ociosos que, llegado el caso, podrán sernos necesarios. Pero hace falta dinero...

—Y yo no lo tengo. El trimestre está casi enteramente agotado.

—¿Quiere usted confiarme su collar, madre? Lo llevaré al Monte de Piedad y le desempeñaremos si la fortuna me sonrío y, de todos modos, cuando llegue la pensión de Styria... ¡ Ah! se me olvidaba decir á usted: Maillach me ha teleografiado; estará aquí hoy por la mañana.

—¿Buenas noticias?

—Todo un plan que nos va á exponer. Parece que ha llegado la hora de hacer algo. Pero prevengo á usted que, según lo que sé del tal plan, es terrible y va á correr mucha sangre.

—Nada debe detenernos. La felicidad de un país nace de esa sangre y en ella están teñidas todas las coronas...

—Déjeme usted divertirme un poco, madre, antes de tan dura tarea. Esa pequeña Mariska es siniestra; no puedo, verdaderamente, dirigirla una palabra. ¿Por qué no la ha dejado usted volverse á su país? No tendríamos que arrastrar detrás de nosotros ese peso muerto.

La Reina se calla. ¿Me va á defender? No.

—Mariska nos es útil—declara.

Ludvigio se va, y la Reina, inquieta de repente, se levanta, abre la puerta y me ve echada en la cama. Me llama: «¡Mariska!», y yo finjo dormir. No debo haber oído nada, pues parecería que había escuchado; pero si la Reina, con sus pálidos dedos, me abriera los párpados, rodarían los lagrimones que contienen.

El ruido de París sigue cantando bajo mis ventanas. París no sabe que allá, en el quinto piso de un hotel cualquiera, agoniza el alma de una princesita. Me parece que si lo supiera, ese París generoso vendría á libertarla y le enseñaría el secreto de su confianza y de su alegría.

—Aquí—me dice muchas veces la Reina, —con ventanas y cortinas cerradas y al res-

plandor eléctrico de una lamparilla, aquí estamos en Styria.

Y á la Reina le gusta su prisión, porque es, como ella, sombría, cerrada al rumor y al sol de la calle.

XVII

LA CONSPIRACIÓN

Ha sonado la hora. Estamos en una aldea de la frontera de Styria. Ludvigio se muestra muy resuelto á triunfar por todos los medios por lo mismo que su paso por París no se ha señalado más que por desastres. Las alhajas que la Reina había traído han sido vendidas para pagar las deudas contraídas por el Príncipe. Furiosos acreedores venían á insultarle hasta en el hotel, hasta en el cuarto de su madre. Maillach nos ha aconsejado que nos marchemos, pues ciertas notas de doble sentido insertas en los periódicos, dejaban adivinar que nuestro incógnito iba á ser descubierto.

Había también otra fastidiosa historia. Un criado de los que abren las portezuelas había faltado al respeto al Príncipe y fué medio es-

trangulado por él. El Príncipe tuvo que ir al despacho del prefecto de policía y darse á conocer para que se echase tierra al asunto.

Ahora, la suerte, está echada. La tragedia empieza de nuevo.

Espero... espero que todo pasará sin efusión de sangre, que habrá una especie de convenio de familia y que el príncipe Ludvigio reconquistará su corona sin teñirla en esa sangre de la que él parece tan ávido. Cualquiera diría que me tiene rencor por todo lo que le sucede. Había yo comprado en París un perrito que distraía á la Reina y que divertía mis largas horas de aburrimiento; el Príncipe, con el pretexto de que unos conspiradores no deben embarzarse con un perro, ha tirado el mío por la ventanilla de un vagón. Después, al ver que yo lloraba, se ha encogido furiosamente de hombros y la Reina ha dicho, para excusarme:

—Es una niña, Ludvigio.

Henos aquí inquilinos de un especiero y posadero de Litwenstein, pueblo de cuatrocientas almas. Este hombre, llamado Klinghus, es un partidario fanático del príncipe Ludvigio y todos los preparativos de la campaña deben hacerse en su casa. Ahora no me ocultan nada; al contrario, me hacen intervenir en todos los detalles de la aventura, con el designio preme-

ditado de conciliarse con mi familia. El tal Klinghus es obeso y alcohólico; tiene manos y cara de carnicero y sus ojos sangrientos y su mandíbula feroz me inspiran repulsión. Ludvigio ha hecho de él su amigo y juntos beben y tienen conciliábulo.

Ayer me ordenó el Príncipe que no me acostase.

—Esta noche, á las doce, debemos tener una conversación definitiva y necesito la presencia de usted y la de la Reina.

¡Qué espera hasta las doce de la noche, en un cuartito infecto, lleno del olor de los arenques salados que se venden abajo! Una bujía en una mesa grasienta y, delante de mí, un libro único: Los *Reisebilder* de Enrique Heine, cuya ironía me espanta en este momento.

La casa parece dormida. Las ventanas están cerradas. La Reina, sin embargo, vela al lado, y el Príncipe, revólver en mano, acceha en compañía del posadero, detrás de la puerta.

Llaman por primera vez.

—¿Quién va?

—El vendedor de manzanas de Augsbourg.

Cinco minutos después, tres golpes, la misma pregunta y la misma respuesta, evidentemente la seña convenida.

Llaman ahora á mi puerta y á la de la Rei-

na. Es la voz ahogada del príncipe Ludvigio :

—Bajad...

La tienda está obscura ; dos velas iluminan insuficientemente á los dos hombres que Klinghus presenta, igualmente, en voz baja :

—Este es Karl Birkheim. Vuestra Majestad le conoce...

El hombre murmura sordamente :

—Yo era enfermero del Rey. La Reina no me ha visto más que una vez... hace mucho tiempo. Siempre he servido fielmente á la Reina y no pido más que seguir. Diré solamente á Su Majestad que tengo mujer y dos chicos, y los recomiendo á su bondad si yo pereciese...

La Reina hace un esfuerzo, ofrece la mano al beso del hombre y dice después :

—Ahora le reconozco á usted y sé que es un buen servidor.

El otro hombre se adelanta.

—Yo me llamo Hermann y era sargento de la guardia. El príncipe Herberto me ha destituido por nada ; un detalle tonto del servicio ; un joven soldado que me había saludado mal y al que yo enseñé un poco vivamente la buena educación. Soy soltero y no pido más que ir adelante ; pueden ustedes hacer de mí lo que quieran ; mi cabeza no es famosa, pero mi brazo es sólido.

Klinghus impone silencio.

—Está bien. Creo que nadie nos observa, pero no conviene charlar. El señor Maillach os ha prevenido. Tendréis detrás de vosotros doscientos hombres resueltos.

—Habrá entre ellos, por lo menos, cincuenta traidores—dice en tono de ironía Birkheim. —¿Para qué me habla usted de sus doscientos hombres resueltos? Somos dos, Karl y yo, y esto basta. Dénos usted solamente órdenes precisas.

—Para eso conviene esperar á Maillach—dice el Príncipe.—Está más al corriente que yo mismo y conviene ante todo evitar las falsas maniobras.

Las doce campanadas de la media noche suenan lentamente. No puedo creer que se urda nada serio en aquella especiería, con aquellos quesos en fanal, aquellos pescados secos, aquellos paquetes de velas y aquellos toneles de melaza. Todo esto me parece bueno como decoración de una zarzuela. Pero, en el momento en que hago esta reflexión, los sucesos me dan un mentís. La puerta es conmovida de un puñetazo.

—Abrid ; soy Maillach.

Y aparece Maillach, lívido, sin sombrero y el brazo en cabestrillo.

—¿Qué hay?—pregunta la Reina.—¿Herido?...

—Un desconocido que me ha dado al pasar una puñalada en el brazo. Me han curado en una farmacia. No es nada ; no piensen más en mí.

Y añade, dirigiéndose á los dos hombres :

—¿Estáis dispuestos?

—Sí.

—Su Majestad el rey Ludvigio va á explicaros lo que espera de vosotros.

Prodúcese un silencio abrumador. Por fin, oigo la voz del Príncipe, una voz alterada y vacilante :

—Amigos míos, el momento es grave. Hemos resuelto arrancar el trono de Styria á los que le ocupan indebidamente. Vosotros estáis convencidos de la legalidad de nuestra reclamación. El único Rey soy yo, puesto que Segismundo está destituido. El Rey está loco.

—Lo sé—dice el enfermero ; me ha mordido.
—Y, además, decía cosas sin ilación...

—Mi venerada madre ha obrado siempre por los intereses de la dinastía y por el bien de la nación. Debemos apoyar lo que ella ha hecho, sacrificando valerosamente nuestras existencias. Yo estoy dispuesto.

—Nosotros también—responden los dos hombres y Maillach.

—No considero ya que se trata de mi padre y de mi hermano. Estamos enfrente de unos vulgares usurpadores á quienes hay que separar ó suprimir. Y hemos venido aquí para examinar los mejores medios. Madre mía, sírvase hablar la primera.

—Mañana—propone la Reina,—entramos en cortejo, sin armas; el pueblo nos reconocerá; nos rodearán nuestros partidarios y llegaremos así hasta palacio...

—La Reina olvida—interrumpe brutalmente Klinghus,—que se ha dado al pueblo una constitución y que el pueblo no ha acabado aún con ese antojo. Se nos detendrá, se nos conducirá á la frontera y habremos retrocedido en vez de avanzar.

—Vamos—dice Maillach,—habla, Klinghus, y propónnos tu plan.

—¡Diablo!—dice el especiero,—es menos seductor, pero más práctico. No tenemos tiempo de reflexionar acerca de los medios. De los dos usurpadores, uno sólo es consciente, el príncipe Herberto. Propongo suprimir al príncipe Herberto.

Un grito se ahoga en mi garganta. Espero. La Reina va á intervenir; su corazón de ma-

dre se va á estremecer y va á imponer silencio á ese inmundo asesino. No ; se calla. Y el príncipe Ludvigio dice :

—Continúe usted.

El hombre continúa :

—Hermann se ha entendido con uno de sus camaradas, el sargento Heinert, y mañana ocupará su lugar en el cuarto de guardia del palacio. Hay un relevo á las dos de la madrugada. El centinela que colocará Hermann será Berkeheim... tengo ahí los dos uniformes preparados. Encerrarán con cerrojo al rey Segismundo en su cuarto, y, después, se irán al del príncipe Herberto y cumplirán la misión que se les ha asignado.

Estoy á punto de desmayarme. Por fortuna me cubre la sombra y hago un esfuerzo supremo ; pero no oigo ya lo que sigue sino á través de una niebla. Las voces son nerviosas. Y ahora se previene todo : la prisión en masa y la degollación de los diputados, la Styria revuelta en un día.—Obraremos como el rayo—dice Maillach.—Las horas suenan lúgubrementemente durante aquel conciliábulo. Y la luz del día se filtra por las ventanas. Es el alba. A unos pasos se extiende la campiña de Styria, tan linda en el despertar de la acariciadora mañana. La tienda es invadida por hombres y más hombres, par-

tidarios reclutados por el celo fanático del pintor. Todos los detalles están fijados.

—Esta niña—dice la Reina designándome,—está muerta de cansancio. Vamos á retirarnos para prepararnos al día de mañana. Señores, vuestra Reina os bendice.

Subo, desfallecida, la escalera, entro en el cuarto de la Reina y me echo á sus pies.

—¿Qué tiene usted?

—Vengo á implorar la gracia del hijo de Vuestra Majestad.

—Herberto no es ya mi hijo. ¿No nos ha desterrado? ¿No ha contrariado mi voluntad? Cúmplase su destino; no puedo hacer nada.

—Piense Vuestra Majestad en ese asesinato abominable...

—Nuestro valor no debe ser el de los demás mortales; todo se inclina ante la razón de Estado. ¿Cree usted que no está martirizado mi corazón? Pero en nosotros toda sensibilidad es sensiblería, y debemos guardarnos de ella como de una mala acción. Uno de los fundadores de la Styria, Hans «El Terrible», tuvo, para reinar, que matar á su suegro de un puñetazo. Y el nombre de Hans es venerado. Lo repito, mi hijo no es ya mi hijo. ¿Ha podido usted creer que sus lágrimas de niña nos detendrían? He escrito al príncipe Herberto cartas supli-

cantes y ni siquiera ha respondido. Oculta la demencia de su padre para ejercer en su nombre el poder. Es un mal hermano y un mal hijo; cualquiera que sea el castigo que le alcance, será merecido.

—Pero yo, Señora, yo, ¿me hago Vuestra Majestad cómplice de un asesinato?

La Reina hace un movimiento brusco.

—Si está usted en esa disposición de ánimo, la hago encerrar en su cuarto y le pongo un guardia de vista...

Me inclino, salgo y me meto en mi habitación. Es preciso á toda costa que yo impida esa horrible acción. Busquemos ante todo recado de escribir. Encuentro un mal pliego de papel y lacre. ¡Bueno! Pero no hay tinta. He leído en las novelas que se puede escribir con sangre... Es inútil; el cajón de la mesa ha conservado, de un inquilino precedente, esta punta de lápiz cuya vista me inunda de júbilo. Escribamos:

«Príncipe Herberto, suplico á usted que vele mañana por su seguridad. Dé usted la alarma en palacio. Y fíjese en los centinelas.»

¿Voy á firmar? Sí; de otro modo podría no escuchar la advertencia. Ahora, bajemos. Hace un sol radiante y toda la casa reposa rendida por aquella noche. No puedo salir á la calle,

pero en el extremo del jardín hay una valla que da á una callejuela por la que pasan vendedores. Encontraré medio de hacer llegar esta carta á su destino. Por desgracia, no tengo dinero... Héme aquí en la valla, esperando. Pasa un hombre muy viejo, algún mendigo, que no me comprendería. Después una mujer que me da alegremente los buenos días y que parece mirarme con simpatía é interés... Si me atreviera... Pero está ya lejos. La llamo y no me oye.

¡Ea! cualquiera que sea el primer ser que se me presente, le confío mi carta. Si no me decido, el tendero puede despertarse y pueden sorprenderme.

Es un rubillo, de unos doce años, que pasa cantando :

*He prometido á mi noria
Buenas cerezas robadas...*

—¡Pequeño!

El chico se detiene.

—Señorita...

¿Cómo me arreglo? Es más difícil de lo que yo suponía.

—Pequeño, no le conozco á usted, pero me va usted á hacer un gran servicio.

—Con mucho gusto, señorita. ¿De qué se trata?

¡Qué linda fisonomía, tan franca, tan abierta, de dulces y sonrientes ojos! Creo que ha caído bien.

—Se trata de llevar esta carta á su destino. Hay que pasar la frontera y después irás á palacio y preguntarás por el príncipe Herberto.

—¡Pero los guardias me echarán!

—No; dirás que llevas un informe grave, *que de él depende la vida del Príncipe* y que vas de parte de la princesa Mariska. ¿Te acordarás de mi nombre? *Mariska*.

—Sí, señorita.

El chico me mira asombrado y lleno de admiración.

—Corre, mi buen amigo, y no temas; serás recompensado. ¿Quieres decirme tu nombre?

—Pedro Schauvitz. Soy hijo de un amigo del señor Klinghus.

Doy un grito.

—Devuélveme la carta.

El chico, asustado, echa á correr.

—Voy á preguntar á papá, grita.

Imposible alcanzarle; la valla está cerrada por un sólido candado y es demasiado alta para que yo pueda saltarla. Intentona frustrada. No entraba en mi ánimo, por otra parte, hacer

una delación. Tenía la intención de decir al príncipe Ludvigio: «No quiero hacerme cómplice de un asesinato, y acabo de advertir á su hermano de usted que esté alerta; ahora haga usted de mí lo que quiera.» El chico va á hablar. ¿Qué me van á hacer? Poco me importa. Tengo la conciencia tranquila.

La cosa ha ido más de prisa de lo que yo hubiera creído. Mi puerta es echada abajo, más que abierta, por la Reina blandiendo mi carta.

—¡Miserable! ¿Quería usted perdernos?

Digo que no con la cabeza. Es inútil discutir y explicarse. Conservo alta la frente. Ludvigio, que se presenta, dice con sarcasmo:

—Tiene usted buen modo de prepararse á sus deberes de esposa. Empieza por una traición. Pero gastará en vano los dientes y las uñas, querida. Arrojaría á usted de aquí de buena gana si no la necesitase. Desgraciadamente, la necesito y se quedará usted de grado ó por fuerza. En primer lugar, la encerraremos.

—Prevengo á usted que gritaré.

Apenas he hablado cuando dos fieras se precipitan á mí: el ex enfermero y el ex sargento, que me amordazan, me llevan, me hacen bajar la escalera de la casa y después la de la cueva. En el sótano me sueltan y la Reina me

designa una mala caja vacía y me arroja un chal.

—Se le traerá su comida y aquí estará usted hasta que los acontecimientos la hayan puesto en condiciones de no hacer daño.

¡ Tanto mejor ! He tenido miedo de que descubrieran algún diabólico medio de obligarme á acompañarles. En tiempo ordinario, me hubiera muerto de miedo en una cueva. Esta vez el roer de los ratones me parece amistoso y le prefiero á las voces de los seres que acabo de dejar. El olor de los toneles me es menos penoso que el de los arenques salados y el de las frutas podridas. Por un tragaluz, éntrame un poco la del día.

Hago entonces conocimiento con mi prisión y recobro también mi pensamiento. No se sabe bastante lo útil que puede ser en la vida el encontrarse unas horas, y hasta unos días, en un sitio cerrado en el que no se pueda leer ni mirar por la ventana y en el que se esté dedicado á sus propios pensamientos. Allí he comprendido que solamente madura la desgracia y que las terribles aventuras que me estaban sucediendo me conferían la personalidad que no pueden tener las princesitas dichosas.

Lo esencial, lo repito, es estar una en regla con su conciencia. No estamos ya, por fortuna,

en la Edad Media y es imposible que el derecho no acabe por triunfar.

Ante todo, establezcamos un plan. En cuanto esté libre huiré.

¿Pero por qué la idea de esta fuga me llena de una indefinible melancolía? ¿Por qué no es completa mi alegría ante la idea de huir de este país entristecido por uno de esos dramas dinásticos cuyo horror me espanta?

¿Dejo aquí, acaso, una amiga, un amigo?

La Reina, por la falsa idea que tiene de su deber, no me inspira ya más que una lástima temerosa.

El príncipe Ludvigio... No me atrevo á escribir lo que pienso de él; es indigno de llevar una espada, indigno de la corona é indigno sobre todo de ser amado...

No me queda más que el rey Segismundo y el príncipe Herberto.

Herberto...

En este momento veo perfilarse en el tragaluz, iluminada por una claridad turbia, la cara traviesa y graciosa del rubillo que me ha hecho traición .

—Señorita—dice como en un suspiro.

—¿Qué quieres? Debes de estar contento. Mira lo que has hecho. Por ti me tienen aquí encerrada. Vete.

—Señorita, escúcheme usted, se lo suplico. Creí hacer bien pidiendo á mi padre permiso para ir á llevar la carta que usted me había dado. Veo que me he engañado, y que he cometido una mala acción...

—Pues bien, te perdono. Vete.

—No, señorita; es mi madre quien me envía. Me ha dicho que podría, acaso, reparar en cierto modo el mal que había hecho.

—¿Puedo tener confianza en ti?

—¡Oh! señorita, le juro...

—Escúchame entonces. Vas á correr como una locomotora. Es preciso, ¿entiendes?, es preciso que entres en palacio y que veas, si no al príncipe Herberto, por lo menos á alguien de su séquito. Les dirás que vas de parte de la princesa Mariska y que les advierto que deben estar alerta y fijarse en los centinelas que velan por ellos y en todos los que los rodean. ¡Anda, buen mozo, y que Dios te guarde!

—He comprendido. ¡Que Dios proteja á usted!

La cabecita desaparece y me quedo sola. ¡Qué largas son las horas que transcurren! Pronto el tragaluz se obscurece y me quedo sumida en las tinieblas; la angustia me oprime...

Se abre la puerta. Es la Reina misma la que viene á buscarme.

—Salga usted—me dice.

¡Cómo llora! Antes de separarnos me dice :

—Estamos perdidos. Puede usted alegrarse.

Siento como un impulso hacia ella, pero me detiene con un ademán al mismo tiempo altanero y cansado.

Me atrevo al fin á preguntar :

—¿El príncipe Ludvigio está sano y salvo?

La Reina dice que sí con la cabeza y desaparece.

XVIII

EL ASESINATO

Los dos emisarios del príncipe Ludvigio han sido sorprendidos en el momento en que penetraban en el cuerpo de guardia de palacio. Les han encontrado puñales envenenados y, sometidos á un consejo de guerra, han sido fusilados en el acto. Han muerto con valor, pues el odio puede conducir al heroísmo ; esos bandidos eran desinteresados y no perseguían más que una venganza personal que ha fracasado gracias á mí.

El príncipe Ludvigio, en cuanto lo ha sabido, ha vuelto á pasar la frontera. La Reina, que esperaba una señal, no viéndola llegar, se ha refugiado en sitio seguro, en el que se le ha reunido Maillach y le ha hecho saber la triste suerte de su empresa.

Pero Maillach no se desanima. A este hombre le impulsa un celo inflamado y le conduce á las peores violencias y extremos. No quiere que cese la propaganda. Aquí se imprime un periodicucho que se vende públicamente en Styria, gracias á la libertad de la prensa, y que procede por insinuaciones p rfidas y por veladas calumnias. Este papel, escrito en el dialecto de los campesinos, afecta una actitud jovial y familiar. Le organizan asociaciones de descontentos y se unen á la causa los cortesanos ahuyentados por la ruda sencillez del príncipe Herberto. Se han procurado una lista de diputados ambiciosos   necesitados y se les prometen títulos   dinero. Hay una facción militar, pequeña á decir verdad, pero que, según dice Maillach, aumenta todos los días, y con la que cuentan para una intentona revolucionaria.

El príncipe Ludvigio est  paciente y confiado, según me parece.

Solamente la Reina permanece triste y pudi rse creer que se ha roto en ella una especie de resorte secreto. Ahora parece comprender los sentimientos que me hicieron escribir aquella carta ; no hablamos jams  de ese incidente y me llama con frecuencia   su lado. Mientras est  echada en un sofá, en actitud

pensativa, yo leo en voz alta, y sospecho que no me escucha casi nunca. A veces me callo y nos estamos en silencio veinte minutos ó media hora. Después la Reina sale de sus reflexiones estremeciéndose.

—Siga usted, hija mía—me dice,—como si acabara de callarme.

Le leo poetas franceses. La Reina prefiere á todos Alfredo de Vigny, noble y altanero y sufriendo sus dolores con desdén. Le gusta también Víctor Hugo cuyas fases de luz y de música la acunan dulcemente. Nada de autores de Styria, enamorada únicamente de la Naturaleza, que celebran á veces poco hábilmente; nada de filósofos alemanes, nada de Enrique Heine, el cual, según ella afirma con sonrisa supersticiosa, «le daba mala sombra.»

—Mariskita querida—me dijo un día en que yo me entusiasmaba leyendo los versos admirables del *Booz dormido*,—acaso estábamos hechas las dos para la vida de las demás mujeres. Todo cansa, hasta dominar, y empiezo á creer que no hay más que tres felicidades en la vida: ser una niña, ser una prometida y ser una madre.

Me acaricia el cabello y prosigue:

—Y todavía, sus esponsales de usted son crueles; pero la vida dispensa á todos la mis-

ma suma de goces y de dolores. Consuélese ; tiene usted aún que vivir toda una vida...

Toma un espejo.

—¡Cómo he envejecido !

Unos cuantos hilos de plata se destacaban en su hermosa y nutrida cabellera. La Reina sigue contemplándose en el espejo:

—Mariska, ¿puede usted imaginar que yo podré ser vieja, muy vieja ?

—Claro está, señora.

—Yo no ; se dice que cuando uno no puede representarse viejo, es una advertencia de la Providencia, que quiere hacerle morir joven. Tengo cuarenta años y me parece que estoy en el fin de mi destino. No tengo ya voluntad de vivir. Soy una vencida.

—¡ Oh ! señora...

—Se ha quebrantado en mí la energía ; me siento débil, me siento mujer. Hace unos días era capaz de todas las resoluciones ; ahora soy toda dulzura ; me espanta la mujer que he podido ser ; deseo el claustro y me repito la frase de un novelista francés, Balzac me parece ; «A los corazones heridos, la sombra y el silencio...»

—¡ El claustro !

—Cuando ha desaparecido la juventud se concibe la dulzura de un retiro absoluto. Mariska,

en mi infancia, visité un antiguo claustro de mi país. Los solitarios que le habitaban han huído hace siglos; poco á poco, los antiguos muros se han venido abajo y sólo quedan unos pilares de la capilla y los subterráneos colmados por la hierba y por las flores. Pero la paz augusta, la paz soberana, que todos aquellos heridos del mundo iban á buscar, permanece allí eternamente. Es un momento de calma, de renuncia, de paz absoluta, que nos cae en los hombros. Allí, naturalezas escogidas han esperado apaciblemente la muerte después de las tormentas de la juventud. Yo buscaré sin duda un asilo semejante. En parte alguna es el sol más dulce que en el peristilo de un convento; llega allí apaciguado; su risa, que ofendería en otra parte, no es allí más que una sonrisa, y la felicidad consiste en no esperar ya nada, en no desear nada, en vivir para el día que pasa sin pedir nada al de mañana. Así, de un momento á otro, se gana la sabiduría...

Jamás he visto de este modo á Su Majestad Elisabet. Lleva dos semanas como sumida cada día en un ensueño más profundo, sin escuchar siquiera al príncipe Ludvigio que viene, en el crepúsculo, á darle cuenta de los progresos de su propaganda. Mi deber se va ha-

ciendo así más difícil, porque no sé qué actitud tomar con esta alma agonizante.

Una radiante mañana de marzo, la Reina me recibe amablemente.

—He resuelto sacudir todos estos velos negros—me dice ;—el tiempo está magnífico ; vamos á dar un paseo á caballo. Como es día de mercado iremos al campo y nadie reparará en nosotras. Klinghus se ha procurado dos buenos caballos de picadero y vamos á divertirnos mucho, Mariskita.

Ayudo á la Reina á ponerse la amazona, y mientras se mira en el mal espejo de la chimenea, está cantando con su voz pura una canción que aprendió á los ocho años y que empieza con estas coplas :

Hans el jorobado
Fuma una pipa de azúcar roja
Y lanza al cielo
Bocanadas imaginarias...

Hans, pequeño Hans,
Tú serás poeta un día...

Hans el jorobado
Se mira al espejo
Y se ve guapo,
Y no comprende que se burlan de él.

Hans, pequeño Hans,
Tú serás poeta un día...

Hans tiene una hermosa levita,
Un bello sombrero de seda castaña,
Hermosos guantes de seda,
Hans no ve su joroba...

A mi vez estoy dispuesta. Partamos.

Por una casualidad milagrosa, los caballos que nos trae un criado del picadero no son malos; parecen tan impacientes como nosotras por ir á pasearse y los contenemos difícilmente durante toda la travesía de la población. Hemos aquí en un bosque. La Reina galopa delante de nosotros; yo permanezco detrás; el criado está á unos veinte metros. La imprudencia de esta salida es loca. No sabemos si se conoce nuestra presencia en este país vecino de Styria y que sostiene buenas relaciones con su gobierno actual. En todo caso, se nos tolera simplemente y si somos vistas puede venir el decreto de expulsión. Y habrá entonces que volver á la vida errante. Porque no tengo ya fuerzas para huir y abandonar á esta desgraciada que no tiene á nadie más que á mí. Lleno una misión á su lado, y quién sabe si mis largas y mudas oraciones habrán traído esta transformación que se está operando en su alma...
¡He rogado tanto por ella!

La Reina detiene su caballo, bañado en su-

dor. El criado llega alarmado y dice bastante groseramente :

—Señora, el dueño del picadero prohíbe que se canse así á sus caballos. Habría para hacer reventar diez de pura sangre.

Mientras habla, mira á la Reina y la reconoce de pronto. Agítale una especie de temblor y se quita el sombrero.

—¡ Oh ! perdón—exclama,—perdón...

Sin decir palabra, la Reina sigue su camino al paso y me ruega que me ponga á su lado. La embriaguez de la carrera le ha puesto rojas las mejillas. ¡ Qué joven parece ! No puedo menos de decírselo, y se encoge de hombros. ¡ Qué le importa !... Después se da golpecitos en la rodilla con el mango de la fusta.

—Mariska—me dice al fin,—¿ qué haría usted si me ocurriese una desgracia ?

—No lo sé, señora, no quiero pensar...

—Debería usted volverse en seguida á su país. ¡ Pobre Mariska ! Se han desembarazado de usted ; usted lleva el peso de la desobediencia fraternal.

—Señora, yo no deseo nada más que permanecer á su lado.

—Agradezco á usted que me lo diga ; su presencia es para mí un gran alivio.

Después de hora y media de paseo, entra-

mos en una granja. No hay allí más que una abuela muy vieja y un niño de tres años que traga glotonamente una sórdida pitanza. Aquel cuadro está animado por la más linda luz que puede imaginarse; la Naturaleza se prepara al despertar primaveral y se respira alegría en aquella humilde pieza.

—¿Tiene usted leche y huevos, buena mujer?

Hay que esperar, primero, que el pequeño se haya tomado su sopa. En seguida, la abuela se levanta y nos trae un refrigerio. Se ve que aquella humilde mujer ha servido siempre á los demás y se ha olvidado de sí misma. La Reina apenas toca al tazón de leche que tiene delante. Un hombre y una mujer penetran en la sala, y la Reina arroja una pieza de oro y me propone andar un poco por la costa vecina. Los campesinos nos miran, asombrados de aquella munificencia, y no piensan siquiera en darnos las gracias. Están en pleno cuento de hadas...

—En otro tiempo—me dice la Reina,—servía yo á veces el desayuno á mis hijos, pero como me estaba prohibida toda sencillez, tenía que volver muy de prisa á la soledad de los grandes.

Me agarra del brazo y continúa :

—El Rey y yo no nos comprendíamos. Reinaba él en un país recientemente libertado de un opresor funesto, un país que respiraba al fin y que había sido organizado por un cerebro genial. Yo soñaba con actividad y conquistas. Mi ambición reclamaba presas. ¡Ah! Mariska, si me hubiese equivocado, sin embargo...

Llegamos á la costa. El mar está irritado y gruesas nubes cubren el cielo.

—Señora, va á llover...

La Reina está insensible y muda. Las primeras gotas, anchas y cálidas, que caen sobre nosotras le producen una especie de embriaguez. La tempestad estalla de repente, terrible, y breve; estamos caladas, pero el cielo, lavado, aparece de un azul pálido.

—Busquemos los caballos y volvámonos—dice la Reina.

Veo á lo lejos al criado que corre á nuestro encuentro al trote largo de su caballo y trayendo los nuestros.

—Daremos una galopada para calentarnos, Mariska. ¡Bah! usted tiene su juventud.

En este momento, un individuo que venía detrás de nosotras llega á nuestro nivel. Dominada por un presentimiento, detengo á la Reina y el hombre se dirige á ella :

—¿Quién es usted?—le pregunta.

La Reina no responde, y él repite :

—¿Quién es usted? Yo voy á decirlo. Es usted la reina Elisabet y el pueblo de Styria la maldice.

¡Cuánto tarda en llegar este criado! La Reina sigue su camino sin decir palabra, muy pálida. De repente, sin que yo pueda hacer un movimiento, el hombre se precipita hacia la Reina, le da un golpe violento en la espalda y huye. La Reina cae sin dar un grito. Sus primeras palabras son :

—¿Qué hay?

Le tomo la cabeza en mi brazo.

—¿Sufre usted, señora?

—No.

—¿Ese hombre le ha dado un puñetazo?

—Eso creo.

—¿Se siente usted débil?

—Muy débil ; pero dentro de unos minutos espero poder montar á caballo.

Aquí está el criado ; viene trayendo vigorosamente sujeto al bandido que acaba de atacar á la Reina. Acude gente y se apodera de él.

La Reina, entonces, se pone pálida, de una palidez horrorosa, y siento correr sangre á mis pies.

—¡ Le ha dado una puñalada !—exclama el criado.—¡ Pronto, un coche !

Cerca de allí hay una carreta de campesino y se transporta á ella á la Reina ; subo con ella y entramos así en la alegre granja en que hemos merendado hace un momento. Un curandero de aldea me ayuda á desnudar á la soberana, á la que se hace una cura apresurada. Ahora hace oír una queja débil y continua y su boca dibuja un gesto de sufrimiento. Haría falta un médico. Y grito :

—Id á buscar socorros. ¡ Es la reina Elisabet de Styria !

La sala se queda vacía y la gente huye en todas direcciones. Nadie quiere asumir la responsabilidad de cuidar á una reina, y esta mujer se va á morir. Mis cuidados son torpes ; me tiembla la mano. La Reina quiere hablarme. Oigo cómo un aliento :

—Gracias.

—No hable usted, señora ; dentro de unos minutos estará aquí un médico. No está usted peligrosamente herida...

Y ella me responde :

—Voy á morir.

Y añade como si se desinteresase de su suerte :

—Es dichoso para usted. Le pido perdón, Mariska.

Estoy empleando toda mi voluntad para no llorar, pero al oír sus últimas palabras mi corazón estalla y rompo á sollozar.

—Quisiera ver á mi Ludvigio ; que le digan que venga.

Cuando llega el médico, no puede menos de observar que la Reina está perdida. Se la confió á la granjera y voy á hablar con el médico cuando se marcha.

—Está perdida—me dice ;—déjenla ustedes tranquila ; es imposible que salga de esta noche ; el miserable no ha errado el golpe.

El criado está allí y le pido que vaya inmediatamente á prevenir al príncipe Ludvigio.

—Señora—digo al entrar,—el príncipe Ludvigio estará aquí dentro de unos minutos, pero el doctor se muestra tranquilizador ; en pocos días estará usted curada.

—Lo estaré mucho antes—tuvo la fuerza de decirme con una sonrisa que significaba : «Estaré curada del más horrible de mis males, que es la vida.»

Ahora, hay que esperar. Para la que sufre un martirio acostada en aquella mala cama de aldeano, cada segundo es un paso gigantesco hacia la eternidad. Una cosa muy sombría ha

entrado aquí. Es la muerte que espero y que va á llevarse esta alma de duda y de dolor ; es la muerte que espera esa gente agrupada en el fondo de la pieza, esa gente cuyos ojos están dilatados de temor y de horror, desde la abuela inclinada hacia la tumba, la abuela encorvada y vetusta, hasta el lindo niño, tan grave de repente ante aquel drama obscuro.

Y repito estúpidamente :

—¿Sufre usted, señora?

—Tengo sed.

Le doy de beber.

—¿Se sabe—añade,—por qué me quería mal ese hombre?

Una voz responde :

—Ha dicho que no obraba por instigación de nadie, que no es anarquista, que odiaba á la Reina, simplemente, y que trataba de encontrarla hacía años...

Un pesado silencio nos oprime.

—¿Su nombre?—pregunta aún la Reina.

Se le responde un nombre cualquiera, al azar

—¿Es un styriense?

—Sí.

—Que le sea perdonado...

Su Majestad, al ver que yo lloro, murmura aún : «¡Silencio!» ; y añade : «Me siento mal

ahora...» Por fin pregunta qué hora es, y cuando se lo digo, explica :

—Es para saber si Ludvigio estará aquí pronto.

Esa es ahora su única preocupación. El amor de aquel hijo había invadido su corazón hasta el punto de no dejar sitio para ningún otro sentimiento. Y al pensar que va á morir, aquella madre apela á todas las pobres fuerzas que le quedan para besar por última vez á su hijo. Miento cuando me pregunta por tercera vez qué hora es con aquella voz que no es ya de este mundo : «Las cuatro y cuarto, señora.» Y son las cinco.

—Ya debiera estar aquí—me dice.

—No, señora, es imposible ; dentro de cinco ó seis minutos solamente.

Al cabo de un cuarto de hora de espera, se oye á lo lejos, en el campo, el galope de un caballo.

—Vaya usted á tranquilizar á Ludvigio—me dice la Reina ;—es preciso que no sepa... Vaya usted...

Pero el criado vuelve solo y yo junto las manos, torturada.

—¿No ha encontrado usted al Príncipe?

—Sí, señorita.

—¿Por qué no le trae usted, entonces?

—Es imposible ; su estado...

—¿Herido?

—Nada de eso.

—Explíquese usted, entonces.

—...Borracho.

—¿No ha tratado usted de traerle, de arrastrarle hasta aquí?

—Ha caído en un sueño del que es imposible sacarle. No oye nada... Parece que esto le ocurre con frecuencia.

La Reina morirá sin ver á su hijo. Cuando entro sola, una horrible ansiedad se pinta en sus facciones.

—Su hijo está muy bien, señora—digo.

Ella suspira :

—Estaría aquí.

—Señora, juro por la salvación de mi alma que Ludvigio está vivo y libre de toda herida.

—¿Por qué no está aquí?

Hay que decir la verdad. Voy á hacerlo y la Reina se me adelanta :

—¿Ebrio?

Bajo la cabeza.

Todo el mundo se ha marchado de nuevo, todos han desertado de la sala en que va á entrar la muerte. Solamente queda allí un hombre, el representante de la autoridad. Aquel hombre tiene piedad de mí.

—Descanse usted un poco, señorita..

Me niego. En este momento, por una de esas crueles injusticias de los enfermos y de los moribundos, la Reina murmura :

—Morir, á mi edad, en los brazos de una extraña...

Debo cumplir mi deber hasta el fin, y digo :

—No, señora, no morirá usted ; no está siquiera peligrosamente herida. Descanse usted ; es todo lo que se le pide. Mañana verá usted al príncipe Ludvigio y le prometo que estará curada en ocho días.

La Reina vuelve á querer vivir y me dice infantilmente :

—Ocho días son largos ; ya sabe usted, Mariska, que no me gusta estar acostada.

—Puede ser que sólo dos ó tres días...

—Scré prudente, no me moveré, no hablaré.

—Eso es.

Y siempre esta pregunta que me viene maquinalmente á los labios :

—¿Sufre usted?

—Muy poco ; estoy entrando en una dulzura desconocida .

Y añade :

—Lea usted...

Llevo siempre un libro en el saquito que

pende de mi cinturón, á fin de leer á la Reina cuando manifiesta ese deseo. Hoy son las conversaciones de Goethe, recogidas por Eckermann.

Reanudo el pasaje interrumpido el día anterior.

«Goethe lo contaba todo con los mayores
»detalles y yo admiraba su feliz memoria. He
»tenido, dice, la gran ventaja de haber nacido
»en un tiempo durante el cual se produjeron
»los hechos más grandes de la historia del
»mundo, que se han prolongado toda mi larga
»existencia. He sido testigo viviente de la gue-
»rra de los Siete Años, en seguida de la sepa-
»ración de la América y la Inglaterra, después
»de la Revolución francesa y, en fin, de toda
»la era napoleónica hasta la ruina del héroe y
»los acontecimientos que la siguieron. De este
»modo ha llegado á resultados y puntos de vis-
»ta diferentes de los que pueden tener los que
»nacen ahora y tienen que darse cuenta de los
»sucesos por medio de libros que no compren-
»den. Es imposible profetizar lo que el por-
»venir nos reserva, pero creo, sin embargo,
»que no llegaremos tan pronto á la tranquili-
»dad. No le es dado al mundo el ser moderado,
»á los grandes el no permitirse ningún abuso
»de poder ni á las masas el contentarse con

»una situación mediana mientras llegan las
»mejoras sucesivas. Si se pudiera hacer per-
»fecta á la humanidad, se podría pensar en un
»estado social perfecto ; pero como será eter-
»namente vacilante, yendo tan pronto á la
»derecha como á la izquierda, una parte esta-
»rá expuesta á sufrir mientras que la otra go-
»zará de bienestar ; el *egoísmo* y la *envidia* son
»dos malos demonios que nos atormentarán
»siempre y la lucha de los partidos no acabará
»jamás. Lo más razonable es que cada cual ha-
»ga su oficio, para el que ha nacido y que ha
»aprendido, y que no impida á los demás hacer
»el suyo ; que el zapatero permanezca al lado
»de sus hormas, el labrador de su arado, y que
»el príncipe conozca la ciencia del gobierno.
»También éste es un oficio que hay que apren-
»der y que no se debe pretender cuando no se
»conoce.»

La Reina cierra los ojos en señal de asenti-
miento. Se acabó, ya no volverá á hablar. Súr-
case de sombras su cara, se abre la puerta y
aparece un sacerdote. No sé qué personas me
sacan de allí.

La que tan ardientemente deseó el poder de
este mundo no es ya más que un débil aliento
expirante.

Ha sufrido mucho ; séale todo perdonado.

XIX

LOS FUNERALES

El cuerpo de Su Majestad Elisabet acaba de entrar en Styria. El rey Segismundo la ha perdonado. En adelante no es ya una esposa perjura, sino una reina respetada cuyo recuerdo se debe honrar. Y yo misma estoy en Styria, alojada en el palacio real, velando á la que fué mi augusta señora.

En la frontera esperaba un simple ataúd y le he seguido sola y á pie; detrás de mí venían el rey Segismundo y el príncipe Herberto. El príncipe Ludvigio no ha pedido siquiera un salvoconducto. Tiene á la muerte el horror y el odio de aquellos cuya conciencia no está pura.

El asesino será trasladado á Styria, donde tendrá toda su vida para meditar su acto infame y para expiarlo en las tinieblas de la

prisión perpetua. Según una antigua costumbre de Styria, las casas, á nuestro paso, están colgadas de blanco; se ha echado mano de todas las telas blancas que se han podido encontrar, desde las sábanas hasta los velos de las casadas. Doblan las campanas. El aire está como bañado en alegría y las lágrimas salen de mis ojos como si se librasen de una cárcel; más ha valido para la Reina la muerte que una vida como la que arrastraba. ¡Después de esa existencia sombría, qué florida y luminosa parece la muerte!

Doblan las campanas; el pueblo está arrodillado; caminamos en medio del silencio y del recogimiento. En la puerta del palacio, el arzobispo recibe el cuerpo y le bendice. Y después me inclino delante del rey Segismundo y del príncipe Herberto, cuya cara me parece alterada de dolor.

Y heme aquí, en mi claro quartito de dama de honor. Aquí es adonde llegué, en una inolvidable mañana de mayo, muy pequeña todavía—¡y hace tan poco tiempo!—No sabía de la vida más que las lecciones que se nos dictan, y me la representaba como una de esas calles de jardín, muy rectas, muy nobles y un poco fastidiosas en las que se anda por arena fina, entre dos hileras de árboles bien podados.

Es otra cosa...

Han dejado mi cuarto tal como estaba cuando yo le dejé. Hay solamente en mi mesa un fresco ramo de miosotís. ¿Qué mano ha puesto aquí estas graciosas flores del sentimentalismo alemán? *No me olvides...* No he olvidado nada y experimento gran dulzura al volver á estos lugares en los que, sin embargo, no he sido dichosa. Recuerdo que, un día, la Reina quiso ver mi cuarto y le encontró muy pequeño, demasiado pequeño para la que debía ser esposa de su amado hijo Ludvigio...

La evocación de este nombre me recuerda una misión, y hago pedir por el Gran Mariscal de la corte, una audiencia inmediata al príncipe Herberto, que me recibe. Está caído en un sillón de su biblioteca, con la cabeza entre las manos. No llora, reflexiona profundamente.

—Vuestra Alteza me dispensará...

—Mariska, ¿quiere usted llamarme Herberto?

—Con mucho gusto; Herberto, tengo que pedir á usted una gracia...

—Hable usted.

—Se trata del príncipe Ludvigio. El pensamiento de que no seguirá los funerales de su madre me llena de angustia y de pena. Era lo que ella quería más en el mundo...

—Yo no hubiera rehusado á mi hermano el rendir los últimos honores á su madre. Es él quien no ha querido. «Yo no puedo, ha dicho, »pasar la frontera de Styria más que Rey ó »sublevado.» Y yo no he insistido. Su presencia, por lo demás, hubiera sido una causa de desorden y quiero que los funerales de la Reina se efectúen en paz y con el respeto de todos.

—No me tenga usted rencor por este paso, Herberto.

—Es el corazón el que se lo ha dictado. No olvido, Mariska, que debo á usted la vida. Sin usted, mi padre y yo hubiéramos sido asesinados. Debo á usted mucho, si es que se puede decir mucho cuando se trata de mi existencia.

—Herberto...

—Descanse usted, Mariska; su misión no terminará hasta después de la ceremonia fúnebre. Formará usted parte de la guardia de honor con nosotros.

Nos estrechamos la mano y nos separamos.

El palacio está invadido por una actividad fúnebre. El cuerpo de la Reina, embalsamado, ha sido expuesto en traje de gala en una cama imperial de terciopelo carmesí, en la sala del trono. Los grandes oficiales y el clero rodean el cuerpo. El rey Segismundo, de rodillas, no

cesa de orar, mientras todos los cuerpos del Estado, los funcionarios y los delegados de las corporaciones, echan agua bendita.

Y entre los pésames oficiales y las caras convencionalmente entristecidas, que recobrarán dentro de un momento la expresión de júbilo, de odio ó de ambición que han abandonado en la puerta, tengo el consuelo del abrazo fraterno. ¡El príncipe Otto Carlos está aquí! Me dice que me ha buscado mucho... Jamás sabrá que ha estado tan cerca de mí durante largas horas, y que no ha podido verme por culpa de la que duerme en aquel lecho solemne, santificada y redimida por sus sufrimientos y por el agua lustral.

Estamos en el día de los solemnes funerales...

El cortejo se desarrolla bajo un cielo de fiesta y de sonrisas. Un prior, vestido con una túnica de terciopelo negro adornada de cuatro escudos con las armas de la Reina, precede al inmenso cortejo salmodiando con voz uniforme :

—¡Elevad vuestras oraciones á Dios, por el alma de la cristianísima Reina, nuestra Señora soberana! ¡Rogad á Dios por su alma!

Vienen en seguida cincuenta delegados de la burguesía, vestidos de luto y llevando cada uno

un cirio en la mano; el Arzobispo; cien pobres vestidos de luto y llevando antorchas; el caballo de la Reina enjaezado de luto; los lacayos, la familia real, los embajadores, y, á la cabeza del servicio de la Reina, yo.

La conciencia del deber cumplido me sostiene. Siento una gran piedad por aquella cuyos despojos mortales sigo religiosamente. ¡Pobre mujer! Tales son las palabras que danzan ante mis ojos. ¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! Y me repito también esta frase de Goethe á Eckermann, la última frase humana que Ella ha oído: «...la ciencia del gobierno... pues también esto es un oficio que hay que aprender y que no se debe pretender cuando no se conoce...»

Pero al paso del cortejo ha ocurrido una cosa espantosa y de un efecto que pluma alguna sabría describir. *No hay nadie*. El pueblo, movido por una prodigiosa consigna, se ha abstenido. Respeta á la que fué esposa de su rey, pero ha desertado de las plazas, las calles y los arrabales. Las ventanas están cerradas y no se ve ni una cara detrás de un visillo levantado. El pueblo ha enviado sus delegados y ha huído hacia los verdes campos. La que pasa no ha comprendido á aquel pueblo ardiente y generoso. Siguió siendo de otro tiempo, cre-

yendo que se encorva el que se inclina. La pompa magnífica del cortejo ha encontrado insensibles á los curiosos. Y los grandiosos funerales de esta Reina son más pobres que un convoy de mendigo.

Detiéndose el cortejo. El decano de la capilla real y el gran capellán presentan el cuerpo á la entrada de la iglesia, y el cadáver es puesto en seguida en un catafalco, en el centro del coro. El gran capellán dice una misa solemne. Y, después del Evangelio, el Arzobispo pronuncia una oración fúnebre, corta, muy corta... Terminada la misa, cuatro obispos bendicen el catafalco. Después de la absolución, doce guardias bajan el ataúd á la fosa regia y el gran capellán echa una palada de tierra salmodiando :

—*Requiescat in pace.*

Se me entrega una mano de justicia que debo arrojar según el antiguo rito de Styria.

¡ Descanse en paz !...

«A los corazones heridos, la sombra y el silencio...»

¡ Descanse en paz. Que su inteligencia, tan viva, que su alma de desdén, que su espíritu de dominación, no sean más que bondad desparramada. Que descanse en paz, esta mujer no comprendida, esta mujer martirizada, reina

asesinada por el odio de su pueblo... ¡ A tantos otros les son tan leves sus faltas ! Y ella no hizo daño sino porque necesitando un poco de amor no pudo encontrarlo en parte alguna. ¡ Descanse en paz ! Yo guardaré siempre de ella un recuerdo de belleza.

XX

EL ALBA DE LA DICHA

He dejado el palacio después de la ceremonia fúnebre. El rey Segismundo me ha besado la mano y me ha estrechado contra su corazón. He cambiado una breve despedida con el príncipe Herberto, que se ha contentado con murmurar : «Hasta muy pronto.»

Instrucciones de mi familia me llaman, pero el príncipe Otto Carlos ha obtenido la autorización de tenerme á su lado tres semanas á cambio del abandono de un privilegio que se quiere reservar para su primo—privilegio que, por otra parte, le tenía sin cuidado.

La reina Elisabet, hablando de mí, me había considerado como una extraña... ¿Hasta cuándo seré una extraña en todas partes? Y hete aquí que en esta árida existencia, se me

presentan tres semanas de felicidad al lado del único ser que se interesa por mí.

Cuando me presento á mi cuñada, se contenta con sonreír, sin levantarse, porque está dando de mamar á un niño. Mi hermano se ha vulgarizado singularmente; vive día y noche en traje de caza, aunque no caza nunca y sencillamente porque con ese traje está más cómodo. También le conserva para comer.

—Hermanita—me dijo el primer día,—¿tú no exiges el frac, eh? Por lo demás, el cuadro se presta poco.

Estamos en una especie de casilla forestal, que me parece que forma parte de las dependencias de palacio, aunque mi hermano dice que la ha alquilado. La casilla huele á madera nueva como las casitas de juguete de Nuremberg que tanto me divertían en mi niñez. Las paredes están tapizadas de cretona y no hay alfombra en el suelo, pero mi ventana está enfrente de un árbol colosal y yo participo de la vida de ese árbol. Soy la inquilina de un roble poblado de ruidosos pájaros. ¡Y todo esto me parece tan bonito!

Mi cuñada me llena de estupefacción. ¿Cómo una criatura puede consagrarse á un papel tan pasivo y tan resignado? La quiero con el bueno y tosco cariño que se tiene á un perro poco in-

teligente, pero serio y adicto. La mujer de mi hermano se consagra á todos con una magnífica, perpetua y poco molesta generosidad. Amamanta y cuida á su hijo ; prepara las comidas de mi hermano ; coge las flores que me gustan en el bosque y dispone el resto de su tiempo en favor de unos cuantos animales que casi no se separan de sus faldas protectoras. Mi hermano hablaba el otro día de esos moscardones efímeros cuya vida cabe entera en el espacio que media entre una aurora y un crepúsculo. Y mi cuñada se echó á llorar. Toda la mujer oscila, acaso, entre la altanera indiferencia de la Reina y la sensiblería exaltada de mi cuñada.

Tenía gran necesidad de esta vida campes- tre y lo echo de ver en la especie de sopor en que vivo. Sobre todo, no quiero pensar en nada, ni siquiera en el porvenir. Voy á volver á em- pezar una vida de fausto y de soledad en una Corte sombría y enlutada, y después se me expedirá hacia algún príncipe que desee una alianza fructuosa y un dote aceptable y al que no asuste mi lamentable novela de ex promc- tida. He vivido ya demasiado para ser una princesa, y no pido ver más de la vida.

Mi hermano ha dejado de tratarme como á una chiquilla que recobraría con gusto la mu-

ñeca. Sabe que difieren nuestras opiniones sobre varios puntos esenciales y siento á veces entre nosotros cierta molestia que proviene de ese desacuerdo. Con frecuencia tropiezo en él con una especie de resistencia desconocida en la que encuentro no sé qué de *pueblo*. Y ciertas ideas tuyas me harían reír si no le quisiese tiernamente. Un día le dije :

—Otto, puesto que tienes horror á vestirme y desnudarte, voy á proponerte una distracción que no te costará más trabajo que descolgar una escopeta.

—¿ Vas á proponerme que vaya de caza?

—Sí.

—Pues bien, no, Mariska, no puedo realmente...

—Si la caza ordinaria te aburre, haz ensillar caballos y cacemos con galgos.

—Menos todavía.

—¿ Por qué?

—Cuestión de principios, Mariskita.

—¿ Qué principios son esos, Dios mío?

—Yo no mato...

—Pero, Otto, permítame que te diga que aprovechas los crímenes de los demás, puesto que comes carne.

—Es una inferioridad ; mi hijo no comerá más que vegetales.

—¿Crees que no hará daño á los inocentes espárragos que coma y á los guisantes inocentes que se cuezan para él?

—Sí, pero menos.

—Otto, tú no eres serio.

—Mariska, he decidido que mi vida se dirija á este fin : Hecer á los demás el menos mal posible. Y obro en ese sentido. Y los demás son todos los demás ; hasta los animales.

—¿Vas á hacerme creer que yo soy mala?

—No eres mala, pero ignoras la bondad.

—¿Vas á decirme que no quiero á los animales?

—Quieres, por egoísmo, á los que te sirven, á los perros que te divierten y á los caballos que te llevan ; pero asistes con indiferencia al cobarde asesinato de una cierva.

—Cuidado, Otto, te vas volviendo evangélico.

—Y tú también, hermanita, ten cuidado : no se tiene más que el marido que se merece y te compadecería si cayeses en poder de un esposo...

—¿Qué quieres decir?

—Que existe el príncipe Ludvigio y el príncipe Herberto.

—Me pregunto qué tiene que ver con todo esto el príncipe Herberto.

—Has tenido tiempo, sin embargo, para examinar lo que podía ser un mal príncipe... Ahora bien, el príncipe Herberto es justamente lo contrario del príncipe Ludvigio.

—Las estampas que se nos daban cuando éramos niños : el buen príncipe y el mal príncipe...

—Si quieres. Creo, por mi parte, que un ser desprovisto de sensibilidad no puede ser verdaderamente fuerte ni grande.

Durante esta conversación, la barba bastante inculta, de mi hermano no ha cesado de sonreír ; porque es su barba lo que sonríe y no sus labios, que no se ven. Yo estaba roja de cólera y más indignada aún porque sentía una vocesita estúpida que no cesaba de repetir en mí : «¡ No tienes razón ! ¡ No tienes razón !»

Al día siguiente, almorzando, dije á quemarropa :

—Otto, tendrás la bondad, ¿verdad? de no hablarme nunca de los príncipes Ludvigio y Herberto, ni del rey Segismundo, ni de la reina Elisabet ni de nada que se refiera á Styria, que voy á hacer todo lo posible por olvidar.

Mi cuñada acude en mi ayuda.

—La Princesa tiene razón. Todo eso se acabó y, á Dios gracias, va á recomenzar otra existencia, lejos de aquí.

Mi hermano, que está decapitando plácidamente un huevo pasado por agua, responde :

— ¡ Bah ! no quiero desempeñar con ella el papel de un tirano. He reclamado su presencia durante tres semanas porque esperaba que habría de adquirir á mi lado enseñanzas útiles. ¡ Ay ! los profesores de las Cortes han pasado por ella, y esa gente es más lista de lo que yo me imaginaba y deja trazas de su paso, sucias pero duraderas. Mariska...

— ¿ Qué ?

— Mañana te marchas.

Ahora esta noticia me da ganas de llorar. ¿ Qué es lo que me atrae aquí ? El país de Styria es gracioso, pero mediano ; el aire que en él se respira es rudo. No es mi hermano, con el que me entiendo poco, ni mi cuñada que es amable, pero más insignificante que la Insignificancia misma, con una I mayúscula de tres pies. ¿ Qué, entonces ? ¿ Quién ?

Es mi antigua amistad con Herberto, confesémoslo. Quisiera volverle á ver antes de marcharme. Herberto es el único ser viviente que me impone un poco, lo declaro. He oído decir tanto malo de mi hermano, que siento una gran dificultad para tomarle en serio. Y después ese amor á las ciervas sacrificadas y

á los buenos carneritos cuyas succulentas chuletas se come con tanto placer...

—Mariska—continúa Otto,—tendrás que despedirte á la francesa, porque el príncipe Herberto tenía pensado tenernos tres ó cuatro días en palacio antes de tu marcha, en cuanto pasen los ocho días de luto riguroso.

—¡Pero, Otto, no tengo tanta prisa! Me encuentro muy bien entre vosotros dos.

—Entonces, ven á abrazarme y no seas chiquilla. No debes ser testaruda ni creer que tienes la ciencia infusa. Déjate guiar un poco por los demás, que saben leer mejor que tú en la vida y en tu propio corazón...

Después de estas palabras enigmáticas doy un beso á mi hermano en plena barba; mi cuñada me ofrece su tímida frente y deposito otros dos sonoros besos en los carrillos de mi sobrino, que sonrío. Enternecimiento general.

—Ahí tienes uno—dice Otto,—que será feliz... Si no tiene nada de sus antepasados.

—¡Otto! eres un anarquista.

Terminamos alegremente el día y pasan rápidos los siguientes. Paseamos á pie y sin nada en las manos porque mi hermano opina «que no hay que parecerse á esos imbéciles que llevan bastones y sombrillas para decapitar las flores y estropear los arbustos.» Nuestros

paseos se limitan al bosque. Y estamos allí solos casi siempre.

Una tarde hemos encontrado al príncipe Herberto, que estaba leyendo en un banco ; su ayudante se había tumbado en la hierba, lo que me pareció poco conforme con la etiqueta. Para colmo de desdicha, nos acompañaba mi cuñada, que se confundió en bellas reverencias. Yo me quedé un poco tonta. El príncipe Herberto sorprendido, no acertaba á salir completamente de su libro ; metía en él la nariz, tartamudeaba unas palabras y volvía á tomar el librote. El ayudante se estaba arreglando el dormán desabrochado. Al fin, el Príncipe tiró el libro y me invitó á sentarme á su lado.

—Será preciso—me dijo gravemente,—que tengamos los dos una larga conversación.

—Si usted lo desea...

—De esa conversación puede depender toda nuestra vida. Ya adivina usted el asunto ; reflexiónelo. Ni el uno ni el otro estamos de humor de coqueterías, así es, Mariska, que hay que meditar largamente y sobre todo no venir á mí con el alma pasiva de una princesa, sino como una joven cualquiera, como una mujer libre, ¿me comprende usted?, enteramente libre.

—Se lo prometo á usted Herberto.

Dicho esto, nos hemos separado. Mi cuñada no se ha atrevido á decir palabra en todo el camino, pero cuando hemos llegado al umbral de nuestra casita, la buena mujer me ha cogido en sus brazos y me ha besado.

XXI

LOS ESPONSALES

La política interviene en todos los actos de mi vida. En este momento mi suerte está en las manos de mi venerado tío el Emperador. No se sabe si seguirá siendo fiel á la reina Elisabet en la persona de su hijo Ludvigio, ó sí, admitiendo el estado de cosas establecido en Styria, consentirá en el matrimonio de su sobrina con el hijo del rey Segismundo. El príncipe Herberto tiene el título de lugarteniente general del reino ; se ocupa muy poco del extranjero y sólo se cuida de la felicidad de su pueblo. Mi hermano Otto no consentirá en autorizar mi entrevista con el príncipe Herberto hasta que haya recogido la palabra augusta. Y para eso, se ha marchado...

Permanezco, pues, encerrada y no doy más que un paseo cotidiano, un paseo de prisionera

en el jardinito que adorna la entrada de nuestra choza. Poco á poco se me va haciendo querido el paisaje en medio del cual vivo. Puesto que no tenemos derecho de vivir en la ciudad que nos vió nacer, todo país que se le asemeja nos conmueve profundamente. Este bosque se parece al en que dí los primeros pasos; esta aldea es igual á la que yo atravesaba en coche regio y en la que todo me divertía; las fraguas sobre todo, con su ruido de infierno, el ruido de los martillos en los yunques, y los caballores resignados, á los que están herrando, y los chicos que juegan gravemente en el barro y en el polvo...

¡Pero lo que tarda en venir la respuesta del Emperador!...

Tanto tarda, que el príncipe Herberto se impacienta y una mañana, con gran estupor de mi cuñada, entra en el comedor, donde ella estaba limpiando alegremente los cacharros, lo que es una de sus distracciones favoritas.

—¡Dios mío!—exclama,—yo no tengo el derecho de dejar entrar á Vuestra Alteza. ¡Dios mío! si mi marido estuviera en casa, él me diría lo que debía hacer.

—¿Dónde está el mal, querida señora? Vengo á hacer á ustedes una visita.

Oigo todo esto desde mi cuarto. ¡Figúrense

ustedes! en una casita de madera... Me dan ganas de reir y estoy muy conmovida.

—Vuestra Alteza bromea—murmura mi cuñada ya vencida.—Vuestra Alteza no vendría por mí.

—¿Y por qué no, querida señora? Tengo mucha simpatía por usted, se lo aseguro.

—¡ Ah! Monseñor, qué alegría... Sí, qué alegría... Vuestra Alteza sabe bien que no he hecho desgraciado á Otto Carlos. Me amaba, y yo era medio tonta y lo soy todavía. ¡ Oh! sí, lo soy, no me diga Vuestra Alteza lo contrario; pero era linda, ¿ verdad? y él es un hombre tan sencillo... Ya sabe Vuestra Alteza que tiene un horror enfermizo hacia todo lo que no es sencillo. Le fastidia tener que ponerse el frac y es feliz porque ni tiene ya uniforme. Seguramente, la Providencia se ha equivocado al colocarle tan alto. « Yo, me dice muchas veces, había nacido para ser un cerrajero. » Lo dice en broma, porque es un ser superior... Yo resistí mucho tiempo, pues no quería indisponerle con su familia y con nuestro viejo Emperador, pero cuando he visto que era una cosa bien decidida, no me he andado en chiquitas y he aceptado.

—Y ha hecho usted bien. En suma, tengo delante de mí una mujer dichosa,

Perfectamente dichosa, Monseñor.

—Y cuando se es dichoso, no se pide más que ver dichosos á su alrededor.

—Ciertamente, Monseñor.

—Entonces autorice usted á Mariska á venir aquí y permítame tener una conversaci6n con ella.

Unos instantes de silencio, durante los cuales no oigo más que los latidos de mi corazón.

Después mi cuñada sube la escalera. Viene á buscarme.

Y aquí estoy, con los ojos bajos, delante de Herberto, pálido, pero que ha adquirido gran autoridad á fuerza de mandar.

—Me había engañado, Mariska—me dice ; —es preciso que nuestra conversaci6n se verifique antes de que conozca usted la respuesta del Emperador. Si esta respuesta me es favorable, será una especie de orden que le vendrá á usted, y sé que es obediente. Pero no quiero arrancar un *sí* á la sumisi6n de una princesa fiel á sus deberes y resignada al destino que le asigne la voluntad de otro. Es usted libre, Mariska. Si rechaza usted la idea de una uni6n conmigo, le prometo enviarla á su país haciendo decir al Emperador que le suplico que me perdone, pero que he cambiado de re-

solución. No tengo más que decir á usted sino que la amo y que nunca he amado más que á usted.

Basta un segundo para ver claro en su corazón. Obedeciendo á un secreto impulso, doy la mano al príncipe Herberto, que vacila, y murmuro :

—Yo también amo á usted.

¡Qué maravilloso minuto! Dos seres se dan el uno al otro sin restricciones, por su propia voluntad, sin influencias, sin presión, y esos dos seres son príncipes. Es, pues, verdad que se puede encontrar el amor hasta en las gradas de un trono... Hasta ahora no lo había creído; imaginaba yo que el amor era una compensación ofrecida por Dios á los humildes. Ahora que me llena toda y me transfigura, comprendo que es la razón de ser, el fin, y que no es vivir el carecer de él.

Mi cuñada llama tímidamente y entra. Tiene miedo de que mi hermano vuelva de improviso y la regañe por lo que ella llama su desobediencia. Mi hermano debía hacernos esperar aún tres días. Había querido traernos él mismo la buena noticia y llegó cuando estábamos conversando bastante ansiosamente su mujer y yo.

—¡ El Emperador acepta !

¡ El Emperador acepta ! No pudimos decir otra cosa durante todo el día. Herberto reía, cantaba y bailaba como un niño.

En un resplandeciente día de julio, me llevó ante el rey Segismundo.

— Señor, he aquí mi prometida.

— Yo te bendigo— me dijo el Rey.

Puso después mi mano en la del príncipe Herberto y me dijo con su hermosa voz grave que no parece de este mundo :

— Realizad juntos vuestros destinos. Los que tienen que ser reyes y no poseen como refugio la ternura conyugal, son unos desgraciados. No están rodeados más que de odios y ambiciones ; tienen perpetuamente frío...

De este modo fué como me prometí al que es ahora mi esposo venerado, Herberto I°, rey de Styria, duque de Scarte, conde de Willnstein y de Ruille, pero que no es, cuando apoya la cabeza en mi falda, más que un niño pequeñito al que acuno y consuelo y que necesita mi amor como yo necesito el suyo.

FIN

